MARTINA LEIVA

¡QUÉ PESADILLA DE HOMBRE!



¡QUÉ PESADILLA DE HOMBRE!

MARTINA LEIVA

Primera edición.
¡Qué pesadilla de hombre!
©Martina Leiva
©marzo, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo.

Capítulo 1

Acababa de salir de la ducha cuando sonó mi teléfono, que estaba encima del escritorio que me había puesto mi padre en mi casa.

Eran mis amigas, que me estaban haciendo una videollamada. Me lie una toalla en el cuerpo y otra en la cabeza, me senté en la cama y cogí el móvil.

—Ole y ole, ¡qué ya mismo estamos de vacaciones! —exclamó Lucía.

—No os podéis imaginar lo larga que se me ha hecho la semana —se lamentó Marta.

—Venga, chicas, no me seáis dramáticas, que en breve estamos tiradas en la playa con un cóctel —les contesté.

Nosotros éramos tres amigas que nos conocíamos desde que entramos en primero de infantil, y que no nos habíamos separado nunca desde entonces.

Decidimos ir a la misma universidad, aunque cada una cursó una cosa diferente. Tuvimos la suerte de que nada más terminar las carreras, nos incorporamos al mundo laboral.

Decir eso, hoy en día, tal y como estaba el panorama, era como decir que te había tocado la lotería, y nada de la pedrea, sino un premio y de los gordos.

Lucía es licenciada en Ingeniería Química, y trabaja como profesora en uno de los institutos privados de la ciudad. Nos encantaba escuchar sus anécdotas con sus alumnos.

Marta obtuvo su licenciatura en Farmacia, pero ella lo tenía mucho más fácil que nosotros para entrar en el mundo laboral, porque su familia era la propietaria de dos establecimientos de este tipo, por lo que entró en uno de ellos.

Y ahora me toca a mí, Mónica, que soy enfermera. Mi especialidad es la Neonatología, pero me iban cambiando de planta conforme iba haciendo falta. Yo trabajo en una de las clínicas privadas más prestigiosas de la ciudad.

Siempre habíamos soñado con hacer este viaje y, este año, por fin, lo íbamos a hacer realidad. Nunca coincidíamos en nuestras vacaciones, excepto en esta ocasión, en la que se habían alineado los astros para que así fuera.

Marta se tuvo que marchar, puesto que entraba de guardia en la farmacia. Tenía que hacerla para poder coger las vacaciones al día siguiente, en el que nos marcharíamos por la tarde.

En esa videollamada tan solo nos quedamos Lucía y yo. Tanto ella, como yo, ya habíamos terminado nuestra jornada laboral y, en mi caso, ya estaba de vacaciones. A ella le quedaba todavía el día de mañana.

—¿Lo tienes ya todo preparado?

—Sí, tan solo me falta meter las cosas de aseo.

—Pues yo todavía no tengo claro qué traje de baño llevarme.

—Échalos todos, total, eso no ocupa sitio.

—Mira, pues tienes razón, me los llevo todos y ya veremos cuales me pongo.

Estuvimos un buen rato charlando por teléfono, hasta que la despedí, o se me quedaría el pelo como un estropajo, pues todavía ni me lo había peinado.

—Nos vemos mañana a las tres en el aeropuerto.

—No te puedes imaginar las ganas que tengo.

—Pues, supongo que las mismas que nosotras.

—No, yo mucho más, que tengo mucho que olvidar.

Era cierto que Lucía había terminado con su chico hacía un par de meses. Realmente eso fue lo que nos impulsó a todas para hacer este viaje.

Su chico trabaja en el mismo colegio que ella, como profesor de educación física, y llevaban juntos un par de años. Todavía no vivían juntos, pero ya habían empezado a hablar de ello.

El shock fue total, pues se lo encontró en la sala de profesores, cuando se suponía que ya no quedaba nadie en el instituto, liado con la directora del centro.

Marta y yo no teníamos nada serio con nadie, aunque yo, de vez en cuando, me acostaba con Leo, un compañero de la universidad que vivía cerca de mí.

Todavía no me había independizado, pues no tenía prisa por hacerlo. Llegar a casa y encontrarte todo hecho y un plato de comida caliente sobre la mesa, eso no tenía precio.

Mis padres eran muy jóvenes y liberales. Jamás me prohibieron nada, por eso no tenía esa necesidad de irme a vivir sola, pues con ellos, gozaba de la intimidad que necesitaba.

Desde que estábamos en el instituto siempre hablábamos de que nos iríamos a las Maldivas en cuanto que tuviéramos trabajo y, ahora, estábamos a punto de cumplirlo.

Bajé al salón, ya que yo vivía en un pequeño apartamento dentro de la casa de mis padres y que me había montado en la buhardilla, en cuanto tuve dieciocho años.

Allí estaban mis padres, viendo la televisión. Ese día había sido un poco duro en el trabajo, pues casi perdemos a un bebé, y eso siempre se me notaba en la cara.

—Hija, tu padre y yo queremos hacerte un regalito.

—Mamá, hoy no es ni santo ni mi cumpleaños.

—Ya, pero vas a vivir un sueño, y nosotros también queremos contribuir.

Mi padre sacó un sobre del bolsillo de su pantalón, y me lo entregó. No me lo podía creer, en él estaba el importe íntegro del viaje, todo lo que yo había pagado.

—Papá, esto es mucho dinero, podías aprovechar para llevar a mamá de viaje.

—Eso ya lo tenemos planeado, y no nos va a hacer falta.

Mi padre, me contó que se iban de crucero durante una semana, por las islas griegas, pero tendrían que esperar a septiembre, que era cuando ellos tenían las vacaciones.

Subí a mi cuarto para coger el bolso, iba a ir al centro comercial a comprar varias cosas que me quería llevar al viaje, pero antes, pasaría por el banco a ingresar el dinero.

Una vez en el centro comercial, no solo compré lo que tenía pensado, sino que también entré en una tienda de ropa de baño y me hice con un conjunto de trikini y vestido para cada una.

De vez en cuando nos gustaba tener este tipo de detalles, y era recíproco. Cuando veíamos que a una de nosotras le gustaba algo, la que fuera, compraba para las tres.

Para Lucía lo elegí en color azul pastel, con unos topitos en blanco. El de Marta, era azul marino con los topitos en rosa pastel y el mío, era blanco con los topitos en negro.

Ya nos imaginaba a las tres en el resort con ellos puestos, y estaremos ideales. No veía el momento de llegar allí, os lo prometo.

No es que no tuviéramos la playa cerca, porque vivíamos a cinco minutos andando de ella, pero no era lo mismo que visitar aquellas de arenas blancas y aguas cristalinas.

Había llegado el momento de marcharme de camino al aeropuerto. Mi padre insistió en llevarme, pero pude convencerlo de que me iría en un taxi.

Hacía un calor de muerte, pues estábamos bajo la influencia de una ola de calor que nos había dejado temperaturas extremas, y me daba muchísima pena que tuviera que salir sin necesidad.

—Tened mucho cuidado, pero disfrutad muchísimo.

—Lo haremos, mamá, pierde cuidado.

Cuando salí de mi casa, ya tenía al taxista esperando en mi puerta, con el maletero abierto y dispuesto a guardar mi equipaje.

Llevaba una sonrisa en la cara que no podía borrar, y estaba deseando encontrarme con mis amigas, y darles un abrazo.

—¡Mónica!

Lucía, en cuanto que me vio, exclamó mi nombre, levantando su mano para que la viera. La estaba viendo yo y toda la terminal de aeropuerto.

Nos quedaban varios vuelos antes de llegar hasta poder disfrutar de las magníficas playas, puesto que, en primer lugar, tendríamos que hacer escala en Dubái.

Pasaríamos allí una sola noche, ya que, al día siguiente a primera hora, volaríamos hasta el aeropuerto de Malé, desde donde iríamos directamente al resort.

—¡Estoy de los nervios!

—Pues, anda que yo…

—¿Todavía no ha llegado Marta? Me pareció haberla visto cuando llegué.

—Sí, pero está en el baño. Ya sabes… los nervios.

Nos parecía mentira que, por fin, fuéramos a hacer el viaje de nuestros sueños, sobre todo, después de tanto tiempo.

—Os traigo un regalito, pero hasta que no lleguemos allí, no os lo puedo dar.

—Estoy segura de que nos va a encantar, viniendo de ti, seguro que es una preciosidad.

Mi amiga Marta siempre decía que yo tenía un gusto exquisito para la ropa, y no sería la primera vez que me cogiera prestada alguna prenda en ocasiones especiales.

En ese momento, escuchamos por el altavoz del aeropuerto que se abría el embarque de nuestro vuelo, y empezamos a dar saltitos como niñas pequeñas.

—Maldivas… ¡allá vamos! —dijo Lucía.

—¡Qué tiemblen las islas! —exclamó Marta.

—¡Vamos a por las vacaciones soñadas! —les contesté yo.

Nos pusimos en la fila que había para embarcar, con el pasaporte y el billete de avión en la mano. Viajábamos en turista, y eran unas catorce horas de vuelo, pero que nos resultarían como si fueran minutos.

Subimos al avión y vimos que los asientos eran de dos, por lo que a mí me tocó ir en la fila de detrás de mis amigas. Me senté en la ventanilla, pensando que era mi asiento, pero me equivoqué.

Capítulo 2

—Disculpe, señorita, pero ese es mi asiento.

—¿Perdona? Me parece que te has equivocado.

Cuando levanté la vista, me encontré con el hombre más guapo que había visto en mi vida. Tenía unos ojos grises que se veían desde lejos.

Otra cosa que me llamó la atención fue su mandíbula cuadrada, con esa barbita de un par de días y el hoyuelo que se le había formado en la mejilla al sonreír.

Después de mirar nuestros billetes, me di cuenta de que tenía razón, me había sentado en su asiento en vez de en el mío.

—Disculpa, lo miré mal.

—No hay problema.

—Es que me da más tranquilidad ir en ventanilla, es una manía que tengo.

Pensé que, después de decirle eso, tendría la consideración de dejarme junto a la ventana, pero me equivoqué, de todas, todas.

Se plantó de pie junto a mi asiento, el que me correspondía de verdad, esperando a que yo me levantara y le dejara paso para sentarse.

—Lo siento, pero es que, en caso de accidente, puede haber confusiones con las identidades.

—Como si a mí me importara, después de muerta, lo que vayan a hacer conmigo.

Eso lo dije murmurando. ¡Vaya tío más gilipollas! Me levanté y lo dejé pasar, tomó asiento y yo me puse a hablar con mis amigas, que iban en la fila de delante.

—¿Quieres que te cambie el sitio?

—No, no te preocupes, no vaya a ser que haya problemas con las identificaciones.

Mis amigas soltaron una carcajada, porque hablé imitando el tono de voz de mi compañero de asiento. Se me presentaba un viaje demasiado largo, mucho más del que me esperaba.

Me senté y no le hice caso, me puse mis auriculares con música y pasé olímpicamente de mi compañero de viaje.

Él tampoco iba solo, iba con otros dos hombres, que suponía que eran sus amigos, porque tampoco tuve mucha conversación, con ninguno de los tres.

No así mis amigas, que sí que entablaron conversación con ellos, incluso llegaron a gastarse bromas que provocaron las risas del que estaba sentado a mi lado.

Llegó un momento en el que me quedé dormida. Me encontraba tan cómoda y tan a gusto… hasta que me dieron un golpecito en el hombro.

—Me alegro de que mi hombro te sea tan cómodo, pero necesito salir al baño.

—Lo siento, disculpa, no me he dado cuenta.

—Lo imagino, porque no creo que vayas durmiéndote encima de todo el que acabas de conocer.

—¿Disculpa? ¿Qué me estás queriendo decir?

—¿Yo? Nada en absoluto.

Me enderecé inmediatamente, como si me hubiera dado calambre y sentándome lo más erguida que pude, recomponiéndome de mi vergüenza.

Mi vecino de asiento se me quedó mirando, con una expresión que me estaba diciendo que pensaba que yo era gilipollas. Arqueó una ceja, sin apartar su vista de mí.

—¿Me dejas pasar o tengo que pedirle a la azafata una botella?

—Pídele lo que quieras, a mí que me cuentas…

—Chica, entiendo que estás recién despierta, pero pienso que también eres un poquito cortita.

—Cortita será lo que yo te diga.

—No, bonita, esa no es cortita, y si me acompañas al baño, te lo puedo demostrar. Pero claro, para eso tendrías que dejarme pasar.

Joder, no podía ser más idiota. Ahora me había dado cuenta de que me despertó para decirme que necesitaba ir al baño, y yo había pasado olímpicamente de lo que me había dicho.

Me levanté y le dejé paso, aprovechando para estirar un poco las piernas y para hablar con mis amigas, que me miraban perplejas por todo lo que había sucedido.

—Anda, cámbiame el sitio, que a mí me da igual.

—Sí, por favor, o lo primero que vamos a tener que visitar va a ser la comisaría de policía del aeropuerto.

Me cambié con Lucía, que ocupó mi lugar en el avión, mientras que yo me volvía a poner los auriculares para no tener que escuchar sus alegatos, porque estaba segura de que no se quedaría callado.

Por fin aterrizamos en Dubái, no teníamos que ocuparnos del equipaje, ya que nos lo enviaban directamente hasta el aeropuerto de Malé.

Como lo sabíamos, las tres llevábamos una mochila de viaje con ropa y todo lo necesario para poder cambiarnos y coger el vuelo al día siguiente.

—Menos mal que lo he perdido de vista —dije a mis amigas.

—¿A quién? ¿A Unai? —preguntó Lucía.

—¿Quién es ese?

—El chico que iba junto a ti en el avión —respondió Marta.

—¿A ese grado de confianza habéis llegado?

Me sentó fatal que mis amigas hubieran intimado de esa manera con ese hombre, que había demostrado que era gilipollas, pero no pensaba permitir que arruinara mi viaje.

Con suerte, no lo volvería a ver en mi vida. Me centré en mis amigas, dejando todo lo demás a un lado, y nos dispusimos a cruzar la calle, puesto que el hotel que habíamos reservado estaba justo frente al aeropuerto.

—¡Me muero de ganas por llegar mañana a la playa!

—Pues yo me muero por llegar a la habitación y tumbarme en la cama, estoy muerta de cansancio.

Mi amiga Lucía, con la que estaba hablando, pues Marta estaba registrando la entrada en el hotel, empezó a reír.

Ella me decía siempre que parecía una abuelita, siempre deseando dormir y descansar. Lucía era todo lo contrario a mí, nunca estaba cansada y siempre estaba dispuesta para salir de marcha.

Recuerdo cuando estábamos en la universidad que nunca decía que no a una fiesta. Daba igual que al día siguiente tuviera un examen importante.

Lo que no nos explicábamos todavía era como había terminado la carrera y con las notas con las que lo hizo, porque, mientras que las demás nos partíamos los cuernos estudiando, ella lo cogía un ratito uno o dos días antes.

—Vamos, que ya está todo listo.

Cuando Marta nos dijo eso, corrimos hasta el ascensor, pues, detrás nuestra, entraron un montón de gente y no queríamos tener que esperar demasiado.

Estábamos en el piso veinticuatro, y desde la ventana se veían unas vistas preciosas de parte de la ciudad. No dudé en grabar un vídeo que subí a las redes sociales.

—Chicas, mirad que vistas tenemos desde nuestra habitación en Dubái. Prontito llegamos a las Maldivas.

—Os subiremos otro en cuanto lleguemos.

Marta salió detrás de mí en el video y no pudo evitar decir ese comentario. Lucía, por el contrario, prefirió mantenerse al margen.

—No quiero que sepa dónde estoy.

—¿Todavía está dándote por culo?

—Pues sí. Anoche mismo me envió otro mensaje suplicando que lo perdone.

—¿No serás capaz de hacerlo? Ya sabes lo que pienso al respecto.

—Por supuesto que no, primero estoy yo, luego, todo lo demás.

Me acerqué a ella y le di un abrazo de esos que nos gustaba darnos a las tres. Reconfortante, que nos indicara que podíamos contar con la otra persona para todo lo que necesitara.

Decidimos que no bajaríamos al restaurante del hotel, sino que pediríamos algo de cenar y lo haríamos allí, en la habitación, pues ya nos habíamos duchado y puesto los pijamas.

Después de cenar, nos fuimos a la cama y pusimos el despertador a las seis de la mañana, ya que nuestro avión salía a las ocho y media y teníamos que estar allí dos horas antes.

—Vamos, o llegaremos tarde.

—Si todavía no ha sonado ni el despertador, por favor.

Marta se encargó de levantarnos a las demás, según ella, teníamos que llegar prontito para no tener que esperar mucha cola y, además, podríamos desayunar en el aeropuerto.

Con tal de no escucharla, tanto Lucía, como yo, nos levantamos y nos fuimos vistiendo como si tuviéramos el piloto automático puesto.

Yo hacía las cosas por inercia, porque, en realidad, no me estaba enterando de lo que estaba haciendo. Yo era de despertar lento, necesitaba mi tiempo para procesarlo.

Podéis pensar que no tenía sangre, que no estaba reaccionando ante el viaje que teníamos por delante, pero nada de eso. Mi cuerpo necesitaba unas horas determinadas de sueño para poder rendir como se me exigía.

Llegamos al aeropuerto pasadas las seis y media, y nos dispusimos a comprobar que todo estaba correcto con nuestros pasajes.

Cuando lo hicimos, y como todavía nos faltaban casi dos horas para poder embarcar, nos fuimos hasta una de las cafeterías, donde nos pedimos un desayuno completo.

—Desde ya os digo que, si pensáis levantarme temprano en las Maldivas, os vayáis sin mí —les dije a mis amigas.

—¿No pensarás pasarte todo el día durmiendo? —me preguntó Lucía.

—Esta, es capaz de levantarse a la hora de comer y volver a acostarse para dormir la siesta —dijo Marta.

Como toda respuesta, levanté mi dedo corazón y les hice una peineta a las dos, antes de levantarme a recoger mi desayuno, pues el chico que atendía lo puso sobre la barra.

Justo estaba pegando el último bocado a mi tostada, cuando los vi aparecer, y casi me atraganto con ella.

Capítulo 3

No me lo podía creer, y yo que pensaba que no lo volvería a ver en mi vida y el destino había querido que me lo encontrara de nuevo en el aeropuerto.

—Chicas, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Unai

—Esperando a que llegue el tren, no te jode —respondí.

—¿Siempre eres así de simpática?

—No, que va. Solo es contigo, que me produces alergia.

—Chicos, tengamos paz, por favor, que vamos todos para el mismo lugar —dijo Lucía.

—¿Me estás diciendo que tengo que aguantarlo una semana más?

—Y el viaje de vuelta, que no se te olvide.

Si me lo llegan a decir antes, os juro que cambio la fecha del viaje, aunque hubiera tenido que venir sola.

Cruzaba los dedos para que no me tocara cerca en el avión. A ser posible, uno en la primera fila y el otro en la cola, o no sabía de lo que era capaz.

Y pensar que me había dejado las pastillas para la ansiedad en el interior de la maleta… Diez o doce me tendría que tomar para soportarlo durante todo el viaje.

Nos llegó la hora de embarcar y, para mi desgracia, el destino se había puesto en mi contra, ya que nos tocaron asientos de tres, ellos en la fila de delante de la nuestra.

Decidí que me colocaría los auriculares, puesto que me negaba a escucharlo durante las tantas horas de viaje que nos quedaban por delante.

Llevábamos media hora volando, cuando empezaron los primeros problemas. Estiré las piernas, ya que las rodillas me daban en el asiento de delante, y al muchacho le molestó mi gesto.

—¿Te importaría encoger las piernas? Es que me estás ensuciando los bajos del pantalón.

—¿Perdona? Mira, no tengo ganas de discutir, pero no te estoy siquiera rozando.

Lucía me hizo un gesto para que aflojara en mi tono, y le hice caso. No pensaba darle el gusto de verme irritada, que parecía que era lo que Unai quería.

Me quedé dormida, pero, pasado un buen rato, noté que algo me molestaba en las piernas, como que no me podía mover con normalidad.

Al abrir los ojos, no podía creer lo que estaba viendo. El señorito había echado su asiento hacia atrás y daba en mis rodillas. Me incliné hacia delante para hablarle.

—Si quieres, te hago cosquillitas en la cabeza.

—Por mí, no te cortes.

—Manda cojones, que al señor le molestaban mis piernas, y ahora se pone como si estuviera en el salón de su casa.

Marta, que se dio cuenta de lo que ocurría, y como quería que el viaje fuera lo menos complicado posible, me dijo de cambiarme el sitio, y acepté.

Antes de hacerlo, me levanté para ir al baño. Necesitaba echarme agua en la cara para quitarme un poquito de cabreo.

¿Se podía tener más mala suerte que yo? Pues ya te contesto yo que no. Para un hombre que me llama la atención, y resulta que es medio gilipollas.

Salí del baño y volví a mi asiento, pero, por el pasillo me crucé con él, que me miraba con esa sonrisa de quién disfruta picando a la otra persona.

—Menos mal que has salido, pensé que tendría que hacer pis por la ventana.

—Lo siento, de la emoción se me ha soltado la barriga.

Lo miré con una sonrisa, dejándolo en medio del pasillo, parado, pensando en si lo que le había dicho era verdad o una coña mía.

No se lo aclaré, dejaría que lo averiguara por sí mismo. El cabreo se me había ido disipando poco a poco, y una sonrisa apareció en mi boca.

Recordé lo que mi abuela decía, si la vida te da limones, pues haces limonada, y eso pensaba hacer. Me lo iba a tomar todo a cachondeo.

Sí él pensaba que me iba a amargar las vacaciones, si iba a convertir el viaje de mis sueños en una pesadilla, lo llevaba claro.

Yo era muy buena y muy santa, pero cuando sacaba a relucir mi lado más irónico, ya podría temblar el que fuera, porque no iba a poder conmigo.

El resto del viaje lo hicimos en completa armonía, entre otras cosas porque ni escuchaba sus comentarios, y si le sumamos que Marta me cambió el sitio, pues eso terminó con su idea de darme por saco.

Nosotros teníamos contratado un vehículo para que nos llevara al resort en el que estaríamos durante ocho días. Ellos, por el contrario, pensaban alquilar un coche e ir por su cuenta.

—Vamos por el equipaje que nos espera el chófer.

—Sí, que me muero por meterme en el mar.

—Como si nunca lo hubieras hecho…
Lucía era así de novelera, no lo podía evitar. En cuanto algo nuevo aparecía por su vida, era lo mejor del mundo y se moría por probarlo.

Al final, ellos tuvieron que contratar un coche con conductor que, al hacerlo ese mismo día en el propio aeropuerto, les salió el doble de precio que nos costó a nosotros.

Nos despedimos en la entrada del aeropuerto, bueno, en realidad se despidieron mis amigas de todos, yo me quedé al margen.

Les pedía a todos los santos que no coincidiéramos en el mismo resort, pero, viendo la suerte que estaba teniendo, seguro que nos tocaba el mismo, y en la cabaña de al lado.

—¿Dispuestas a disfrutar de las mejores vacaciones de nuestras vidas? —dijo Marta al montarnos en el coche.

—Si no me toca el grosero ese en el mismo resort, por supuesto —contesté.

—De verdad, le has cogido una ojeriza al pobre… —respondió Lucía.

—Ni más ni menos que la se merece.

Empezamos a discutir, pues ellas pensaban que no era para tanto, mientras que yo tenía mis razones.

Quizás podíamos empezar de nuevo, pero todo dependía de su actitud hacia mí. Me lo hicieron prometer, pues, Marta en especial, estaba muy interesada en uno de los amigos de Unai.

Ni siquiera sabía sus nombres, no me había preocupado en preguntar, porque, a pesar de que todos eran guapísimos, como fueran iguales que Unai, se podían ir a tomar viento.

Por fin llegamos al resort, que era una maravilla. Todo con una vegetación increíble, y una decoración de lo más elegante.

Los empleados que nos atendieron en primera instancia eran de lo más agradables, y nos hicieron sentir como en casa.

—Venid conmigo, por favor, que os acompañaré hasta vuestra cabaña al pie del mar —nos dijo uno de los empleados.

—Como todo sea igual, me voy a quedar enamorada del lugar —le dije, sin apartar mi mirada de todo el lugar.

—Pues anda que yo… —habló Marta.

Lucía no podía articular palabra. Se la notaba de lo más emocionada, como si no terminara de creerse que estaba allí de verdad.

Cuando llegamos a nuestra cabaña no nos lo podíamos creer. Atravesamos una pasarela de madera desde la que podíamos tocar el mar con el pie.

Si el exterior era alucinante, mucho más lo era el interior. El suelo era de metacrilato, y desde ahí se podía ver el fondo marino, con sus pececitos y demás.

Contaba con tres amplias habitaciones, todas con baño en suite, y una preciosa terraza desde la que se podía saltar directamente al mar.

—Jamás pensé que sería así —les dije a mis amigas.

—Ni yo, amiga, ni yo —me contestó Lucía.

—Para mí, es como si estuviera viendo un reel de Instagram —habló Marta.

El empleado nos informó que podíamos pedir la comida allí o acudir a cualquiera de los restaurantes del resort.

También nos dijo que esa misma noche había una fiesta en la playa, en la que se serviría la cena a base de pescado y marisco, y todas pensamos lo mismo. No faltaríamos por nada en el mundo.

—Chicas, ha llegado la hora de que os dé vuestro regalito, que espero que lo luzcáis muy pronto.

Me fui hasta mi maleta, de donde saqué los dos paquetitos que me habían preparado en la tienda, y que contaba con todo lo que les había comprado.

Cuando lo abrieron se quedaron con la boca abierta y, tal como yo pensaba, les gustaron muchísimo, dijeron que los iban a estrenar esa misma noche.

—Esperad, que yo también tengo un regalito para todas —dijo Lucía.

Hizo lo mismo que yo y, si nos hubiéramos puesto de acuerdo o hubiéramos ido a comprar las cosas juntas, no habríamos acertado tanto.

Lucía había comprado unas zapatillas que combinaban a la perfección con lo que yo había comprado, pues eran en colores pastel.

—Ya solo nos falta el bolso —dije, riendo.

Marta fue hasta su maleta y sacó tres bolsas de regalo, y ahí fue cuando nos terminamos de partir de risa, puesto que ella había pensado en eso, y sacó los tres bolsos para completar el atuendo.

—Si es que, no podemos negar que hemos crecido juntas, nos conocemos a la perfección.

Todas empezamos a reír a carcajadas, y así estuvimos un buen rato.

Capítulo 4

Eran casi las tres y media de la tarde cuando terminamos de organizar todo, y nos moríamos de calor. El aire acondicionado estaba puesto al máximo, pero, aun así, veíamos el mar, que nos estaba llamando.

—Me voy a poner el bañador y ya estoy yo a remojo.

—Espera, que me voy contigo.

Lucía y yo nos cambiamos de ropa y nos tiramos de cabeza desde la terraza, mientras que Marta continuaba guardando cosas. Ella era mucho más metódica que nosotros para esas cosas.

Estábamos disfrutando, gastando bromas, cuando noté que algo me rozaba la pierna. Pegué un salto, pues no sabía lo que era, asustadísima, hasta que vi que se trataba de Unai.

—¿Eres tonto o comes bolitas?

—Vecina, estamos condenados a entendernos.

—Claro, y tú lo estás haciendo divino para que eso ocurra.

—Venga, no me seas rencorosa…

Le eché una mirada que, si era verdad eso de que las miradas matasen, ahora mismo estaríamos en el tanatorio.

A él eso le trajo sin cuidado, porque soltó una carcajada que casi se ahoga de la risa. A mí, por el contrario, la sangre me estaba hirviendo del cabreo.

—Está visto que no voy a poder disfrutar de mis vacaciones.

—Amiga, no me seas tan dramática, que tampoco es para tanto.

Lucía, se partía de la risa mientras que me decía eso, observando el tira y afloja que nos traíamos entre manos Unai y yo.

Y había llegado la hora de la fiesta en la playa. Pensé que, si me lo iba a encontrar, prefería dejarlo con la boca abierta. A ver si, de ese modo, conseguía que no dijera tantas pamplinas.

—¿Qué os vais a poner para la fiesta? —preguntó Marta.

—Yo, no tengo ni idea —respondió Lucía.

—Pues yo sí que lo tengo claro —les dije.

Fuimos hasta mi habitación, donde ya tenía la ropa preparada encima de la cama. Cuando mis amigas la vieron, se quedaron con la boca como los dibujos animados, que les llegaba al suelo.

Había sacado un bikini negro, de esos de tipo corpiño en la parte de arriba, que lucía un aro en dorado uniendo las dos partes de los pechos, al igual que los dos lados de la braguita.

Lo acompañé con una falda larga, tipo pareo, de gasa, también en negra, y unas sandalias planas, tipo joya, en doradas.

—¿Pretendes impresionar a alguien? —preguntó mi amiga Lucía.

—¿Quién sabe? —respondí.

—No, si al final le va a gustar el impertinente, ya verás —murmuró Marta.

Decir que ese hombre no me atraía físicamente, era mentir, porque estaba bueno hasta decir basta, pero siempre y cuando mantuviera la boquita cerrada, porque, cuando hablaba, metía la pata hasta la altura de la oreja.

Se marcharon cada una a su habitación y empezamos a arreglarnos. No me pondría apenas maquillaje, porque tenía intención de meterme en el mar, y no quería parecer un panda.

Me recogí el cabello en una coleta alta, que alisé, me apliqué un poco de máscaras de pestañas y un brillo labial permanente.

Cogí mi móvil y lo guardé en un pequeño bolso de mano, así como la tarjeta de la cabaña, y salí al salón a buscar a mis amigas, donde ya estaba Lucía, Marta seguía en su habitación.

—¿Qué te parece? ¡Porque tú estás guapísima!

—Joder, chica, me has dejado impresionada hasta a mí.

—¿De verdad, o me cambio?

—Si te quitas esa ropa, me la pongo yo.

Vimos salir a Marta de su habitación, que también estaba preciosa. Las tres nos habíamos decidido por atuendos de un solo color. Yo, en negro, Marta en blanco y Lucía en rojo oscuro.

Salimos de la cabaña y nos dispusimos a ir dando un paseo hasta la playa, que no quedaba demasiado lejos. Justo cuando terminábamos de atravesar la pasarela, la voz de un hombre llamaba a mi amiga Lucía.

—¡Lucía! ¿Vais para la fiesta de la playa?

—Hola Aitor. Sí, vamos para allá.

—Si nos esperáis un minuto que salga Unai, os acompañamos.

—Por mí, perfecto.

Mi amiga me miró en cuanto que dijo eso y supe que, si no quería pasar el viaje sola y amargada, no tendría más remedio que claudicar, y asentí.

Cogí aire y me di la vuelta, de cara al amigo de Unai, dispuesta a presentarme formalmente y parecer lo que en realidad era, una persona agradable.

—Hola, yo soy Mónica.

—Hola Mónica, yo soy Aitor, y esos que vienen por ahí, son Mario y Unai, al que ya conoces.

—Bueno, eso de conocer…

—Es un buen tipo, solo que un poquito cargante.

—¿Un poquito? Yo creo que cuando se repartió la carga, él se la quedó toda.

Aitor soltó una carcajada. Nos dimos dos besos y, al llegar a la altura de Unai, me miró de arriba abajo, causando un escalofrío por toda mi espalda.

Durante todo el trayecto, fui hablando con Aitor, mientras que Unai no me quitaba la vista de encima. Empezaba a ponerme nerviosa, y su amigo lo notó.

—No te pongas nerviosa, lo has dejado sin palabras.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que es muy difícil que Unai permanezca callado y atento a una mujer como lo está contigo.

—Es gilipollas, no me lo puedes negar.

—Para nada, es el tío más divertido que te puedas encontrar. Cuando lo conozcas de verdad, me darás la razón.

Llegamos a la zona donde se celebraba la fiesta y cogimos una mesa para los seis. Preferíamos estar con ellos a con gente desconocida que no sabíamos cómo nos iban a caer.

La verdad es que nos reímos mucho con ellos, puesto que, tanto Aitor, como Mario, eran de lo más graciosos. Unai no había abierto la boca para nada. Al final, lo que yo pretendía había surtido efecto.

—Venga, vamos a bailar —dijo Mario.

Nos habíamos puesto hasta las cejas de pescado frito y de marisco, así como de un vino blanco típico de allí que, frío, entraba que daba gusto.

Fui a levantarme y casi me caigo de bruces, pues tropecé con mi propio pie. No vayáis a pensar que estaba tan borracha, porque no era así, tan solo eran los nervios de tener a Unai tan cerca.

Si no llega a ser por eso, porque lo tenía prácticamente pegado a mí, hubiera probado el sabor de la arena de la playa, porque hubiera caído de boca, literalmente.

Puso su mano en mi cintura y me agarró, pegando mi espalda a su pecho, y envolviéndome con su perfume, que me dejó completamente embriagada.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias.

Casi ni me salió la voz, mucho menos cuando me mantuvo pegada a él durante unos minutos. Pasado ese tiempo, me dio la vuelta, quedando los dos de cara.

—Creo que deberíamos empezar de cero.

—Yo también lo creo, pero con una disculpa.

—¿Una disculpa por qué?

—Tú, por ser tan gilipollas, y yo, por ser tan borde y antipática.

—Estoy de acuerdo contigo.

Nos quedamos un momento callados y mirándonos los dos a los ojos. Era como si todo a nuestro alrededor se hubiera borrado y no existiera nada allí más que nosotros.

—Hola, soy Unai, un gilipollas que te pide disculpas.

—Hola, yo soy Mónica, borde por naturaleza.

Ambos soltamos una carcajada y nos separamos, dispuesto a llegar hasta donde estaban nuestros amigos.

Cuando nos vieron llegar, juntos y sin matarnos, como había sucedido hasta ahora, empezaron a jalearnos y aplaudir.

¿Qué hicimos nosotros? Pues levantar los brazos, cogidos de la mano, y saludar como si fuéramos actores que acababan de terminar una obra.

Me puse a bailar de una forma muy sensual, contoneando mis caderas de una manera un tanto exagerada, ante la atenta mirada de Unai. Bueno, no solo de él, que mis amigas también estaban completamente alucinadas.

Jamás, en toda mi vida, había bailado de ese modo. No sé si era que allí no me conocía nadie, si era que el vino estaba haciendo efecto, o qué demonios era, pero me sentía bien.

—¿Me estás provocando, borde por naturaleza?

—Sigue soñando, gilipollas.

Unai soltó una carcajada, pero, lo que menos me esperaba era que, una vez que terminó esa canción y pusieron una bachata, me cogiera de la mano y me pegara a él para bailar.

La temperatura subió varios grados en cuestión de segundos, pues no veas como bailaba el muchacho. Estaba notando su miembro en la parte interna de mi muslo, y eso me estaba poniendo cardíaca.

—¿Sabes eso que dicen que, según baila un hombre así es en la cama?

No tenía ni puta idea de dónde había sacado el valor para decir eso, pero me quedé de lo más a gusto.

¿Qué hizo él? Pues se me acercó al oído y, muy bajito, me respondió:

—Cuando quieras, te lo demuestro.

Nos miramos y, no sé quién dio el paso de los dos, pero en breve, nos estábamos besando como si no hubiera un mañana, como si estuviéramos sedientos de la boca del otro.

Capítulo 5

—Tengo mucho calor, me voy a bañar.

Eso fue lo único que salió de mi boca cuando dejamos de besarnos, y me alejé de él. Tenía que poner mi cabeza en orden, pues no había hecho algo así nunca en mi vida.

Lucía, que se había fijado en todo, sobre todo en mi cara, salió corriendo detrás de mí, que había dejado en la orilla el pareo y las sandalias, y me había tirado de cabeza al agua.

—Mónica, ¿qué ha pasado ahí?

—Ni yo misma lo sé.

—Te gusta desde el primer momento, e intentas negarlo por activa y por pasiva.

—Quizás sea eso, que me atrae físicamente, pero no como persona.

—No puedes decir eso, amiga, no lo conoces de esa manera.

Estábamos hablando, cuando llegó Unai hasta donde estábamos nosotras. Nos miró, y se dirigió a mi amiga.

—¿Nos puedes dejar solos, por favor?

—Por supuesto, tenéis mucho de lo que hablar.

Lucía me guiñó un ojo, indicándome que debía escucharlo y tratar la situación como la persona adulta que era, no basándome en los encontronazos que había tenido.

—Mónica… ¿te has arrepentido de ese beso?

—No es arrepentimiento, es solo que no hemos tenido el mejor comienzo, la verdad.

—Dijimos que empezábamos de cero.

—Sí, pero es que…

—¿No te gusto? Porque tú a mí sí, y mucho, si te soy sincero.

—Sí que me gustas…

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Dijo eso y me cogió de nuevo por la cintura, pegándome a su cuerpo. Eso era lo único que no podía soportar, el perder el control de mis emociones, y con él me pasaba.

Nos volvimos a besar de la misma manera que antes y, en determinado momento, me agarró por las nalgas y me elevó, haciendo que lo rodeara con mis piernas.

Estaba excitadísima, y él lo sabía. Llevó su mano hasta mi sexo, apartó a un lado el bikini y con sus dedos, empezó a hacer círculos sobre mi clítoris.

—Joder, no aguanto más.

—Hazlo, córrete para mí.

Esa voz grave, presa del deseo, me terminó de volver loca, y lo hice, pero no de una manera disimulada, sino que solté un grito que me salió de lo más profundo de mi garganta.

—Creo que deberíamos de continuar esto en otro lugar.

—Sí, por favor.

Salimos del agua, recogimos nuestra ropa y nos fuimos hasta mi cabaña. No le dijimos adiós a nadie, sentíamos una urgencia que nos lo impedía. Ya se darían cuenta de que nos habíamos marchado.

Entramos en mi habitación, y sin esperar ni un minuto, nos volvimos a devorar de nuevo, con hambre, con necesidad.

Me desabrochó la parte superior de mi bikini, dejando mis pechos al desnudo. Se me quedó mirando, con un deseo en su mirada que me incendió todavía más de lo que estaba, si es que eso era posible.

—Mucho mejor de lo que me había imaginado…

¿Me había imaginado desnuda? ¿Desde cuándo se sentía atraído por mí? No me dio tiempo a pensar nada más, puesto que me tumbó en la cama, situándose entre mis piernas, y se metió un pecho en la boca.

Lo degustó a placer, sobre todo, el que me estaba haciendo sentir a mí. Cuando se cansó de mordisquear, lamer y succionar uno, se marchó al otro, que recibió las mismas atenciones.

Poco a poco, fue bajando por todo mi cuerpo, hasta llegar a la braguita, de la que se fue desprendiendo lentamente, hasta que terminó en el suelo.

Todo eso lo hacía sin apartar su mirada de mí, como si estuviera descubriendo un tesoro, y encendiéndome hasta límites insospechados.

Abrió mis piernas y se paró a mirarme, a mirar mi sexo como nunca antes me había mirado ningún hombre y, cuando menos lo esperaba, pasó su lengua por él, haciendo que soltara un grito de placer.

Esa lengua se merecía un premio, pues en pocos minutos, consiguió que me corriera de una manera brutal.

Desde mi sexo y hasta mi cuello, paseó su lengua por todo mi cuerpo, terminando en mi boca, donde me saboreé en él.

No sé cómo ni cuándo, pero cuando me di cuenta, ya estaba su bóxer en el suelo y tenía un preservativo puesto.

Me penetró de una fuerte embestida, haciendo que tocara el cielo con las manos. No sé las veces que cambiamos de postura, ni las que alcancé el clímax, porque perdí la cuenta, pero en mi vida había practicado sexo de esa manera.

—Joder, ahora sé que es cierto lo del baile.

—Esto tan solo acaba de empezar.

—Pues dame un respiro, hijo, que no puedo con mi alma.

Unai empezó a reírse, me cogió en brazos y se internó conmigo en la ducha. Abrió el grifo para poner el agua a una temperatura agradable, y dejamos que el agua cayera sobre nuestro cuerpo.

Echó jabón en sus manos, y las pasó por todo mi cuerpo, empezando por la cabeza. Me dio un masaje mientras me lavaba el pelo, que me pareció lo más erótico del mundo.

Hizo lo mismo con mi cuerpo, recreándose en mis pechos, que amasó hasta que le dio la gana, y en mi sexo. Con dos de sus dedos apresó mi clítoris, mientras que, con otros, decía que me lo estaba limpiando bien, cuando lo que consiguió fue que me corriera de nuevo.

Si pensaba que esto iba a quedar así, lo llevaba claro. Eché la cabeza hacia atrás, dejando que el agua aclarara mi pelo y, cuando lo tuve completamente sin jabón, le di la vuelta, dejándolo contra la pared.

Hice lo mismo que él, pero, cuando llegué a su sexo, en vez de hacerlo con mis manos, y viendo que ya estaba completamente excitado, me arrodillé ante él, dejando su miembro a la altura de mi boca.

Como si fuera un helado de mi sabor favorito, lo lamí, desde la base hasta la punta para, cuando ya lo tuve como quise, introducirlo en mi boca.

Escuchaba como gemía, como gruñía de placer, y eso me hizo sonreír. No pensaba parar hasta que se hubiera corrido en mi boca, tal y como él había hecho conmigo.

—No puedo más, si no quieres que termine ahí, será mejor que pares y te apartes.

Para nada le hice caso, continué succionando y lamiendo su glande hasta que conseguí lo que estaba buscando, que no era otra cosa que tuviera uno de los mejores orgasmos de su vida.

Casi se le doblaron las piernas cuando lo hizo, y tuvo que agarrarse al grifo para no caer al suelo.

Nos miramos y nos volvimos a besar, saliendo de la ducha siendo un nudo de extremidades, con nuestras lenguas librando una batalla en la boca del contrario.

Llegamos hasta la cama, donde nos acostamos completamente desnudos, con tan solo una sábana sobre nuestros cuerpos, y nos quedamos completamente dormidos al instante.

No os puedo decir a qué hora se marchó, pero cuando me desperté, estaba sola en la cama.

En un principio, pensé que estaría en el baño, o que había salido para pedir café y el desayuno, pero nada más lejos de la realidad, no estaba por ninguna parte.

Se había marchado sin decir ni adiós, y eso no me gustó absolutamente nada. Me sentí como una muñeca hinchable, se había saciado y ya no le servía para nada.

No voy a ser hipócrita y decir que no lo disfruté, porque sí que lo hice, pero me dolía sentirme utilizada de esa manera.

Me vestí y salí de mi habitación, yendo hasta el salón, donde mis amigas ya habían pedido el desayuno, que estaban poniendo encima de la mesa en esos momentos.

—El caballero… ¿sigue durmiendo? —me preguntó Lucía.

—Pues no tengo ni idea, cuando me he levantado ya no estaba.

—¿Me lo dices en serio?

—Totalmente.

Cogí una tostada y me la metí en la boca, ante la atenta mirada de mis amigas, que no daban crédito a lo que estaban escuchando.

Ese día decidimos que lo pasaríamos en el resort, disfrutando de la piscina, por lo que nos ataviamos para ello y salimos de la cabaña.

—Os voy a decir una cosa, si Unai se acerca, no vayáis a pensar que lo voy a recibir con una sonrisa.

—Por supuesto que no, no se lo merece.

—No es que me tuviera que pedir matrimonio, pero, al menos, decirme que se marchaba.

Estuvimos hablando de todo eso mientras íbamos hasta la piscina del resort. Dejamos todo en las hamacas que íbamos a utilizar, y nos fuimos al bar de la piscina.

En un momento dado, vimos llegar a los tres, y lo hacían rodeados de cinco o seis mujeres que los estaban mirando como si fueran tres botellas de Coca Cola de dos litros en medio del desierto.

—Vaya, ya nos han encontrado sustitutas —dijo Marta, apenada.

—Cómo dice un amigo mío, hay más peces en el mar, chavala —respondió Lucía.

Yo entendía a Marta, pues yo me sentía de la misma manera que ella, completamente decepcionada.

Capítulo 6

Unai

Esa mujer me dejaba absolutamente desconcertado, pues me atraía muchísimo, pero a la vez, me daba miedo implicarme demasiado.

Lo supe en cuanto que abrí un ojo y me acordé de que estaba en su cama, oliendo su pelo, que era rojo como el fuego que ella misma tenía en las venas.

No me quedé, no podía, era superior a mis fuerzas, por eso me levanté como si tuviera un resorte, me puse el bóxer y cogí mi ropa en un montón, saliendo de allí como si me estuviera quemando.

Por suerte, no me encontré con ninguna de sus amigas al salir de la habitación, y le di gracias al cielo por ello.

—¿De dónde vienes con esa cara? —me dijo Aitor, en cuanto me vio llegar. Mario no se había levantado todavía.

—No puedo, amigo, de verdad que no.

Con esas simples palabras, Aitor supo lo que sentía en ese momento y como me encontraba. No dijo nada más, y así se lo hizo saber también a Mario.

No es que tuviera nada en contra de ella, pero ya me había llevado un buen disgusto con una novia que tenía, y que me había hecho que tuviera que cambiar hasta de ciudad.

Me juré a mí mismo que no volvería a caer en las garras del amor, y que me alejaría de quién me provocara el más mínimo sentimiento.

—Hoy, os pido por favor, que nos alejemos de ellas.

—No te preocupes, que así lo haremos.

Nos vestimos y nos marchamos a desayunar a uno de los restaurantes del hotel, donde conocimos a seis chicas que estaban muy bien. No les llegaban a Mónica ni a la suela del zapato, pero bueno, para pasar un rato nos servían.

Eran de lo más agradables, y nos invitaron a que fuéramos con ellas a la piscina. Me parecía una tontería teniendo una en la cabaña, pero claro, quizás ellas no estaban en una cabaña, sino en una de las habitaciones del hotel.

—Venga, allí nos podremos tomar algo en la barra de la piscina.

—Claro, y disfrutar del aquagym, que es super gracioso.

Al final, claudicamos y nos fuimos con ellas, pero, al llegar allí, nos encontramos con que, en la barra, estaban Mónica y sus amigas.

Mi deseo de que hubieran pensado lo mismo que yo y que se hubieran quedado en la cabaña, se fue por el desagüe.

Su mirada se me quedó clavada, era una mezcla de decepción y desprecio, como si yo fuera una cucaracha que se había puesto en su plato favorito.

Decidí ignorarla, no así Mario, que se había quedado prendado de Marta, una de las amigas de Mónica. Él se acercó a ellas, mientras que Aitor y yo nos colocamos en el otro extremo de la barra.

Llegó el momento del aquagym, y nos fuimos todos hasta donde estaba el monitor. En uno de los ejercicios, teníamos que coger a una chica en brazos y, os prometo que, a pesar de que yo tenía a una de esas chicas cogida, me entraron ganas de tirarla y darle un puñetazo al tipo que tenía a Mónica.

—Si sigues con esa cara, vas a despedir a la gente.

—¿Qué quieres que haga? No me ha gustado un pelo.

—Pues pon remedio, pero decídete.

Le señalé a Aitor como Mónica se reía a carcajadas con el tipo que la había cogido en brazos, al igual que su amiga Lucía, que lo hacía con el amigo.

La única que se salvaba era Marta, que estaba en hombros de Mario, intentando derribar a sus amigas.

Saber que el sexo de Mónica, ese con el que tanto había disfrutado la noche anterior, estaba rozando el cuello de ese tío, me hervía la sangre.

¿Qué hice? Pues todo lo contrario de lo que estáis pensando. Bajé a esa chica y me fui para mi cabaña.

Me encerré en mi habitación, reflexionando todo lo que rondaba en mi cabeza. No me parecía justo que el destino me golpeara en ese momento, al ponerme por delante a una mujer así.

No sé el tiempo que permanecí en ese estado, dando vueltas por la habitación como si fuera un león enjaulado, pero, en un instante, tomé una decisión.

No me iba a esconder, no lo iba a pasar mal pensando en qué podría pasar, por lo que salí de allí como alma que lleva el diablo, dispuesto a enfrentarlo todo y hablar con ella.

El trayecto de la cabaña a la piscina se me hizo eterno, parecía que estaban alargando ese sendero, hasta que llegué y la vi.

No estaba sola, seguía con ese chico, pero, en esta ocasión, se encontraban en una de las barras exteriores que tenía el resort junto a la zona de la piscina.

Con paso decidido, me encaminé hasta ellos. Me temblaban hasta las pestañas, os lo prometo, pero tenía que hablar con ella y conocer cuál era su punto de vista con respecto a lo que pasó entre nosotros la noche anterior.

—Buenas tardes, Mónica. ¿Podríamos hablar un momento?

—Lo siento, Unai, pero ahora mismo no puedo. Estoy ocupada.

—Mónica, será solo un segundo, por favor.

—Si es solo un segundo, es que no es importante. Si me disculpas…

Se giró, dándome la espalda y dejándome allí con toda la cara partida. Por un instante, me quedé completamente bloqueado, era como si me hubieran desconectado los cables del cerebro.

Pasado este momento de shock, fui yo el que me giré y me dispuse a marcharme, cuando me encontré de frente con Lucía.

—Hombre, el desaparecido…

—En ningún momento he estado desaparecido, sabíais donde encontrarme.

—Claro, y eso es lo que tú esperabas, que mi amiga fuera a buscarte, rogándote que siguieras con ella.

—Nunca han salido de mi boca esas palabras. Es más, ni siquiera lo había pensado.

—Entonces, ¿por qué saliste anoche como un vulgar ladrón, sin decir, ni siquiera, adiós?

Ahí estaba el problema, en mi manera de marcharme de su habitación y de su cabaña. Intenté explicarle que había sido por miedo, pero no logré que me entendiera.

—Puedes decir lo que quieras, pero así, tan solo actúan dos tipos de personas.

—¿Qué dos tipos de persona, si puede saberse? Más que nada para saber en qué grupo estoy.

—Los cobardes y los que no quieren saber nada más de la otra persona.

—Bueno, tampoco es que tuviera que pedirle matrimonio, que no estamos en el siglo XV.

—Por supuesto que no, pero si no querías saber nada más de ella, se lo podrías haber dicho.

—Lo mismo y es que no sabía lo que quería en ese momento…

—Entonces, ya sabes en qué grupo encajas.

¿Me estaba llamando cobarde? Pues mira, a lo mejor sí que lo era y me estaba dando una bofetada de realidad.

No dije nada más, simplemente, me marché a una de las barras, donde pensaba emborracharme hasta perder el conocimiento.

De reojo la miraba, veía como se reía con ese hombre mientras yo me estaba comiendo los mocos, como se suele decir.

Casi sin darme cuenta, Aitor se había situado a mi lado, y me puso la mano en el hombro, en señal de apoyo.

—Ay, Unai, que vas a tirar tu corazón por la borda.

—Ya me lo ha dejado claro con su actitud.

—¿Tú no se lo has dejado claro a ella con tu manera de actuar?

—Pero… ¡Joder, yo he ido a darle una explicación!

—Pues ella, en este momento, no la necesita.

—¿Estás aquí para apoyarme o para darme la estocada final?

—Chico, hablas como si llevarais veinte años juntos, y os acabáis de conocer.

Lo miré, con una mezcla de enfado e impotencia, y os prometo que a punto estuve de coger mi maleta y marcharme de nuevo a mi casa.

Di un sorbo a mi copa, mientras que Aitor se pedía una. Después de pensar mucho, me di cuenta de que mi amigo tenía razón.

Ni siquiera sabía de donde era o a qué se dedicaba, y me propuse que lo iba a averiguar, que la conocería más allá del sexo.

—Algo está pasando por esa cabecita tuya…

—Pues sí, pero no pienso contar nada.

—Sabes que nunca te he presionado para que me cuentes nada, ya lo harás cuando lo creas oportuno.

Mi amigo se bebió lo que le quedaba de su copa y se marchó, dejándome allí solo con mis pensamientos.

No sé cuántas copas me tomé ni el tiempo que estuve, tan solo que, cuando quise levantarme, no podía dar ni un paso, y terminé en el interior de la piscina.

Al despertarme, lo primero que vi fue la cara de Mónica, y me pareció que estaba soñando, pues se la veía de lo más preocupada.

—Desde luego, eres gilipollas desde que ibas en los huevos de tu padre.

Esa frase, unida al tono que empleó, me provocó una carcajada. Mónica, lejos de reírse conmigo, lo que hizo fue empezar a darme manotazos, y eso, lo que hacía era que me riera más.

Capítulo 7

Este tío se creía que, porque viniera ahora con buenas palabras, iba a dejar todo para seguirlo, que le diría a mi acompañante, que me marchaba con el amor de mi vida.

Un momento… ¿en serio he dicho con el amor de mi vida? Uy, el sol y la copa que me estaba tomando me habían sentado mal.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, nada. Perdona. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si ese chico era tu novio.

—¿Mi novio? Más quisiera él…

Mi cuerpo seguía junto a Marc, el chico que había conocido en el aquagym, pero mi mente se encontraba muy lejos. Concretamente en el otro punto de la piscina, donde veía a Unai.

En un momento dado, vi como Unai intentaba levantarse, y como caía, sin posibilidad de evitarlo a la piscina y por la parte donde era más profunda.

El grito que pegué fue suficiente para que el socorrista se diera cuenta, y lo sacó de inmediato del agua.

No le dio tiempo a tragar mucha agua, pero lo suficiente como para que no volviera en sí hasta pasados unos minutos.

Pasé olímpicamente de Marc, y de dos zancadas me planté junto a Unai, poniendo su cabeza sobre mis piernas.

No pude evitar decirle lo que le dije cuando abrió los ojos. Esperaba una disculpa, al menos, pero lo que hizo fue reírse a carcajadas.

Uy, Dios mío de mi alma, me entraron ganas de tirarlo de nuevo a la piscina, pero esta vez sin socorrista que pudiera sacarlo.

Como no podía hacer eso, me dediqué a darle golpes con la mano abierta, hasta que me desahogué.

—Bueno, veo que el sirenito ya está bien —dijo el socorrista.

—El sirenito va a terminar siendo un submarino como siga haciendo el imbécil.

—Joder, Mónica, que tampoco ha sido para tanto —me dijo, intentando levantarse.

El socorrista lo ayudó a ponerse en pie, pero seguía tambaleándose. El remojón no le había servido para que se quitara la tajada que llevaba en lo alto.

Aitor, que vio que necesitaba ayuda, no dudó en venir hasta donde estábamos, y en sustituir al socorrista.

—Me parece que no voy a poder llevarlo yo solo hasta la cabaña.

—Coge tú por ese lado, que yo lo cojo por este.

Entre los dos, y no sin esfuerzo, llegamos hasta su cabaña. Nuestra intención era llevarlo hasta su habitación, pero, al llegar al salón ya no podíamos más.

—Vamos a dejarlo aquí, en el sofá.

—Sí, porque si lo llevamos hasta la habitación, los que vamos a terminar ingresados somos nosotros dos.

Lo recostamos de lado en el sofá, a esperar que se le pasara la borrachera. Aitor me ofreció un refresco de la nevera que tenían allí, y lo acepté, porque necesitaba un respiro, me faltaba hasta el aire.

—¿Qué le ha pasado para tener que coger esta borrachera?

—¿Me lo preguntas tú?

—Hombre, si solo estamos los dos, es obvio…

Aitor empezó a reír, porque yo no había entendido su pregunta, me lo había tomado por el sentido literal de la frase.

—Como bien has dicho, si estamos dos personas, es lógico que seas tú la que lo preguntas, pero no me refería a eso.

—¿Entonces? Mira, explícamelo como si fuera tontita, que el esfuerzo y el calor me han quemado las pocas neuronas que me quedaban.

Aitor no podía parar de reír, y yo no entendía el por qué, pues no había dicho nada del otro mundo. Era mi manera de hablar cotidianamente.

—Ahora entiendo el motivo de que este hombre haya caído a tus pies.

—A mis pies no, ha caído a la piscina y si no lo ayudamos a llegar hasta aquí, lo hubiera hecho también al suelo.

—No puedo contigo, te lo prometo.

—¿Qué he dicho?

—No es lo que dices, sino como lo dices. Eres una tía muy divertida, y eso, precisamente, es lo que necesita Unai en estos momentos.

—Claro, por eso anoche se largó de mi cabaña sin decir ni adiós.

Estuvimos un buen rato hablando de todo esto. Él me decía cosas que yo no entendía, sobre la manera de actuar de su amigo.

Justo cuando estaba a punto de marcharme, Aitor recibió una llamada importante, y me pidió que me quedara con él mientras la atendía.

—Dios, qué dolor de cabeza tengo.

—¿Qué esperabas? Vamos, se bebe hasta el agua de los floreros y ahora se queja porque le duele la cabeza… Esto es para mear y no echar gota.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pues mira, he pasado por aquí y he dicho, voy a entrar a ver la decoración de la cabaña, por si me toca la lotería y tengo que montar un resort.

A pesar del dolor de cabeza, Unai no pudo evitar reírse. Lo reconozco, mi ironía y mi sarcasmo iba más allá de lo que era normal en una persona.

—Me encantas, lo siento, pero lo tengo que decir.

—Hijo, pues poco se ha notado.

—Mónica…

—No me vayas a decir que empecemos de cero, otra vez, porque me niego. No soy una Tablet a la que puedas restablecer los valores de fábrica.

—¿Ves? Esto es lo que me vuelve loco, que me das una de cal y otra de arena.

—Yo no te doy nada, bueno, te he dado, pero me ha decepcionado mucho tu manera de actuar.

Nos mantuvimos hablando durante bastante tiempo, ignorando que Aitor había entrado de nuevo en la cabaña, y se había mantenido al margen, escuchando nuestros argumentos.

—Chicos, como veo que tenéis conversación para rato, mejor me marcho —nos dijo Aitor.

—No hace falta, la que se marcha soy yo.

—No te vayas, Mónica, hablemos, por favor.

Me lo pidió de una manera que no pude decir que no, y por eso me mantuve allí, sentada a su lado y escuchando todo lo que me tenía que decir.

—Dame un minuto que me dé una ducha y enseguida continuamos hablando.

—Está bien, te espero en la piscina.

Unai me miró con una cara de completo asombro, como si lo que le estuviera proponiendo fuera una locura.

—Vale, pero yo te hablo desde fuera.

—Sí, pero alejado del borde, que yo no tengo nociones de socorrismo.

Se fue a la ducha riendo, mientras que yo preparaba algo de comer con lo que había en la nevera y en los muebles de la cocina, ya que su cabaña sí que tenía esa estancia.

No era una comida como tal, pero al menos podríamos picar algo. Puse en la mesa de la terraza un cuenco con patatas chips, otro con olivas y un par de refrescos.

Le vendría bien comer algo para la resaca, y le puse, además, una pastilla para el dolor de cabeza.

Mientras que no salía, aproveché para darme un chapuzón, y me mantuve en el interior de la piscina hasta que lo escuché salir a la terraza, que fue el momento en el que decidí salir.

—¡Toma ya!

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada, que ese bikini debería estar prohibido si no quieres que a cualquiera le dé un infarto.

—Déjate de halagos, que no te pega.

—No son halagos… Mónica, quiero conocerte.

—Unai, ni siquiera sabemos nada más que el nombre del otro.

—Y, precisamente eso, es lo que quiero evitar, que solo seamos un par de nombres.

Me estuvo contando que era médico, y que era del País Vasco, al igual que sus amigos. Aitor era cardiólogo y Mario, enfermero, como yo.

No me contó gran cosa de su vida, y eso era una contradicción. Me decía que quería que nos conociéramos y, por otro lado, le ponía límites a todo lo que me contaba.

Yo le dije a qué me dedicaba, y de dónde era. También le conté que vivía en un pequeño apartamento en la casa de mis padres, y era algo que él no entendía.

—¿Entonces, vives independiente, pero dentro de los dominios de tus padres?

—No es exactamente eso. Mis padres no me dominan ni me controlan en nada, pero no de ahora que vivo en la buhardilla, sino desde que tengo uso de razón.

—Joder, en mi caso es todo lo contrario.

—¿A qué te refieres?

—A que, a pesar de que no vivo con ellos desde que empecé la universidad, siempre quieren tener el control de mi vida.

—¡Qué agobio! Yo no podría vivir así, te lo juro.

—Por eso he puesto distancia, pero eso te lo contaré otro día, que ahora no me apetece.

Poco a poco, fuimos acercando posturas. Tenía claro que no iba a meterse entre mis piernas de nuevo, al menos de momento, y así se lo hice saber.

Estuvo conforme con todo lo que le dije. Íbamos a empezar siendo amigos, entre otras cosas, porque vivíamos a muchos kilómetros y no quería enamorarme y que me partieran el corazón.

Lo que menos necesitaba en estos momentos era un amor de verano, alguien que, terminada las vacaciones, no se volviera a acordar de mí.

Capítulo 8

Me volví a mi cabaña con la tranquilidad de saber que yo no tenía nada malo, que, si él había decidido marcharse de esa manera, no fue por algo que yo había hecho.

Esa noche no me apetecía salir de fiesta, y por eso me quedé allí sola, que era algo que necesitaba.

—¿En serio no te animas a venirte?

—De verdad que no, pero pasadlo bien vosotras.

—Te vamos a echar de menos.

—Ni que os fuerais a Laponia, que estaréis a pocos metros…

Mis amigas se marcharon y yo aproveché para meterme en la piscina con un refresco, que dejé en el borde.

Esa paz y esa tranquilidad que me aportaba el silencio me encantaba, y lo quería disfrutar.

No pude evitar que a mi mente acudieran los momentos que había vivido con Unai, tanto los buenos como los malos, y de una manera brutal.

Parecía que hacía mil años que nos habíamos conocido, cuando, realmente, no hacía ni cuatro días.

Me agotaba una "relación" así. No me entendáis mal, no digo la palabra relación achacándola a una pareja como tal, no en el sentido romántico.

Para mí, una relación también podía ser de amistad, y eso lo entendía como un apoyo a muerte, y los altibajos de Unai me desconcertaban.

Pocos minutos después, el silencio se desvaneció, puesto que escuchaba las risas y conversaciones de la cabaña de al lado, donde estaban los chicos.

No eran las voces de mis amigas, sino que eran desconocidas para mí. La curiosidad me podía, pero no podía averiguar nada, ya que no se veía nada, la intimidad de cada cabaña era total.

Por un instante, me puse a imaginar que Unai estaría intentando ligarse a alguna de las chicas, y un calor me subió por el cuerpo.

No era enfado, no era decepción, eran celos, en toda la amplia extensión de la palabra, y eso no me gustó un pelo, porque significaba que ya había sentimientos.

Salí de la piscina y me envolví en una toalla, sumida en mis pensamientos. Cuando quise darme cuenta, me encontré con la cabeza de Unai al lado de la valla.

—¿Me das asilo político?

—¿Qué haces ahí?

—No me apetece estar en mi cabaña, donde la cosa se está desmadrando.

—Anda, da la vuelta que te abro.

Cuando entró, me dio un beso en la mejilla y lo noté cansado. No sabía si era por la juerga que se estaban montando en su cabaña o por la borrachera de esa misma mañana, de la que todavía le duraba la resaca.

Como ninguno de los dos habíamos cenado, pedimos al restaurante del resort, que nos sirvió en poco tiempo en la cabaña.

Me contó que mis amigas estaban allí, pero también estaban en la fiesta que habían montado algunas personas más que no conocía, tanto hombres como mujeres.

—A pesar de la impresión que puedo dar, no me gusta estar rodeado de desconocidos, no en este contexto, al menos.

—Pues quién lo diría, esta mañana parecías como pez en el agua.

—Era por aparentar, por convencerme a mí mismo de que no te quería cerca.

—Gracias por la parte que me toca…

—No me malinterpretes…

Me explicó esas palabras que había dicho, y lo entendí. Por primera vez estaba viendo a un Unai completamente sincero, y me gustó.

La cena transcurrió entre risas y comentarios de lo más sarcásticos. Me sentía bien a su lado, sin tener la necesidad de que fuera algo sexual.

Después de cenar, nos volvimos a la piscina, entre juegos cómplices y miradas que lo decían todo.

No iba a acostarme con él, pero tampoco me iba a negar a que hubiera un acercamiento, del tipo que fuera. Por eso, cuando se acercó y me abrazó, me dejé querer.

—Vas a ser un quebradero de cabeza, Mónica García.

—Esperemos que no, Unai Echevarría.

Eso de acompañar nuestro nombre con el apellido era una manera de expresar que nos íbamos conociendo un poquito más.

Por supuesto que nos quedaba mucho por delante, eso era innegable, pero, pasito a pasito, lo íbamos a conseguir, nos abriríamos al otro hasta que pudiéramos contarnos las cosas sin ningún tipo de miedo o tabú.

Ese abrazo nos llevó a besarnos. Un beso que nos decía lo que nos gustábamos, pero que no nos iba a llevar a más.

Fue dulce, no como los que nos habíamos dado hasta ahora, que eran de lo más pasionales y que, sobre todo, lo que nos demostraba era deseo.

—Creo que es hora de dormir, pero en mi cabaña no sé como lo voy a conseguir.

—Quédate, duerme conmigo, no me importa.

Ambos sabíamos que tan solo dormiríamos. Éramos amigos y daba igual que fuéramos un hombre y una mujer. Yo era de la opinión de que dos amigos de distinto sexo podían dormir juntos sin que pasara nada.

Esa noche dormimos abrazados, sin que entre nosotros hubiera distancia física, aunque todavía hubiera muchísima emocional.

Así nos encontraron mis amigas, en la misma cama, él en bóxer y yo con una camiseta de tirantes y una braguita, que nos pusimos después de ducharnos, cada uno por su lado, por supuesto.

—Uy, uy, aquí, esta noche, ha habido tomate —dijo Lucía.

—No digáis más chorradas, y cerrad la puerta, por favor.

—Bueno, mañana te contamos como hemos vivido la noche.

—Sí, que más que tomate, nosotros hemos tenido menestra —dijo Marta.

En Lucía no me sorprendía nada, pero en Marta, todo lo que no fuera lo "moralmente correcto", era algo que no concebía.

No me vayáis a tachar de mojigata o de moralista, porque nada más lejos de mi forma de ser. Cuando decía esas palabras, me refería a la forma que ella tenía de ver la vida.

Para mi manera de pensar, todo lo que fuera consensuado entre dos o más personas, sobre todo en el tema del sexo, era correcto. Daba igual si se trataba de abrir una pareja o de mantener sexo con varias personas, ya fuera de manera simultánea o no.

Lo único importante era que todos fueran libres y felices, que lo hicieran porque realmente su cuerpo y su mente se lo pedía, no por querer congraciarse con alguien o porque se sintiera coaccionada.

—Me parece que anoche, en mi cabaña, sucedieron muchas cosas.

—Ni que lo digas. Mejor me levanto ya y pido el desayuno.

—Sí, pero solo para nosotros, que esta gente continuará durmiendo.

—Reponiendo fuerzas…

Ambos soltamos una carcajada, sabiendo que no podríamos contar con ninguno durante todo el día, por lo menos.

Desayunamos en la terraza, tranquilos y relajados y, cuando terminamos de hacerlo, Unai me propuso algo.

—¿Qué te parece si voy un momento a mi cabaña, me cambio y salimos los dos a pasear?

—Pues me parece una idea fantástica.

Unai salió de mi cabaña, dispuesto a llegar a la suya y volver lo más pronto posible. Mientras, yo recogí un poco todo, hice la cama, que no me gustaba que la hiciera nadie, y me di una ducha.

Estaba lista ya, esperando a Unai, cuando Lucía se levantó para ir al baño. Traía una cara que lo decía todo, pero, aun así, quise picarla un poquito.

—¿Lo pasaste bien anoche?

—Ay, amiga, no te lo puedes ni imaginar.

—¿Sexo desenfrenado con Aitor?

—Con Aitor y con dos personas más, pero ya te contaré con más detalle…

—No, no hace falta, gracias.

Lucía soltó una carcajada por la cara que puse, y se metió al baño en el momento exacto en el que Unai llamaba a mi puerta.

No lo dejé ni entrar, cogí el bolso, abrí la puerta y salí, cogiéndolo del brazo. Sabía que, si entraba y Lucía lo veía, nos iba a dar una clase teórica de las posturas del Kamasutra.

—Por la cara que traes, tus amigos te han debido contar lo de anoche. ¿No?

—Mucho peor, he tenido el privilegio de verlo en primera persona.

—¿Perdona?

—Vamos y te lo cuento por el camino.

Durante el trayecto hasta la playa, no pude evitar soltar más de una carcajada escuchándolo contarme como había entrado en su habitación y se había encontrado a dos tíos acostados con una tía que no conocía.

—Le he dicho a Aitor que, como no cambie las sábanas y el colchón, no vuelvo a dormir allí en lo que queda de viaje.

—¿Y dónde vas a dormir?

—Me da igual, como si tengo que comprarme un saco de dormir y hacerlo en la playa.

—No, hombre, siempre tendrás un huequito en mi cama. Esta noche no nos ha ido tan mal.

—Habla por ti, que yo tengo un dolor de huevos bastante considerable.

Soltó eso como el que decía que le dolía la cabeza, y más me reía yo, sobre todo al ver su cara contándome todo.

Me gustaba estar así con él, no era tan gilipollas como pensaba en un principio, y tenía que reconocerlo, muy a mi pesar.

Capítulo 9

Quien nos viera desde fuera ese día, podría afirmar que éramos una pareja y apostar a que no se equivocaría.

Paseamos por la playa y cuando encontramos un sitio que nos gustó a los dos, decidimos que nos quedaríamos allí un ratito.

Nos quitamos la ropa y nos quedamos en bañador, pues el calor comenzaba a acuciar. Para esa ocasión yo me había decantado por un trikini de color blanco, que llevaba los cordones de sujeción en varios colores trenzados.

Está mal que yo lo diga, pero me hacía un cuerpazo, y lo pude comprobar en cuanto que me giré y vi como Unai me estaba mirando.

Quizás era hora de dejar esa prohibición que yo misma me había impuesto de no acostarme con él y tentarlo un poquito. Eso nos llevaría a pasar un buen rato. Como amigos, eso sí.

—Si el bikini de ayer debería de estar prohibido, este…

—¿Qué le ocurre a este?

—Dios, mírate, estás increíble.

—Gracias. ¿Me pones un poco de crema protectora?

Le puse el bote en las manos, y me di la vuelta, desabrochando la parte superior del trikini.

Lo escuché como tragaba saliva, sobre todo cuando me tumbé en la hamaca que habíamos cogido, y que era de esas grandes, en la que cabían perfectamente dos personas.

Al principio se limitó a ponerme la crema solo en la espalda, pero, cuando le indiqué que las piernas también se quemaban, se dirigió a la parte inferior de mi cuerpo.

—¿Esto es una prueba?

—¿Por qué dices eso?

—Porque me van a tener que amputar el miembro como me digas que te ponga crema otra vez.

Solté una carcajada. Mi plan había surtido efecto y eso me hizo sentirme una mujer empoderada.

Pasé a la segunda parte de mi plan, y le indiqué que se tumbara él. Cogí el bote de crema y en vez de echarlo directamente en su cuerpo, lo hice en mis manos.

Froté mis manos y las puse en su torso. Extendí la protección sobre su cuerpo de una manera muy sensual, que más parecía un masaje erótico que otra cosa.

Llevé mis manos hasta la cinturilla de su bañador, metiéndolas incluso por debajo de su elástico, y rozando con mis dedos el glande de su miembro, que estaba duro y erecto.

Me apartó de golpe y se metió en el agua del mar, tirándose de cabeza, como si estuviera buscando alivio en el frío que lo estaba envolviendo.

No me lo pensé, y me metí tras él. Pero no lo hice bruscamente, sino que entré en el mar de manera lenta y calculada, haciendo mover mis caderas.

Como si fuera un anuncio de esos de champú, el viento movió mi pelo, y no pude evitar que una sonrisa acudiera a mis labios. Tan solo me faltaba la musiquita.

Cuando estuve cerca de él, me sumergí en el agua, y buceé hasta llegar a su altura, saliendo del agua rozando su cuerpo.

—Si sigues provocándome así, no respondo.

Su voz sonaba ronca, presa del deseo y no dudé, me lancé a sus labios como si fuera un manjar delicioso difícil de conseguir.

Rodeó mi cintura con su brazo, pegando mi cuerpo al suyo y haciendo que mi sangre hirviera.

No había nadie en esa parte de la playa, pero, llegados a este punto, nos hubiera dado igual que hubiera una manifestación en la orilla.

Ni que decir tiene que lo hicimos allí mismo, rodeados por el mar y por un paisaje que era de lo más idílico.

—Sé que dije que esto no volvería a pasar, pero creo que es inevitable cuando estamos cerca.

—Yo también dije que estaba de acuerdo con todo esto, pero, como bien dices, no me puedo resistir, sobre todo cuando me provocas de esa manera.

—¿Qué yo te provoco?

—Y no sabes de qué manera…

Nos volvimos a besar y decidimos que saldríamos del mar para secarnos un poco antes de irnos a comer.

Durante el trayecto hasta el restaurante, me cogió de la mano, y yo no me solté. Me parecía un gesto de lo más romántico.

Nos sentamos en una mesa apartada, y nos deshicimos en caricias el uno al otro. Hice algo que siempre pensé que era una gilipollez, darle de comer a la otra persona, como si fuera un bebé o no tuviera brazos.

Así nos mantuvimos durante un buen rato, como si el resto de los comensales no existieran, como si estuviéramos solos en el restaurante.

A la hora del postre, pedimos una tabla de dulces para compartir, y así nos encontraron nuestros amigos, dándonos una cucharadita de tarta de chocolate.

—Uy, uy, nos hemos perdido algo —dijo Aitor.

—Algo no, cariño, nos lo hemos perdido todo —le contestó Lucía.

—Ni que lo digas. Cuando nos marchamos ayer, estos dos casi ni se hablaban, y ahora están aquí como los que están rodando una película romántica.

Después de que Marta soltara eso, todos estallamos en una sonora carcajada. Visto desde fuera, tendríamos que vernos así, como los protagonistas de una película romántica.

Lejos de dejar de actuar así el uno con el otro, continuamos de la misma manera. Nos juntamos para que cupiéramos todos, y mientras que nosotros estábamos ya en la sobremesa, nuestros amigos empezaban a comer.

Nuestras manos continuaban entrelazadas, escuchando las conversaciones que tenían los demás con una sonrisa en los labios, hasta que llegó el momento de las confesiones.

—Anoche me acosté con Mario, y con una chica —dijo Marta, dejándome ojiplática.

—Si lo has hecho con consentimiento de todas las partes, no veo donde está el problema —respondió Unai.

—Yo tampoco veo que tiene de malo —dijo Lucía.

—Por primera vez en toda mi vida, me he dejado llevar. No he pensado en lo que diría la gente, sino en lo que me apetecía hacer en ese momento.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Pues, sorprendentemente, me siento mejor que nunca… No fue nada premeditado, surgió y ya está.

—¿Te gustaría repetir? —preguntó Aitor.

—Sinceramente, sí. Pero en un ambiente mucho más íntimo.

Estuvieron hablando de que ellos conocían un local en el que podrían practicar el sexo libre, en un entorno cuidado e íntimo, y Marta estuvo de lo más interesada.

—¿A ti también te gustaría probar algo de eso? —murmuró Unai en mi oído.

—No lo sé, tendría que verme en esa circunstancia.

A mi mente acudió una imagen de mí practicando sexo con Unai y otro hombre, y no puedo negar que la idea me sedujo un poco, pero, al pensar que fuera él quien estuviera con otra mujer, ya la idea no me gustó tanto.

Unai se debió de dar cuenta del cambio de gesto en mi cara, porque soltó una carcajada que se escuchó en todo el restaurante.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—A mí tampoco me gusta compartirte con nadie, te lo he notado en la cara.

Lo miré con la boca abierta, mientras que nuestros amigos estaban ajenos a lo que hablábamos nosotros y seguían departiendo si era buena o mala idea llevar a las chicas al local del que hablaban.

Después de eso, decidimos irnos a tomar algo a la barra del interior de la piscina, porque el calor volvía a acuciar bastante.

Al llegar allí, vi a Marc, y no dudé en ir a saludarlo. No fue nada del otro mundo, pues tan solo le di dos besos y le conté, así por encima, que estaba con Unai, de lo que se alegró mucho.

Al volverme, la escena que me encontré no me gustó un pelo. Había una rubia explosiva agarrada del brazo de Unai, y a él se le veía de lo más cómodo.

¿Pensáis que monté una escena de celos? Pues nada más lejos de lo que en realidad hice, pues pasé olímpicamente de los dos.

Me pedí una copa y me senté al fondo de la barra, sola, puesto que mis amigas estaban con sus chicos dándose un baño. ¿Él se dio cuenta de lo que había hecho? Por supuesto, pero no movió un solo dedo.

Cuando terminé con mi copa, me levanté de allí, con toda la educación y elegancia del mundo, y me dispuse a salir de la piscina, justo cuando Aitor me interceptó.

—No pienses lo que no es, Mónica.

—Tan solo pienso que no merezco tener a mi lado a alguien que me humille de esa manera.

—Tiene una explicación, que te dará Unai en cuanto pueda.

—La única explicación que tiene es que es un picaflor y que yo no pienso caer más en sus redes.

A partir de ese momento decidí que quería terminar de vivir este viaje completamente sola, sin amigas y sin nadie. Me iba a servir para encontrarme conmigo misma.

Me dirigí hasta la recepción del resort y solicité una habitación individual, a ser posible en la otra parte del complejo. La chica que me atendió, no dudó en ofrecerme justo lo que necesitaba.

Volví a mi cabaña y recogí mis cosas. Les dejé una nota a mis amigas, diciéndoles que nos veríamos de nuevo en el aeropuerto cuando nos tocara volver a casa.

Capítulo 10

Unai

Vi como Mónica iba a saludar al chico que estuvo con ella el día anterior, no hizo falta que me dijera nada, puesto que sabía que no había mala intención en ese gesto.

Me apoyé en la barra y me pedí una cerveza con limón. Me gustaba, los días de calor, tomarla de esta manera, era como si refrescara mucho más que la normal.

No apartaba mi mirada de ella, no porque temiera nada, ni mucho menos, sino porque me encantaba verla así de sonriente, de relajada, y otra sonrisa me salió en mis labios sin pretenderlo.

Una sonrisa que se me borró en cuanto que noté que me tocaban el brazo de una manera que tan solo lo hacía ella, Magda, la persona que menos me esperaba encontrar allí.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Fui a buscarte y tus padres me dijeron que estabas aquí, de viaje con tus amigos…

—Exactamente, con mis amigos. Creo que te dejé clara mi postura sobre lo nuestro.

—No digas tonterías, eso fue un momento de rabia. Podemos arreglarlo.

—No quiero arreglar nada, y menos contigo.

Empezaba a cabrearme, pero, para que lo entendáis, será mejor que os explique quién era ella, quién era Magda.

Magda era la hija de unos amigos de mis padres, la que me impusieron como pareja. Pensareis que exagero, pero os prometo que no, fue un chantaje emocional en toda regla.

Me contaron que mis padres estaban atravesando una mala racha económica y que el padre de Magda se había ofrecido a echar un cable.

Como muestra de agradecimiento, me ofrecí a pasear con Magda, que era nueva en la ciudad, puesto que su familia se había llevado en Londres muchísimos años, donde desarrollaron su actividad laboral.

Poco a poco, la chica se fue enamorando de mí, y yo, que era un niño de veintipocos años, me dejé querer.

Para mí, lo que teníamos no significaba nada, era una más de las muchas con las que me acostaba a lo largo de mis días.

Hasta ese momento en el que me dijo que estaba embarazada. Mi vida se derrumbó, pues no quería ser padre tan joven. Cuando nació Enzo, yo tenía veinticinco años.

—Tienes que cumplir con tus obligaciones, Unai —me dijo mi madre.

—Si no lo haces, los que quedaremos mal seremos nosotros —me advirtió mi padre.

—No quiero seguir con ella, no estoy enamorado.

—Pues te lo hubieras pensado antes de meterte entre sus piernas —contestó mi padre.

Debido a eso, la chica con la que estaba y con la que pensaba ir en serio, se lio con otro, causándome un dolor indescriptible, y fue cuando me hice la promesa de que, jamás, me volvería a enamorar.

Cuando nació Enzo, fue el mejor momento de mi vida y pensé que, quizás con el amor de mi hijo tendría suficiente, pero nada más lejos de la realidad.

Hace cinco meses, encontré la excusa perfecta para librarme de ella. Al volver a casa del trabajo, estaba en la cama con el que se suponía que era su mejor amigo.

No os vayáis a pensar que fui tan tonto de no hacerle la prueba de ADN al niño, que fue lo primero que hice. Salió que era mi hijo, y por eso solicité la custodia compartida.

Mis padres, lejos de ponerse de mi parte, lo hicieron de la de ella. Alegaron que todo había sido mi culpa, que ella me había sido infiel porque yo no le prestaba la suficiente atención.

Por supuesto que no cambiaría a mi hijo por nada en el mundo, pero eso no implicaba que tuviera que cargar también con su madre.

Vi como Mónica nos miraba, pero lejos de montar un numerito, se sentó en la otra punta, sola, y yo traté de ignorarla, para que Magda no notara mi interés por ella.

Si ella lo sabía, lo harían mis padres y, entonces, mi vida estaría acabada. Cuando me librara de ella hablaría con mi chica, estaba seguro de que lo entendería.

—Amor, deberíamos ir a mi cabaña, allí podremos hablar más tranquilos.

—Si soy tu amor ni tengo nada que hablar contigo. Te pido, por favor, que me dejes vivir mi viaje en paz.

—¡No he venido hasta aquí para nada!

—Donde deberías de estar es cuidando al niño, no detrás de mí.

—El niño está perfectamente cuidado, está con sus abuelos, que son los que me han animado a venir a buscarte.

No me podía creer que mis propios padres, aun sabiendo que no sentía nada por ella, siendo conocedores de que me estaba siendo infiel, todavía la instaran a venir a buscarme.

Me costó más de tres horas que entendiera que, entre nosotros, lo único que iba a haber era una relación cordial por el bien de nuestro hijo, nada más.

—Pues, lo siento, pero si no vamos a estar juntos, yo no quiero educar al niño sola, te tendrás que hacer cargo de él.

—Si lo haces a modo de castigo para mí, te has equivocado de todas, todas, porque para mí, Enzo, es una bendición.

Después de eso, se largó de allí. Me tomé una cerveza en el mismo lugar en el que estaba, cuando Aitor se acercó a mí.

—Amigo, será mejor que vayas a buscar a Mónica, no iba muy contenta, que digamos.

—Sabes que no podía dejar ver mi interés por ella, o estaría acabado.

—Por eso le dije que hablara contigo, que todo tenía una explicación.

—Gracias, Aitor, eres lo más parecido a un hermano que tengo.

Yo era hijo único, pero siempre había tenido a mi amigo presente en mi vida, desde el primer recuerdo que tengo. Luego, más tarde en el instituto, se nos unió Mario.

Me tomé lo que me quedaba de cerveza de un solo trago, y me dispuse a ir a buscar a Mónica a su cabaña, pero no había nadie. Tendría que estar con sus amigas, así que me fui a buscarlas.

Las vi de lejos, junto a mis amigos, pero de Mónica no había ni rastro. Llegué hasta ellos que, al ver mi cara, supieron que algo me sucedía.

—¿Tenéis alguna idea de dónde puedo encontrar a Mónica?

—¿No está en nuestra cabaña? —preguntó Lucía.

—Vengo de allí y no me ha abierto nadie.

Sus amigas se miraron entre ellas y, automáticamente, se levantaron, directas a ver qué era lo que había sucedido y por qué no abría.

Cuando llegamos allí, sus amigas lo primero que hicieron fue entrar en su habitación, donde no quedaba ni rastro de ella. Empezamos a preocuparnos, puesto que pensamos que le había pasado algo.

Hicimos un barrido visual por toda la cabaña, hasta que Aitor se dio cuenta de que había una nota encima de la mesa del salón, que cogió y empezó a leer en alto.

"Amigas, no os asustéis, pero necesito estar sola y encontrarme conmigo misma. No me he marchado de vuelta a España, tan solo he cambiado de ubicación. Os pido, por favor, que respetéis mi decisión. Nos veremos en el aeropuerto para la vuelta. Os quiero".

—Esta tía está fatal de la cabeza, de verdad —dijo Lucía, visiblemente enfadada.

—¿Cómo se ha ido sola? Podía haber contado con nosotras —habló Marta.

—Creo que todo esto es culpa mía —dije, a media voz.

Les expliqué lo que había sucedido a todos, pues tan solo lo sabía Aitor, que era el que había estado presente, aunque en la distancia, y hubo disparidad de opiniones.

Mientras que Lucía decía que su amiga había sido muy tremendista al marcharse de esa manera. Marta decía que la entendía y que ella hubiera hecho lo mismo.

Yo los escuchaba a todos, sin decir ni una sola palabra, pues mis pensamientos estaban en otro lado.

Otra vez más, y sin pretenderlo, mis padres me habían jodido la vida. Por supuesto que no les conté de la existencia de mi hijo, pues pensaba que la primera que lo tenía que saber era ella, Mónica.

Esperaba que no se hubiera marchado muy lejos y decidí que le preguntaría a la chica de recepción. Sus amigas lo vieron una idea estupenda, y decidieron acompañarme.

—Lo siento, pero no os puedo decir su destino por deseo expreso de ella.

—Venga, por favor, tenemos que decirle algo importante —dijo Marta, poniendo carita de pena.

—De verdad que no puedo, lo siento. Si necesitan ponerse en contacto con ella, déjenme el recado, que yo se lo hago llegar.

Con tan solo escuchar estas palabras, me tranquilicé, porque no había salido del complejo y tenía la probabilidad de que me la cruzara en algún momento y le pudiera contar todo.

Mientras que mis amigos y sus chicas se fueron de cena y fiesta, yo decidí quedarme en la cabaña. Tenía que hablar con mis abogados para que empezaran a preparar la documentación para la custodia del niño, y aprovecharía el momento, por la hora que sería en España.

Capítulo 11

Llevaba ya dos días en la nueva zona del complejo, y estaba de lo más a gusto. Había conocido a Jero, un chico gay que me acompañaba a todas partes, y con el que no me podía reír más.

Nuestro encuentro fue de lo más accidentado y casual, pero no por eso menos especial. Íbamos por el pasillo de las habitaciones, pues ambos llegábamos a la vez, y su maleta salió directa a mis piernas.

—Ay, corazón, no sabes cuanto lo siento. La puñetera maleta asesina…

—No te preocupes, son cosas que pasan.

—Ven, que te curo en un momentito.

—¿Eres enfermero?

Pensé que sería muchísima casualidad, pero su respuesta me dejó sin palabras, hasta que me aclaró a lo que se dedicaba.

—¿Yo enfermero? Anda ya. Yo soy forense oceanográfico.

—¿Y eso qué es? ¿Una carrera nueva, quizás?

—Nueva, dice… y lo heredé de mi bisabuelo. Chica, soy pescadero, de los de toda la vida de Dios.

Os prometo que casi me ahogo de la risa, cuando me dijo eso. No podía ser un tipo más gracioso que él. Me vendría de lujo una persona como él a mi lado en estos momentos.

Ese día me ayudó a llegar a mi habitación, y me contó toda su vida. Era gay y tenía pareja desde hacía más de ocho años, a pesar de tener treinta, y era muy feliz.

De vez en cuando, cuando se notaban muy saturados entre ellos, se perdían por el mundo, pero cada uno por su lado. Cuando volvían, se ponían al día de cómo lo habían pasado y empezaban de nuevo.

Me maravillaba la manera que tenían de ver la vida y de vivir el amor. Me juraba que ninguno había sido infiel al otro en todos estos años por eso, porque cada uno tenía su espacio.

Habíamos quedado en la piscina, donde desayunaríamos juntos. A simple vista no era un hombre de los que tú notas que es gay, pues era muy masculino y guapo, la verdad.

—Hola, preciosa, ¿qué tal has dormido esta noche?

—Mejor que anoche, la verdad.

—Eso es bueno. Venga, que ya tengo pedido dos desayunos completos.

—¿Has hablado con tu chico?

—¡No! Nunca lo hacemos. Así, cuando nos volvamos a ver, tenemos más cosas que contarnos.

Me estuvo contando que volvía el mismo día que nosotros, por lo que nos podíamos ir juntos hacia el aeropuerto.

Pasamos el día juntos, sin hacer gran cosa, la verdad, puesto que no nos movíamos del resort y alternábamos la piscina con la playa y el restaurante.

—Esta noche nos tenemos que ir de juerga.

—¿Dé qué estás hablando? Como mucho, una copita en el bar de la playa.

—Bueno, que ese sea el principio.

Lo hacía tranquila, sin el temor de que Unai se cruzara conmigo, puesto que estábamos en la parte opuesta del complejo.

A la que sí vi más de una vez, y cada una de ellas con un tipo diferente, es a la rubia que estaba aquel día con Unai en la piscina.

—Esa lleva un ritmo que, en tres días, se quedará sin género que probar.

—Mira que eres bruto…

Me tenía que reír sí o sí con él, porque no se podía tener más arte al decir las cosas. Me dijo que vivía a pocos kilómetros de mi ciudad y decidimos que nos veríamos, al menos, una vez al mes.

—Tienes que conocer a mi chico, te va a encantar, te lo prometo.

—Si es como tú, no lo dudo.

—¡Qué dices! Somos totalmente opuestos.

Me estuvo diciendo que su chico era muy serio, mientras que él se lo tomaba todo a broma. Para él fue un trauma salir del armario, pues su familia le dio de lado en el mismo momento en el que se enteraron.

Para Jero fue totalmente lo contrario, pues su madre y su hermano lo apoyaron sin pedir explicaciones. Lo único que le dijeron es que, ya que había salido que no consintiera que nadie lo volviera a meter, que tenía que ser feliz.

Tenían que ser una pareja de lo más adorable. Martín, su chico, era abogado y regentaba uno de los bufetes más importantes del país, que llevaba casos de lo más mediáticos.

Nos fuimos hasta nuestras habitaciones, donde nos dispusimos a ducharnos y a cambiarnos de ropa. Tal y como habíamos dicho, cenaríamos en el restaurante de la playa y luego nos tomaríamos una copa allí mismo.

Me vestí, por primera vez desde que llegué allí, de manera elegante, pero cómoda, nada de bikinis ni trikinis, esos los dejaba para la piscina, durante el día.

Me puse un vestido de hilo blanco, que resaltaba el moreno de mi piel. Era largo, pero tenía toda la espalda fuera, resultando de lo más elegante.

Tenía el tirante fino y el escote en V, pero de esos que no permitía ponerse sujetador. Por suerte, mi pecho tenía el tamaño perfecto y estaba de lo más firme.

Lo combiné con unas cuñas de esparto en color azul marino, que me hacía mucho más estilizada que unas sandalias planas. Cogí mi bolso y me lo colgué en forma de bandolera, y salí a buscar a mi nuevo amigo.

—Ya estoy listo, preciosa mía.

—Menos mal. Por un momento pensé que te estabas vistiendo de fallera.

—¿Te imaginas mi cara con esos rodetes en las orejas? Iba a estar monísimo, vamos. Una foto así, y obtengo el divorcio, seguro.

Todas las conversaciones con él resultaban de la misma manera, terminando con risas y más risas, y esa no iba a ser menos.

Nos fuimos paseando hasta allí, por la zona de las maderitas, pues con mis cuñas no me atrevía a ir por la arena, o terminaría con un pie escayolado.

Llegamos al restaurante y ya nos tenían una mesa en la terraza, con vistas al mar y a la luna, que esa noche estaba más brillante que nunca. Me parecía precioso el entorno, y no dudé en pedirle a Jero que me hiciera una foto.

—Toma, ha quedado de postal.

Cuando me dio el móvil pude comprobar que no podía haber salido más bonita. La luna se reflejaba en el mar que quedaba a mi espalda, mi pelo lo había movido el viento y mi cara salía de perfil, observando todo.

No me lo pensé y la subí a las redes, desde que había llegado no había subido ni una sola. Medité el pie de foto, pero no pude poner otra cosa que lo que puse.

"Cuando la vida te lo pone difícil, el destino te pone por delante un entorno idílico con una persona que no lo es menos. Gracias mi forense oceanográfico".

—Gracias por no etiquetarme, así mi chico no sabrá dónde estoy.

—Pero ¿de verdad no os decís el destino de vuestros viajes?

—Nunca, así no tenemos la tentación de ir a buscarnos.

Nos trajeron la cena que habíamos pedido, que era una ensalada con frutas para compartir y dos doradas a la sal, que allí las hacían de muerte, de buenas que estaban.

Charlamos de todo un poco, y me atreví a contarle lo que me había sucedido con Unai, y como lo vi de lo más acaramelado con la rubia.

—¿Y no le pediste explicaciones?

—No las necesitaba, lo había visto todo.

—Chica, no puedes ser tan impulsiva, lo mismo tenía una explicación. De lo contrario, hubiera seguido con él y no estaría aquí, acostándose con todo lo que se menea.

No me había parado a pensar en eso, la verdad. Quizás tenía razón, pero no quería darle más vueltas. Si la tenía, ya me lo diría cuando nos volviéramos a ver, si es que eso ocurría de nuevo.

Jero se dio cuenta, al igual que lo hice yo, de que había un hombre en la barra que no me quitaba el ojo de encima, y me estaba empezando a poner nerviosa.

—Amiga, si lo necesitas, yo te doy un pico ahora mismo.

—No te quiero poner en ese compromiso, pero es que no quiero nada con él y no para de mirarme.

—Eso está hecho. No es la primera vez que lo hago y mi chico está completamente de acuerdo.

Jero se sentó a mi lado, pues estábamos uno frente al otro, pasó su brazo por encima de mis hombros y me dio un pico, con tan mala suerte que, cuando giré la cabeza, tenía a Unai frente a mí.

Mi amigo notó mi incomodidad y levantó la cabeza, encontrándose con su mirada, mezcla de rabia y tristeza.

—Me parece que he metido la pata.

—No la has metido, si tiene que ser, será.

—Ya, pero ahora le he dado pie a que piense lo que no es.

—Pues, levántate y habla con él.

¿Qué hacía? ¿Me levantaba y le daba explicaciones o pasaba del momento? Al final, no había sido más que un pico sin importancia, pero que me podía traer consecuencias.

Capítulo 12

No me dio tiempo, mientras que me pensaba lo que hacía, Unai despareció de mi vista. Un sentimiento angustioso se apoderó de mí.

Me levanté y me dirigí hasta la playa, donde me descalcé y metí los zapatos en mi bolso. Necesitaba sentir la arena en mis pies, eso era algo que, desde siempre, me había tranquilizado.

Llegué hasta la orilla, y sumergí mis pies en el mar, desde donde continué andando unos metros más.

Jero me había dado mi espacio, había respetado mi decisión de querer estar a solas durante unos minutos, pero me duró poco la soledad, puesto que, enseguida escuché una voz masculina que no me era familiar.

—¿Qué hace una mujer como tú aquí, solita?

Os prometo que sentí un miedo aterrador pues, al volverme, me encontré con el mismo hombre que no me había quitado el ojo desde que llegué al restaurante.

No me gustó su forma de mirarme, ni el tono que empleó al hablar y tuve muy claro que sus intenciones no eran buenas.

—No está sola, está conmigo.

En ese momento, juro que casi me desmayo. Era Unai, y no sabía de donde había salido. De lejos, pude ver como Jero también venía hasta donde estábamos nosotros.

—Lo siento, pensé que estaba sola.

—Pues no, porque estaba con un amigo —dijo Jero, que acababa de llegar.

Noté como Unai se debatía entre marcharse o pedirme una explicación, pero no se lo permití, puesto que lo cogí del brazo para que no lo hiciera.

—Mónica, cariño, te dejo con este hombre y me vuelvo a mi habitación. Nos vemos mañana en la piscina —me dijo Jero, con una sonrisa.

—Gracias, amigo, te debo la vida.

Fui hasta donde estaba él y le di un beso en la mejilla, y un abrazo. Ese hombre, al ver que no estaba sola y que no lo estaría durante un buen rato, se marchó, dejándome allí con Unai.

—No te estaba buscando ni espiando.

—Lo sé, o me hubieras encontrado antes.

—¿Podemos hablar?

Nos sentamos allí mismo, en la arena, uno junto al otro y empezamos a hablar los dos a la vez, como si ambos tuviéramos prisa por explicarle al otro.

—Empieza tú, por favor, que has sido el que has venido hasta aquí.

—Está bien, pero luego quiero que me cuentes todo, te lo suplico.

—Lo haré.

Unai me explicó que había venido hasta allí para localizar a la rubia que estaba con él en la piscina, y que resultó que se llamaba Magda.

En un principio no me gustó lo que me estaba diciendo, y me tensé. Unai se dio cuenta de mi incomodidad, y me entregó unos documentos, para que los leyera.

—¿En serio tienes un hijo y no me lo has contado?

—Pensaba hacerlo aquel día en que su madre apareció.

—Claro, y por eso me ignoraste.

—No te ignoré por lo que tú estás pensando…

Me contó todo lo que había vivido con esa mujer, como actuarían sus padres y la decisión que tomó. Sacó su móvil y me enseñó una foto del niño.

Tenía dos años y era un muñeco de bonito que era. Se parecía muchísimo a su padre, sobre todo en la sonrisa pícara que mostraba.

—Y esta es mi historia. Ahora te toca a ti.

—Lo mío no es tan rocambolesco, de verdad…

Le conté como había conocido a Jero, y el apoyo que había sido para mí. No le hablé de su condición sexual, porque eso no me correspondía a mí.

Unai me escuchaba atentamente, sin mostrar absolutamente nada de lo que estaba sintiendo, y eso me hacía sentirme insegura.

Esperó a que terminara de hablar, y sin esperármelo, cogió mi cara con sus manos y me besó.

Primero fue un pico, pero segundos después, fuimos profundizándolo, hasta quedarnos prácticamente sin aire.

—Entiendo que necesites estar sola y masticar todo lo que te he contado, por eso, te dejo en el hotel y me marcho.

—Gracias por entenderme.

No me dijo nada, tan solo me cogió de la mano y me acompañó hasta el hotel, que estaba a unos quince minutos desde donde estábamos.

Al llegar al vestíbulo, me soltó, me dio un beso de pico en los labios, y se marchó.

No hubo una despedida dramática, no me pidió que me marchara con él o que le permitiera quedarse conmigo, y no sabía si eso me gustaba o me aterraba en la misma medida.

Sé que puedo sonar contradictoria y, de hecho, lo soy. Me moría por tener a Unai a mi lado, dormir abrazada a él mientras que huelo su perfume.

Pero, por otro lado, quería estar sola y poner mis ideas en orden, procesar todo lo que me había dicho y ver si era capaz de convivir con eso.

Llegué a mi habitación, me di una ducha, pues me sentía de lo más acalorada e incómoda, y me metí en la cama. Mañana sería otro día, uno en el que esperaba tener un poco más claro lo que quería y a lo que estaba dispuesta.

—Venga, chula, que te vas a convertir en oso, de tanto dormir. Parece que estás hibernando.

Era Jero desde el pasillo, que no paraba de golpear mi puerta para que nos marcháramos a la piscina.

—Entra, pesado, que estoy terminando.

—¿Qué pasó anoche con el Adonis que vino a buscarte?

—Nada, nos explicamos todo y nos dimos un beso. Me acompañó hasta aquí y volvió a su cabaña.

—¿Me estás diciendo en serio que lo dejaste escapar?

Lo miré de una manera que lo único que pudo hacer fue levantar las manos a modo de rendición, y cambió de tema, como si lo anterior no se hubiera pronunciado nunca.

Me encantaba la manera de ser de Jero, que respetaba los tiempos y espacios de todos, sin exigir nada, sin presionar para saber.

Cogí mi bolsa y nos fuimos hasta la cafetería que había junto a la piscina, puesto que ninguno de los dos habíamos desayunado todavía.

Estábamos disfrutando de nuestro desayuno, cuando vi venir a la rubia, a Magda, creo que se llamaba, con un paso decidido y cara de pocos amigos.

—Niñata, si te piensas que te vas a quedar con mi familia, lo llevas claro.

—¿Perdona? ¿Nos conocemos de algo?

—Nos vamos a conocer, te lo aseguro, y no de la mejor manera.

—Si no te importa, estoy desayunando con un amigo…

—Los padres de Unai jamás te aceptarán, te lo aseguro, porque yo me voy a encargar de ello.

Tal y como vino, se dio media vuelta y se marchó. Me quedé sin saber qué hacer o qué decir, mirando a Jero, que se encontraba en el mismo estado que yo.

—Chica, será mejor que no le hagas caso.

—Me da la impresión de que esta mujer está mal de la cabeza.

—Es eso, o que la tienen completamente mimada, que también puede ser.

Ambos soltamos una carcajada porque la situación había sido, como poco, surrealista. ¿Se pensaba esa mujer que yo me iba a pelear con ella?

Eso era lo que ella quería que pasara, que me pusiera a su altura, pero no lo hice, la ignoré. Me acordé de lo que decía siempre mi abuela Luisa, no hay mayor desprecio que no hacer aprecio, y me lo apliqué.

Nos íbamos a ir a la piscina a darnos un baño, por lo que buscamos un par de hamacas que no estuvieran muy lejos, para dejar las cosas y bañarnos tranquilamente, cuando lo vi llegar.

No traía buena cara, y fue directamente hasta donde esta mujer estaba sentada, con los mismos documentos que me enseñó a mí la noche anterior.

Mi vista no podía apartarse de la escena que estaba presenciando. En primer lugar, ella optó por las lágrimas, pero, viendo que no le surtían el efecto que ella deseaba, cambió de actitud.

Empezaron a discutir muy fuerte, los gritos eran evidentes y estaban siendo escuchados por todos los que estaban a su alrededor, hasta el punto de que vino uno de los chicos de seguridad para ver lo que estaba pasando.

Después de esto, los dos se marcharon a un lugar más privado, que supuse que sería la habitación de ella. No puedo decir que no me comieran los celos, porque era así, pero no por él, sino por la actitud de ella.

Jero intentó distraerme y, llegado el momento, incluso lo consiguió. Por suerte, a este viaje tan solo le quedaban dos días, porque me moría por llegar a casa y volver a la rutina.

No había resultado ser tal y como lo planeamos mis amigas y yo, al menos para mí, y necesitaba que todo volviera a su lugar.

Durante todo el día nos mantuvimos en la misma zona, pues no me apetecía moverme, por si me los encontraba en una situación que no me gustara, y mi amigo lo entendió.

—No te preocupes, Mónica, que nos quedamos aquí hasta que a ti te apetezca, luego, si quieres, podemos cenar en la terraza de mi habitación o de la tuya.

Capítulo 13

Unai

Sentí una gran ligereza cuando le conté todo a Mónica, la existencia de mi hijo, lo que me unía a Magda y la postura de mis padres.

Ahora, tan solo me faltaba cerrar el tema de la custodia con la madre de mi hijo. Sabía que no me lo iba a poner fácil, a pesar de lo que dijo el día anterior.

Justo estaba saliendo para ir en su búsqueda, cuando recibí una llamada de mi madre, y sabía que no iba a ser una conversación amistosa, por lo que entré de nuevo en mi cabaña. Estaba solo y ese sería el mejor lugar para hablar con ella.

—Dime mamá…

—¿Se puede saber qué demonios piensas?

—No sé a qué te refieres.

—Por supuesto que lo sabes. No contento con abandonar a la madre de tu hijo, ahora pretendes quitarle también a su hijo.

—Te recuerdo que yo soy su padre, no un extraño. Además, fue ella la que me lo dijo ayer, yo tan solo he acelerado los trámites.

—Si te atreves a eso, te prometo que declararemos en tu contra, y si lo consigues, moveré todos los hilos, hablaré con quién sea necesario para que no te lo puedas llevar de la ciudad.

—¿A qué viene esa amenaza?

Supe que Magda se había dado cuenta de mi intención de cambiar de trabajo y había investigado sobre mi nuevo destino.

—Tú sabrás, yo no te pienso dar más pistas. Ah, y apártate de esa otra mujer, que no está a la altura de mi familia.

Cortó la llamada y no pude hacer otra cosa que gritar hasta casi quedarme sin voz. ¿Por qué el destino me lo ponía tan difícil?

No me quedé allí, ahora, más que nunca, tenía que enfrentarme a Magda y que me firmara los papeles. En cuanto que tuviera firmada la custodia de mi hijo, me pensaba ir lo más lejos posible de todo y de todos.

Sabía que estaría en la zona de la piscina, porque era tan egocéntrica que necesitaba tener la mirada de todos los hombres que había a su alrededor.

Ya me habían informado de que se había acostado con medio resort, y el otro medio no había caído porque tenía más de sesenta años o no tenía ni un céntimo.

—Hola, mi amor, te estaba esperando.

—Déjate de tonterías. ¿Ya le has ido con el cuento a mis padres?

—No es ningún cuento, es la verdad…

—La verdad tergiversada para ponerla a tu favor, pero me da igual. Toma, léelo y firma.

Le tendí los documentos que le enseñé anoche a Mónica, y que llevaba para dárselos a Magda, pero no la encontré.

Su rostro iba desencajándose, y no por la propuesta, porque a ella el niño le importaba poco más o menos que un carajo, sino porque se le iba la posibilidad de seguir viviendo del cuento, como estaba haciendo.

Primero, empezó a llorar, como si yo fuera el culpable de todo esto que, en cierto modo lo era, porque nunca debí traspasar determinados límites.

—No me puedes quitar a mi hijo, Unai.

—No te lo estoy quitando, podrás verlo cuando quieras. Tú misma me dijiste que no estabas dispuesta a criarlo sola.

—Pero lo hice para hacerte reflexionar, para…

—Para chantajearme psicológicamente, pero no lo voy a consentir.

Después de decirle esas palabras, su actitud cambió radicalmente, y empezó a gritar como las locas.

—¡Eres un cabrón! No te vas a ir con ella…

—Deja a Mónica fuera de todo esto.

—Ella es la culpable de que no quieras volver conmigo.

—Aquí, los únicos culpables somos nosotros dos. Yo, porque jamás debí empezar nada contigo y tú, porque te acuestas con todo aquel al que le cuelgue algo entre las piernas.

Los gritos y los insultos fueron subiendo de nivel, hasta el punto de que vino la seguridad del hotel para llamarnos la atención.

—Creo que es mejor que vayamos a un sitio más privado. No quiero ser la comidilla de todo el hotel.

—Claro, y que esa mujer se entere de todo, pero ya lo sabe, yo misma me he encargado de decírselo.

—¿Te has atrevido a molestarla?

—Le he dicho las cuatro verdades que tenía que saber, entre ellas que tus padres jamás la verán como tú quieres que la vean.

Me entraron ganas de cogerla por el cuello y lanzarla lo más lejos posible. Si hubiera podido, la hubiera matado, os lo juro.

Era tanto el odio que me provocaba que no podía evitar tener esos pensamientos. No es que lo fuera a hacer, ni mucho menos, porque, entre otras cosas, no era de ese tipo de personas.

Nos metimos en su habitación, que era lo que teníamos más cerca. Al cerrar la puerta, volvió a intentar seducirme, pero no se lo permití.

—Te he dicho que no quiero nada contigo, no sé cuántas veces más tendré que repetírtelo.

—No te hagas el duro, siempre te he puesto muchísimo.

—Tú lo has dicho, en pasado, y no te vayas a creer que tanto.

—Claro, eso te lo dices para que no te remuerda la conciencia.

—No quiero escuchar nada más de lo que estás diciendo. Vamos a centrarnos en lo importante, que es nuestro hijo Enzo.

—No pienso firmar nada hasta que no lo vea mi abogado.

—Pues envíaselo por correo electrónico, no quiero esperar mucho más.

Volvimos a discutir, puesto que decía que no iba a firmar nada hasta que no volviéramos, y yo no quería eso. Necesitaba tener ya la cesión de la custodia, pero, como no quería que me acusara de coacción, lo dejé pasar.

—En cuanto que volvamos, quiero una cita con los dos abogados y dejar todo este tema zanjado.

—Está bien, te haré llegar la fecha y la hora.

—Si, después de un par de días desde nuestra llegada, no tengo noticias, iré por las malas.

—No me amenaces, Unai, que tú tienes mucho más que perder que yo.

Salí de aquella habitación dando un portazo y me marché del hotel. Ni siquiera quise ir a buscar a Mónica, pues terminaría pagando con ella mi enfado, y no se lo merecía.

Me dispuse a pasear por la playa, pero no sin antes enviarle un mensaje a Aitor, que era el único que sabía dónde me encontraba.

Unai: *Amigo, hoy voy a estar todo el día desaparecido, necesito estar a solas. Ya te contaré cuando vaya. Un abrazo.*

Me senté en la arena, viendo como el mar rompía en la orilla, y no pude evitar llorar.

Lo hacía por mí, por cómo, a estas alturas de mi vida, mis padres seguían mandoneándome. También lo hacía por mi hijo, que no se merecía una guerra entre sus padres.

Dios estaba por testigo de que lo había intentado evitar, precisamente por eso, por el bien de mi hijo, y había querido que todo fuera de lo más pacífico posible, pero no me lo estaban poniendo fácil.

Jamás pasó por mi cabeza apartar a mi hijo de su madre, pero lo que no pensaba consentir es que lo usara como un arma arrojadiza contra mí.

Lo que había pasado entre nosotros no tenía nada que ver con el niño, y teníamos que dejarlo a un lado, pero su madre parecía que no lo veía de esa manera.

Nunca vi un gesto de amor hacia Enzo por parte de su madre, a la que todo lo que hacía le sentaba mal, sobre todo cuando venía con las manos sucias de pintura o de tierra y pretendía darle un abrazo.

Conmigo era todo lo contrario, pues yo era de los que me ensuciaba con él. La felicidad del niño no se podía cohibir por una mancha, que se iría fácilmente con una ducha y una lavadora.

Me desahogué hasta que ya no me quedaban lágrimas que echar, hasta que me dolían los ojos y la garganta por el llanto. Fue entonces cuando decidí que tenía que volver.

Hice el camino inverso hasta nuestra cabaña, pero evité coger por el interior del complejo, así no tendría que encontrarme a nadie, pues ni gafas de sol llevaba.

Continué por la playa, paseando sobre su arena caliente y sintiéndome, a cada paso, un poquito mejor.

Casi sin darme cuenta, me encontré en la puerta de la cabaña, donde me encontré con Aitor sentado en los escalones.

—Estaba a punto de ir a buscarte.

—Te dije que necesitaba estar solo.

—Sí, pero no durante todo el día, está a punto de anochecer.

Miré hacia el mar y era cierto, el sol ya estaba bastante bajo. Había perdido la noción del tiempo y ni siquiera había probado bocado en todo el día.

No es que tuviera hambre, ni mucho menos, pero tenía que ingerir algo o terminaría poniéndome enfermo. Aitor, que me leyó el pensamiento, entró en la casa y pidió la cena para los dos, ya que Mario había salido con las chicas.

Capítulo 14

Por fin había llegado el momento de volver a casa, y me encontraba en la puerta del hotel, junto a Jero, esperando que llegara el coche que nos llevaría hasta el aeropuerto.

—Amiga, se acabó lo bueno.

—Y no te puedes imaginar las ganas que tenía de que pasara.

—Yo, siendo sincero, también. Han sido muchos días lejos de Martín, y me muero por verlo y abrazarlo.

Metimos las maletas en el maletero del coche y nos sentamos en el asiento trasero. Ese coche era solo para nosotros, así que íbamos bastante cómodos durante todo el trayecto.

Nada más me bajé del coche, y allí estaban todos, Unai incluido. No lo pude remediar, salí corriendo y me abracé a ellos, no uno por uno, sino en plan mogollón, que era como a mí me gustaba.

—Chicos, él es Jero, un buen amigo que he conocido en el viaje.

—Hola, Jero, nosotros somos Lucía, Marta, Mario, Aitor y…—empezó Aitor a presentarlos a todos.

—Yo soy Unai —lo interrumpió.

—A ti ya te conozco, aunque no voy a negar que, si no tuviera ya un medio marido esperándome, me hubiera gustado conocerte más.

Jero le guiñó un ojo a Unai, que se quedó ojiplático al darse cuenta de que mi amigo le había dicho, por toda la cara, que era gay.

Entramos en la terminal, pues el primer vuelo salía en tres horas y teníamos que facturar el equipaje. En esta ocasión tampoco tendríamos que coger las maletas en la escala, sino que la enviaban directamente hasta Madrid, desde donde cogeríamos cada uno para su ciudad.

—¿Me dejas que me siente contigo?

—Siempre que no te importe que, si tenemos un accidente, pueda haber algún tipo de confusión…

Unai soltó una carcajada por mi contestación, y es que eso fue precisamente lo que me dijo él cuando coincidimos la primera vez.

Subimos al avión y, curiosamente, nuestros billetes estaban juntos, tanto Unai como Jero iban uno a cada lado de mi asiento.

—No puedo ir mejor escoltada.

—Ni que lo digas, aunque yo me cambiaría por ti sin dudarlo.

Jero era así, de decir las cosas sin pensarlas, y eso era lo que más me gustaba de él, que no medía y hacía todo lo que le salía del corazón.

El viaje transcurrió sin mayores incidencias, salvo que a Marta le tocó sola en la fila de asientos y a su lado, iba una señora mayor con un rosario, que no paraba de rezar y la estaba poniendo nerviosa.

—No me vuelvo a subir más a un avión si me toca una persona así, me cambio o voy de pie, como cuando cojo el bus del dos en hora punta.

Todos soltamos una carcajada al ver la expresión de Marta, mientras que nos decía eso, que era de auténtico pavor.

Habíamos coincidido todos en el mismo hotel, así que nos fuimos juntos para allá. Al llegar a la recepción para hacer la entrada y coger las tarjetas de las habitaciones, Jero se encontró con la sorpresa de su vida.

—¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú, haciendo escala.

Sí, era lo que pensáis, allí estaba su marido. La probabilidad de que coincidieran en las mismas circunstancias era prácticamente imposible, pero allí estaban los dos, fundidos en un discreto abrazo.

Nos encontrábamos en un país en el que no podían derrochar muchas muestras de cariño entre ellos, puesto que había que ser respetuosos con la cultura local, pero ya lo harían en la intimidad.

Continuamos con la misma distribución de las habitaciones, ya haríamos cambios cuando no tuviéramos testigos.

Hasta el año dos mil veinte, estaba totalmente prohibido dormir en la misma habitación si no estabas casado, pero, desde entonces, el gobierno local decidió flexibilizar eso de cara al turismo.

No era así para los autóctonos del país, que lo seguían teniendo prohibido. Para cualquier turista esto era algo impensable, que te pidieran un certificado de matrimonio para estar en un hotel, pero era su cultura.

Estábamos a punto de subir al ascensor, cuando vi llegar a esa mujer, a Magda, arrastrando su maleta y con cara de pocos amigos.

Al vernos, una sonrisilla se le dibujó en los labios, una de pura maldad, que sabía que nos iba a traer más de una complicación.

—Buenas noches —nos dijo al llegar.

Todos los que estaban presentes contestaron, a excepción de nosotros, que sabíamos de quién se trataba. Incluso Martín lo hizo, hasta que Jero le dio un codazo.

Ahora, más que nunca, debían tener cuidado en la forma de comportarse entre ellos, pues teníamos claro que no dudaría en denunciar su homosexualidad ante las autoridades.

Por suerte, tan solo sería una noche, pues al día siguiente teníamos el vuelo a primera hora y ya no tendríamos que temer, ni por ellos ni por nadie.

Estábamos muy cansados del viaje, así que, decidimos que nos daríamos una ducha y cenaríamos en las habitaciones, cada uno en la suya.

No queríamos darle a Magda más herramientas para hacernos daño de la que teníamos, al otro día ya volveríamos. Los chicos y nosotros quedamos en que pasaríamos dos noches más en Madrid a la vuelta, donde hablaríamos tranquilamente.

La noche fue de lo más movida, puesto que se escuchaban como pequeñas explosiones que no sabíamos a que eran debidas. En un momento determinado, nos avisaron de que bajáramos todos al vestíbulo.

—¿Qué pensáis que está pasando?

—No tengo ni idea, pero nos enteraremos pronto.

Esa era la conversación que más se escuchaba entre los huéspedes del hotel. Unai, en cuanto que me vio, se vino hasta mi lado, cogiéndome la mano.

La chica nos explicó que el espacio aéreo estaba cerrado y que no tenían ni idea del tiempo que pasaría hasta que lo volvieran a abrir. Era consecuencia de la guerra que había iniciado Trump contra Irán.

No era nada directamente contra Arabia Saudí o contra los Emiratos Árabes, pero al estar en la dirección de los misiles, la consecuencia había sido esa.

Las explosiones que escuchábamos eran los misiles interceptados y que caían a la ciudad. Nos aconsejaron que no saliéramos del hotel y, a ser posible, de las habitaciones.

Si éramos varias las personas que veníamos juntas, podíamos unirnos todos en la misma habitación, al menos durante el día. También nos explicaron que, poco a poco, nos irían poniendo en contacto con nuestras diferentes embajadas.

—Dios mío. ¿Qué va a pasar con nosotros? —dijo Marta, visiblemente preocupada.

—No nos pasará nada, mi amor. Estate tranquila —respondió Mario.

Decidimos que nos reuniríamos en la habitación de los chicos, que era una suite con varias habitaciones y tendríamos el salón para estar al día de todo a través de las noticias internacionales.

Martín y Jero también se vinieron con nosotros, y así lo dijimos en la recepción, por si acaso nuestras habitaciones las necesitaban otras personas, porque acababa de llegar otro vuelo, el último que aterrizaría, según teníamos entendido.

—No tenemos ropa. Necesitaremos salir a comprar algo —dije.

—Tenemos la mochila con dos ropas de cambio, no creo que necesitemos más —me respondió Lucía.

—Sí, y podemos lavarla en el baño. Es un peligro salir a la calle.

Nos juntamos todos en el restaurante para comer, tal y como nos había indicado el personal del hotel, pues no podían atender a todo el mundo, ya que faltaban algunos trabajadores que se habían visto sorprendidos por las explosiones.

—¡No pienso quedarme encerrada, tengo que comprar ropa! Me da igual que no sea seguro, que me acompañe alguien.

Era Magda la que decía que tenía que salir. El chico que la estaba atendiendo no cesaba en su empeño de convencerla para que no lo hiciera, pero sin ningún éxito.

—Está bien, señora, deme un rato que pueda organizar todo para que la acompañe alguien.

—Esperaré hasta después de comer, ni un minuto más.

Entramos en el restaurante y la dejamos discutiendo con el chico de la recepción. Esa mujer no entendía que, no solo pondría su vida en riesgo, sino que también lo haría la persona que la tuviese que acompañar.

En las mesas, las conversaciones eran siempre las mismas, la duda de qué pasaría con nosotros y de cuánto tiempo tendríamos que permanecer allí antes de volver a casa.

—No creo que tarden mucho en sacarnos de aquí —nos dijo Unai.

—Eso espero, o nos volveremos locos —respondió Lucía.

—En cuanto que nos pongan en contacto con la embajada, nos darán la solución, eso es incuestionable.

Estuvimos un rato más hablando de lo mismo, hasta que pedí, por favor, que no habláramos más de eso. Me estaba poniendo nerviosa y, al fin y al cabo, lo que pasara o no, no estaba en nuestras manos.

Después de comer, nos volvimos a subir hasta la suite de los chicos, llevándonos con nosotros bastantes refrescos y algunos snacks con los que matar el aburrimiento, así como varios juegos de mesa que pusieron a nuestra disposición, y con los que intentaríamos pasar el tiempo lo mejor posible.

Capítulo 15

Notaba a Unai de lo más preocupado, y no entendía el motivo. No paraba de mirar por la ventana del salón de la suite.

—¿Te ocurre algo?

—No sé, tengo una sensación de lo más extraña, es como si fuera a ocurrir algo.

—Eso es producto de todo lo que estamos pasando, pero verás como todas esas sensaciones se desvanecen en cuanto que la embajada nos contacte.

—Ojalá y sea así. Tampoco me gusta que Magda esté por la calle en estos momentos, y no malinterpretes mis palabras, por favor.

—Lo sé, no te preocupes por eso. A pesar de todo lo que ha pasado entre vosotros, no deja de ser la madre de tu hijo.

—Exacto, me pasaría con cualquier persona que conociera y estuviera en la misma situación que ella.

Lo abracé por la espalda cuando, a pocos kilómetros de donde estábamos, vimos que caía un misil. Pensareis que os estoy exagerando, pero el edificio entero tembló, y empezamos a gritar.

El personal del hotel nos fue tranquilizando, porque nuestra primera reacción fue salir de allí, por el miedo a que se pudiera caer. Estaba preparado para ello, y nos informaron de que, si la cosa se ponía peor, nos llevarían al sótano, para que estuviéramos más seguros.

De repente, me vino a la cabeza esa mujer que estaba en la calle. ¿Habría podido ponerse a salvo? ¿Estaría ya de vuelta?

Parecía que Unai me estaba leyendo el pensamiento, porque, nada más mirarme, le preguntó al chico que nos estaba informando a todos los que estábamos alojados en esa planta.

—Perdona, ¿sabría informarme si la señora Magdalena Fuentes ha regresado ya del centro comercial?

El chico miró a su compañero, cogió una bocanada de aire, y le dio el consentimiento para que nos informara.

Nos llevó aparte, pues no querían que el resto de los huéspedes se enterara de lo que había sucedido.

—Lo siento, el misil interceptado ha caído justo en el centro comercial.

—¿Me está diciendo qué han podido morir?

—Señor Echevarría, no es una posibilidad, es una realidad. El edificio ha quedado completamente destruido. Justo cuando ocurrió, nos encontrábamos hablando con nuestro compañero.

—¿No habían salido de allí? —pregunté, pues me resultaba difícil de creer.

—No, señorita García, estaban justo en la planta del centro, pudimos escuchar como caía el techo sobre ellos y el silencio que vino a continuación.

Tuve que sujetar a Unai por el brazo, al igual que Aitor, que había estado pendiente de todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor.

Lo introdujimos en la suite y lo sentamos en el salón. Estaba en shock, todavía no había sido capaz de reaccionar, y lo dejamos solo, para que tuviera tiempo de asimilarlo.

—¡No! ¡Ha sido mi culpa!

Escuchamos a Unai gritar y golpear todo lo que tenía a su alcance. Fuimos corriendo para atenderlo, antes de que le pasara algo.

Nos lo encontramos llorando y con una fuerte crisis de ansiedad, por lo que no dudamos en avisar al servicio médico del hotel, que no tardó en atenderlo.

Le aplicó un sedante para tranquilizarlo y, entre Aitor y Mario, lo llevaron hasta su habitación, donde lo dejaron recostado en la cama.

No me quise mover de su lado, quería que supiera que siempre estaría ahí para él, para lo que necesitara. Si quería hablar, lo escucharía, si, por el contrario, lo que necesitaba era permanecer en silencio, me limitaría a acompañarlo.

—Es normal que se sienta culpable. Tienes que entender que esa mujer había ido a buscarlo.

—Y lo entiendo, pero él no ha tenido ninguna culpa. Si ella no se hubiera empeñado en salir, ahora estaría sana y salva.

Aitor y yo estábamos teniendo esta conversación sentados en el sofá de la habitación en la que dormía Unai, cuando lo escuchamos despertarse.

—Si yo hubiera accedido a estar con ella, la hubiera convencido de que no saliera y continuaría con vida.

—Claro, y si yo hubiera conocido los números de la lotería, hoy sería millonaria. No digas tonterías, Unai, por favor.

No me esperaba la forma en la que reaccionó, os lo juro por mi vida, y me dejó hundida por completo.

—Tú, mejor que te calles. Si no te hubiera conocido podría haberla perdonado. Sal de mi habitación ahora mismo, no quiero volver a verte.

—¿Perdona? Amigo, me parece que estás siendo muy injusto y que te estás equivocando de pleno —le dijo Aitor, visiblemente enfadado.

—Déjalo, Aitor, no voy a estar junto a quien no me quiere a su lado.

Me levanté, cogí mi mochila y me fui al salón, pero no para quedarme allí, sino para decirles que me marchaba a mi antigua habitación, que todavía estaba disponible.

Jero y Martín dijeron que no pensaban dejarme sola y mis amigas, a pesar de que sus chicos estaban allí, dijeron lo mismo, que no se separarían de mí.

—Hemos venido juntas, y nos marchamos juntas.

—Chicas, de verdad que no hace falta, quedaos aquí. Cuando sepa algo, os aviso.

A regañadientes logré convencerlas de que, con Martín y Jero, estaría bien, que se quedaran junto a sus chicos.

Salí de allí aguantando las lágrimas, unas que no pensaba echar delante de Unai, así me costara una conjuntivitis.

Una vez que estuve con mi amigo y su chico en su habitación, me permití el lujo de romper a llorar. Lo hice por todo en general, por el miedo que sentía de no poder salir de allí, por todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor y, por supuesto, por lo que me había dicho Unai.

—Tranquila, cielo, el tiempo pone a todos en su sitio.

—Pues a mí, que me ponga en mi casa ya, con mis padres, que es el único lugar en el que quiero estar.

Jero me dio un abrazo muy reconfortante, y Martín se unió a nosotros. Queríamos salir de allí lo antes posible, pero nos daba la impresión de que la cosa iba para largo.

Tres días llevábamos allí, encerrados y nadie nos daba una solución. La embajada nos daba la posibilidad de viajar hasta la frontera de Omán, y desde allí, volar a España.

No nos daban seguridad de que pudiéramos hacerlo, pero no vimos otra opción si queríamos volver a casa. Los vuelos habían triplicado su precio, y subían día a día.

—Yo me voy, voy a preguntarle a las chicas que van a hacer ellas.

—Amiga, pero no nos dan la seguridad.

—Tampoco la tenemos aquí, y desde allí será más fácil.

Salí de la habitación y subí a la suite donde estaban mis amigas. A ellas les habían dado la misma opción y, entre todas, decidimos que nos marchábamos.

Unai y sus amigos decidieron quedarse, puesto que él decía que no se volvía a casa hasta que no tuviera el cuerpo de Magda, y eso podía tardar semanas, según le comentaron.

Cogimos nuestras mochilas, nos despedimos de todos y nos fuimos camino a la recepción, donde nos estaban organizando en grupos, según el destino de cada uno.

Al final, Martín y Jero también decidieron venirse con nosotras, pues, por su condición sexual, tampoco se atrevían a quedarse mucho más tiempo allí en ese país.

Nos quedaba un viaje largo, no por la duración, sino por lo que nos podríamos encontrar durante el trayecto. Nos dieron unas directrices a seguir y nos pusimos rumbo a la frontera de Oman.

Todos los gastos corrieron a cargo del gobierno del país, puesto que nos habíamos quedado atrapados en su suelo, y no era culpa de nadie.

Había gente que no tenía dinero suficiente para pagar otro billete de avión, pero no tuvieron necesidad de buscar ayuda económica en sus familiares o amigos.

—Tengo unas ganas enormes de aterrizar en Madrid.

—Pues yo, de lo que tengo ganas es de subirme ya a un avión y salir de aquí.

Lucía y Martín seguían hablando de lo mismo, mientras que yo me sumía en mis pensamientos.

Jamás me llegué a imaginar que, entre Unai y yo, las cosas terminaran de esta manera, sin mirarnos y sin decirnos ni adiós.

No le deseaba nada malo, más bien todo lo contrario, ojalá y encontrara la paz junto a su hijo y fuera capaz de dejar todo atrás.

No sé en qué momento, pero cuando llevábamos un buen rato en la carretera, me quedé dormida. Supongo que la tensión de todo lo acontecido en los últimos días me habían pasado factura.

—Mónica, querida, ya hemos llegado —me dijo Martín.

—¿Ya estamos en Omán?

—Sí, nos han dejado justo en el aeropuerto, tenemos que ir todo el grupo junto, el que se quede atrás, se queda en tierra.

Me levanté lo más rápido que pude, y me puse junto con todos los demás que íbamos en el autobús. Con el pasaporte en la mano, tal y como nos habían pedido, y dispuesta a subirme en ese avión que nos iba a llevar a casa.

Capítulo 16

Unai

No os podéis imaginar lo que me dolió perder a Magda en ese atentado, y no podía evitar culparme por eso. Si yo hubiera estado con ella, no habría salido y hoy, estaría con vida.

Esas palabras me costaron una buena bronca con Aitor y Mario, que trataban de convencerme de que no era así, que ella hubiera salido de todas maneras, que yo no tenía culpa de nada, y mucho menos Mónica.

En cuanto me enteré de eso, la aparté de mi vida. Si no la hubiera conocido, si no me hubiera acostado con ella, podría haber perdonado a Magda y empezar de cero con ella.

Ahora, mi hijo se había quedado sin madre, pero no se quedaría también sin padre, porque pensaba dedicar todo mi tiempo libre a su cuidado, sin que nadie me lo pudiera impedir.

—No me pienso marchar sin el cuerpo de Magda, es lo menos que puedo hacer por ella y por mi hijo.

—No digas tonterías, de verdad. Puede ser que no lo encuentren nunca. ¿Te vas a quedar aquí para siempre?

Aitor no entendía mi postura, y era lógico, él no tenía hijos y no podía ponerse en mi piel.

Dos semanas habían pasado desde aquel fatídico día, y me habían llamado desde la embajada. Habían encontrado el cuerpo de una mujer y tenía que pasar a reconocer el cadáver.

—Voy contigo.

—No, Aitor, voy a ir yo solo.

—¿Por qué cojones eres tan cabezota?

—Me da igual lo que me digas, pero no pienso ceder.

—Mira, haz lo que te salga de los cojones, ya estoy empezando a hartarme de tu actitud.

Salió de la suite dando un portazo. Me daba igual. Me vestí acorde con lo que llevaba y bajé a la recepción, donde me estaban esperando los de la embajada.

—Señor, en caso de que no fuera el cuerpo de la señorita Fuentes, le aconsejo que se marche a casa, nosotros lo mantendremos informado.

—Me lo pensaré.

Echaba de menos a mi hijo y estaba deseoso de salir de allí. Había un vuelo de repatriación al día siguiente, y decidí que, si no era Magda, volvería a San Sebastián.

No era el primer cuerpo que identificaba, pero estaba decidido a que fuera el último, por eso le pedía al cielo que fuera ella y que se terminara ya toda esta pesadilla.

Eran momentos muy duros, no os lo podéis imaginar. Cada vez que entraba en el depósito de cadáveres me temblaban hasta las pestañas, y esperaba que esta fuera la última.

No me hizo falta mirar mucho, pues reconocí al instante la pulsera que llevaba, ya que era un diseño original y se la regalé el día en el que nació Enzo, con su fecha de nacimiento grabada en el reverso, así como el nombre de los tres.

—Es ella, no me hace falta comprobar nada más.

—Pues es un alivio para todos, porque su cara no está en las mejores condiciones —me dijo el forense que estaba allí junto al empleado de la embajada.

—Entonces, señor Echevarría, haremos los trámites necesarios para que la repatriación del cuerpo se haga a la vez que usted abandona el país.

—Gracias por todo, de verdad.

Salí de allí con la tranquilidad de que la devolvería a casa, pero también con la pesadez de que tendría que llamar a su familia para contarle todo.

Hasta ahora no les había dicho nada, puesto que tenía la esperanza de que apareciera con vida, pero ya no había ninguna, ya tan solo quedaba la certeza de su muerte.

Cogí el teléfono y marqué el primer número que aparecía en la agenda, y que era el de mi madre.

—Mamá, Magda ha muerto en una de las explosiones.

—¿Qué coño estás diciendo? Y tú, ¿por qué sigues con vida? ¿No estabas con ella?

Esas palabras de mi madre me dolieron como si me atravesaran el corazón con un hierro ardiendo, pero pensé que serían producto de la tensión del momento, así que decidí ignorarlas.

Le conté todo lo que había ocurrido, y les pedí que se encargaran ellos de todo el tema del funeral, pues llegábamos al día siguiente por la tarde.

No tuve el valor de decirle nada a la madre de Magda, por lo que, al siguiente que llamé fue a su padre.

No lloró, no me dijo nada, tan solo que esperaba que, ahora que su madre ya no estaba, me ocupara al cien por cien de mi hijo y me dejara de fiestas y ligoteo.

—Te aseguro que será así, no lo dudes.

—Eso espero.

Colgó la llamada y me dejó ahí, temblando de arriba abajo. Avisé a Aitor y a Mario de que volvíamos a casa.

Les tenía que dar las gracias por no dejarme solo, pidiendo vacaciones adelantadas del próximo año, puesto que yo tenía un motivo real para permanecer allí, pero ellos no.

La vuelta a casa fue más dura de lo que pensaba. Tan solo me ponía a pensar en lo que le diría a mi hijo cuando preguntara por su madre y me ponía malo.

Aterrizamos y ya estaba allí un coche fúnebre esperándonos. Montaron el ataúd y nos dijeron para qué tanatorio iban. Antes de acudir, me daría una ducha y me cambiaría de ropa.

Desde la propia embajada se hicieron cargo de enviarnos el equipaje hasta San Sebastián, ya que se encontraba en Madrid desde el día en el que se suponía que aterrizaríamos allí.

No encontré un abrazo cálido nada más que de mi hijo, que se vino corriendo en cuanto me vio.

Me abracé a él y me lo comí a besos, mientras que lloraba a mares. Tenía que sacar todo lo que me estaba aprisionando el pecho.

—Déjate de tantos dramas y vístete. Ya que no has estado a la altura mientras que ella estaba con vida, por lo menos que lo estés durante su funeral.

—No entiendo por qué eres tan dura conmigo, mamá.

—Poco lo soy para todo lo que te mereces.

Salió de la habitación con el niño en brazos, dejándome allí para que pudiera cambiarme de ropa y acudir al funeral de Magda.

En cuanto entré por la puerta del tanatorio, noté las miradas en mi persona. Me sentía completamente fuera de lugar, sobre todo cuando la madre de Magda se acercó a mí.

—No pienso dejar que te hagas cargo de mi nieto, y pienso luchar con uñas y dientes para que se quede conmigo.

—Es mi hijo, y no pienso consentirlo, mucho menos cuando su madre me iba a ceder la custodia en cuanto volviéramos del viaje.

—Eso es mentira, mi hija jamás haría eso. Además, dejó un documento ante notario con sus últimas voluntades.

Me dejó completamente fuera de juego porque, si eso era cierto, me costaría mucho trabajo que me dieran la custodia a mí.

Tendría que ponerme en contacto con mi abogado, al igual que con el suyo e intentar llegar a un acuerdo que beneficiara a las dos familias, pero que, sobre todo, favoreciera al niño, que era lo más importante.

En un principio, y mientras que arreglábamos todo, decidí que el niño siguiera con sus rutinas habituales, que era seguir viviendo en casa de sus abuelos, como había sido y acudir a la guardería.

Durante el día, estaría conmigo en mi casa, pero por la noche, iría a dormir allí, ya que muchas veces tenía turno de noche. Tenía que pedir el cambio de horario por cuidado de un menor, y eso llevaba su tiempo.

—Voy a recoger al niño a la guardería y me lo llevaré al parque, aprovechando que está el día bueno.

—Venga, me voy contigo, ya he terminado mi turno y hace muchos días que no lo veo.

—Se pondrá muy contento al verte.

—¿Te han aprobado ya el cambio de horarios?

—El director me ha dicho que en unos días lo tendré, es cuestión de que terminen de organizar los turnos de mis compañeros.

Nos montamos en mi coche, que llevaba la sillita del niño. Aitor vendría luego para recoger el suyo, y nos pusimos camino a la guardería a la que acudía Enzo.

—Buenos días, vengo a recoger a Enzo Echevarría.

—Buenos días, señor Echevarría, lamento decirle esto. Pero, hemos recibido una notificación del juzgado que nos impide entregarle al niño.

—¿Perdone?

—Será mejor que lo hable con los abuelos del niño, que son los que han obtenido su custodia, yo no puedo decirle más.

¿En serio habían sido capaces de arrebatarme a mi propio hijo? Me senté en el asiento del conductor y salí de allí quemando ruedas, sin decirle nada a Aitor, que era el que me acompañaba.

Mi amigo, al ver que no llevaba al niño y notar mi enfado, supo que algo había sucedido, pero prefirió esperar a que yo le contara, sin presionarme.

Aparqué en la puerta de casa de mis suegros, y me puse a aporrear la puerta. Tenía que ver a mi hijo, me lo tenía que llevar conmigo, tal y como acordamos.

—Unai, si no te marchas, tendré que llamar a la policía.

Capítulo 17

Diez meses habían pasado ya desde que volvimos del viaje. Todo seguía igual, por lo menos con respecto a Unai y los chicos.

Lucía y Marta sí que habían hablado con Aitor y Mario en varias ocasiones, pero ni una preguntaban sobre él, ni los otros contaban nada. Era como si no hubiera existido en nuestras vidas.

Con quién no había perdido el contacto era con Jero y Martín, con los que hablaba a diario y que me habían prometido que vendrían este fin de semana a verme, ya que el mes pasado fui yo hasta allí.

Nos turnábamos las visitas, no dejando pasar más de un mes sin vernos. Cuando venían, mis padres los recibían con los brazos abiertos, y los trataban como si fueran dos hijos más.

Mi padre se doblaba el primer día que llegaron y Jero le contó cuál era su profesión. Ahora, cada vez que iba a la pescadería, le decía a mi madre que iba a ver al forense oceanográfico, haciendo referencia a lo que él siempre decía.

Esa mañana me tocaba turno doble en la clínica. No era un hospital grande, pero lo suficiente como para que no paráramos en todo el día.

Me habían trasladado a pediatría, y me encantaba estar allí, con los niños, sobre todo con los que estaban a punto de recibir el alta y volver a casa.

—Hoy llega un compañero nuevo —me dijo una de mis compañeras.

—Dicen que es guapísimo —dijo otra.

—¿Ya estás pensando en ligártelo? —le pregunté.

Mi compañera Susana siempre estaba pensando en lo mismo. Chico nuevo que entraba, chico al que no paraba de perseguir hasta que conseguía que la invitara a salir.

Salimos de la sala de descanso, donde habíamos parado un segundo para poner la cafetera y tener el café listo para media mañana, que era cuando parábamos un rato.

A esa hora, ya estaban todos los tratamientos repartidos y todas las curas hechas, por lo que no nos suponía mucho un parón para un café rápido.

—Madre mía de mi alma, acaba de llegar el nuevo médico y casi me caigo de espaldas —dijo otra de las compañeras.

—¿Qué pasa hoy? ¿Van a venir todos los nuevos?

—Pues sí, hoy llegan un pediatra, un cardiólogo y un enfermero nuevos. Yo acabo de cruzarme con el cardiólogo, y casi me da un infarto.

—Claro, y que así te tuviera que atender él. No sabes que ingeniar para que te toque las tetas —respondió Susana.

Todas reímos a carcajadas, pues en cuanto que veía un poquito de competencia, ya se lo tomaba a mal.

—¿Pero, tú no querías ligarte al enfermero?

—Claro, primero al enfermero, luego al cardiólogo y, por último, al pediatra.

—Como sigas así, en tu monte de venus van a promocionar el material quirúrgico.

—¿Te imaginas?

Todas volvimos a reír, pues, Susana, lejos de enfadarse con esas cosas, se las tomaba a guasa y a risa.

Su filosofía de vida era, mientras que no encuentras al príncipe azul, sigue besando a sapos. Ella no tenía pareja y, por lo tanto, no tenía que darle explicaciones a nadie, por lo que se acostaba con todo el que quería.

Entré en la farmacia para preparar los tratamientos de los niños, cogí el termómetro y lo puse todo en el carrito. Empezaría por las habitaciones del fondo, tal y como hacía siempre.

—Buenos días, mi niño precioso. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Me duele la cabeza mucho.

—Vamos a ver si tienes fiebre. Verás como, después de tomarte el tratamiento, bajará un poquito de intensidad.

Andrés, que era es niño al que estaba atendiendo, estaba ingresado por una migraña de origen desconocido. Tenía seis años y era precioso.

No me gustaba engañarlos con que se pondrían bien muy pronto, porque había niños que no lo conseguían. Tan solo les prometía que haría todo lo posible porque no les doliera mucho.

—Mónica, ¿puedo hablar contigo un momento? —me dijo su madre.

—Por supuesto, vayamos fuera, al pasillo.

—Andrés, mi vida, ahora mismo vuelvo, te dejo puesto los dibujos en la televisión.

Salí al pasillo y la esperé allí, un poco más lejos de la puerta de la habitación de su hijo, pues supe que lo que me tenía que decir tenía que ver con él.

—Tú dirás.

—Mónica, lo veo muy mal, muy decaído. Ayer ni siquiera quiso salir de la cama, y eso me está preocupando mucho.

—Estamos esperando los resultados de las últimas pruebas, que sabías que tardaban un par de días. De todos modos, como hoy llega un nuevo pediatra, le diré que venga a verlo en cuanto llegue.

—Gracias. Lo mismo él, que no lo conoce, da con el motivo de la migraña de Andrés.

Le di un abrazo porque me ponía en su lugar y no sé lo que haría. Entendía su preocupación, pues era muy frustrante ver a un niño tan apagado, sobre todo cuando tenía toda la vida por delante.

Seguí con mi rutina diaria, acudiendo a las habitaciones de todos los niños que tenía asignados. Cuando terminé de repartir la documentación, empecé con las curas, para lo que tuve que volver a la parte de farmacia por el material, donde también se encontraba Susana.

—Ay, chica, me acabo de cruzar con el pediatra. Me ha saludado y se ha presentado…

—Y a ti se te han caído las bragas, como si lo viera.

—No se me han caído porque llevaba los pantalones, pero no te voy a decir cómo me ha puesto.

—¿Tan bueno está?

—¿Bueno? Eso es quedarse demasiado corta, chica. Y esa voz, tan grave… Si no me da una cita en las próximas cuatro horas, lo acorralo en su despacho, te lo prometo.

Puse en el carrito todo lo que me iba a hacer falta, y salí de allí riendo. Ya la estaba viendo, haciendo eso, y me compadecí del pobrecito médico, porque no iba a parar hasta conseguirlo.

Empecé mi ronda de curas, con las palabras de la madre de Andrés en mi cabeza. En cuanto que terminara, iría al despacho del nuevo pediatra para comentárselo y que fuera a echarle un vistazo.

Al primero que tenía que curar era a Sergio, que se había caído con su patinete y habían tenido que practicarle una intervención de urgencia. Tenía diez años y una cara de lo más simpática.

—Ya está aquí la enfermera más guapa de toda la planta.

—No me seas zalamero, anda, que te voy a curar igual.

—Hija, ni porque te diga guapa me vas a dejar estar, con lo que me duelen las curas.

Solté una carcajada por el desparpajo que tenía. Para él, todo era doloroso, aunque tan solo le pasara un algodón por la herida. Era cierto que, cuando la tenía que limpiar, escocía un poquito, pero absolutamente soportable.

Era con el que más tardaba, pero no porque fuera lo más complicado, sino porque, a cada paso que daba, se ponía a decir que le dolía y encogía su cuerpo, haciendo que fuera mucho más lento de lo que tenía que ir.

—Buenos días, soy el doctor Echevarría, y vengo a comprobar como sigue esta herida.

Reconocería esa voz entre un millón y de la impresión, se me cayó la bandeja de las manos. Sergio, que sabía que eso no me había ocurrido nunca, no dudó en preguntarme, al igual que su padre.

—Mónica, ¿te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes, Jaime, tan solo he tropezado.

Cuando Unai me escuchó hablar, se sorprendió muchísimo, pero no le di opción a nada más, tan solo salí de allí y le dije a Sergio que volvería más tarde, que lo dejaba con el doctor.

No pude seguir haciendo la ronda de las curas, y le dije a mi compañera que la terminara ella por mí, que ya había terminado, y que no preguntó absolutamente nada, pues sabía que, cuando se lo había pedido, era por una razón fuerte.

Entré en la sala de descanso y, en vez de servirme un café, que me pondría más nerviosa todavía, me decanté por prepararme una tila.

Me temblaban las manos y las piernas, por lo que me apoyé en la encimera que teníamos, mientras que el agua se calentaba en el microondas.

—Veo que también has conocido al doctorcito.

—No lo sabes tú bien…

—Pues, que te quede clara una cosa, primero lo vi yo.

—Buenos días… ¿Mónica? —dijo Mario, que resultó ser el nuevo enfermero.

—No me lo puedo creer. ¿Os conocéis?

—Sí, y te apuesto medio sueldo a que el cardiólogo del que ha hablado María esta mañana se llama Aitor.

—Ven aquí, dame un abrazo, ahora mismo viene Aitor, que no se lo creía cuando se lo he dicho.

Mario me contó que me había visto por el pasillo, pero que no estaba seguro de que fuera yo, por eso llamó a Aitor, que había quedado con él aquí en unos minutos.

—Mario, me gustaría que le comentaras algo al doctor Echevarría.

—¿Por qué no me lo comentas tú misma? —me dijo Unai, que acababa de entrar en la sala de descanso.

—Está bien, se trata del paciente de la habitación doscientos tres…

—Andrés Salvago, ya lo he visto y he hablado con su madre. Le voy a realizar un tac ahora, quiero comprobar una cosa.

—Gracias.

No pude pronunciar ni una palabra más, e intenté tomarme la infusión de tila para ver si me relajaba un poco.

Cada vez que pensaba que ahora lo tendría que ver a diario en el trabajo, me provocaba una arcada producto de los nervios.

—Canija, ven aquí y dame un abrazo —me dijo Aitor al llegar.

—Si no te lo da ella, te lo doy yo. Madre mía de mi alma, me metía yo con estos tres en una habitación y no salía en tres días.

—Pues conmigo se lo puede ahorrar, Susana, no me acuesto con nadie del trabajo —respondió Unai.

Lo dijo mirándome a mí directamente, como si fuera yo la que estuviera esperando a que eso ocurriese. Como íbamos a ser la comidilla de la clínica, preferí hablar delante de mis compañeras, para que no hubiera confusiones.

—Si lo dices por mí, hace mucho tiempo que decidí que eso no ocurriera más. El viaje me lo dejó clarísimo.

—¿Te has acostado con el doctorcito? —preguntó Susana.

—Es una larga historia que no te pienso contar nunca. Si lo he dicho delante de ti es para que tengas claro que no seré un inconveniente en tus planes.

Unai me miró y estaba dispuesto a decirme algo más, pero lo avisaron que ya tenían el resultado del tac de Andrés, y no quiso perder más tiempo en esa sala, con una conversación que no tenía ni pies ni cabeza.

Yo me tomé la infusión relajante y después de darle la bienvenida a Aitor y a Mario, me fui con este último a continuar con la segunda ronda.

Ni él ni yo hablamos nada de lo que había sucedido en estos meses, ni siquiera le reproché que no les hubieran dicho a mis amigas que se trasladaban, entre otras cosas, porque no sabía si lo habían hecho.

Nos compenetrábamos muy bien en el trabajo y, por eso, lo llevé hasta la habitación de Sergio, y que fuera él quien terminara su cura.

Lo que nos reímos con los dos fue poco, hasta Jaime, su padre, soltó más de una carcajada, ya que Mario le contestaba de la misma forma en la que lo hacía Sergio, cada vez que acercaba una gasa a su pierna.

—Señorita García, deje ahí a su compañero y acompáñeme, quiero hablar con la madre de Andrés, y considero que sea bueno que usted venga.

—Enseguida, doctor Echevarría.

Mario me miró y me dijo con un gesto, que yo podía con eso. Respiré hondo y salí de la habitación detrás de Unai. Sabía que no era agradable lo que tenía que decir y mi apoyo para la madre de Andrés sería primordial.

Capítulo 18

Unai

Había pasado diez meses que para mí se quedaban. Empezando desde el momento en el que me quitaron a mi hijo y terminando por el ultimátum que me dieron mis padres. Pero será mejor que os lo cuente paso a paso…

Se suponía que la decisión la había tomado un juez basándose en el documento que había dejado Magda, en el que pedía encarecidamente que les dieran la custodia a sus padres, en caso de que a ella le pasara algo.

En ese documento, también había dejado reflejado que no quería que Enzo tuviera ningún contacto conmigo, debido a mi vida díscola y juerguista, que podría trastornar al niño.

Miles de euros me costó demostrar que ese documento no era válido ni legal, pues no había sido depositado bajo notario. Con pruebas de caligrafía, mis abogados demostraron que ni siquiera había sido escrito por Magda.

—Si le quitas a ese niño a los padres de Magda, ve buscando donde vivir, porque aquí no entras.

—¿En serio te vas a poner de parte de esa gente?

—Me pongo de parte de la verdad, y ese niño, con quienes va a estar bien, es con ellos, no contigo.

—Pues lo siento por ti, mamá, pero pienso luchar por mi hijo hasta que me quede sin fuerzas.

—Si sigues con esa idea, estás muerto para nosotros.

—Pues ve llamando a la funeraria, porque no tengo intención de parar.

Esa misma noche me busqué un apartamento en el que vivir cuando recuperara a mi hijo, para lo que esperaba que no pasara demasiado tiempo.

Delante del juez, con las pruebas que teníamos, pudimos tumbar todos sus argumentos y, ese mismo día, sentenció que mi hijo debía venir a vivir conmigo.

—No sabes lo que me alegro por ti, amigo.

—Tengo pensado marcharme de San Sebastián, me han ofrecido un puesto en una clínica en el sur.

—Pues, si tú te marchas, sabes que nosotros también. Somos un pack.

—Hablaré con el director de la clínica, y nos marcharemos de aquí lo más pronto posible.

El juez dictó que debían llevar a mi hijo a un punto de encuentro, donde me lo entregarían. Sus abuelos tenían restringidas las visitas al niño hasta que este no pudiera hablar.

¿El motivo? El juez pensó que ellos podían influir en el niño de una manera que le afectara a su bienestar psicológico.

Nos pusimos en contacto con el director de la clínica que, viendo el currículo de mis compañeros, no dudó en contratarnos a todos.

Mientras que yo hacía las gestiones pertinentes, Aitor y Mario, que también estaba allí con nosotros, aunque no les había dado tiempo de llegar al juicio, se pusieron a buscar casa.

Lo teníamos claro, tenían que ser tres que estuvieran cerca, y encontraron lo que estábamos buscando. Era una urbanización nueva, a menos de veinte minutos en coche de nuestro nuevo lugar de trabajo.

Contaban con jardín y piscina, tenían tres habitaciones, salón, cuarto de baño en la suite principal y otro en el pasillo, y una cocina equipada con todo lo necesario para entrar a vivir.

Como en el contrato de venta venían las dimensiones de cada estancia, decidimos que iríamos a una de esas tiendas de muebles que tan de moda estaban.

—Ya está enviada la señal. En cuanto que lleguemos, firmaremos y nos darán las llaves.

—Pues ahora, vayamos a por mi niño, que estoy deseando verlo.

Nos montamos los tres en mi coche y nos pusimos rumbo al punto de encuentro que nos habían fijado para la entrega.

Para evitar cualquier tentación de mis suegros de ocultar al niño, la policía los acompañó a recogerlo de la guardería.

Tenía claro que no lo llevaría más, entre otras cosas porque salíamos para el sur en tres días, el tiempo justo para que pudiéramos preparar nuestras cosas y enviarlas con una empresa de mudanzas.

—¡Papi!

Mi niño salió corriendo hasta donde yo estaba, y se colgó a mi cuello, mientras lloraba todo lo que se podía llorar y más.

Hacía más de nueve meses que no lo veía, y tenía miedo de que no me reconociera. Al fin y al cabo, era prácticamente un bebé, y si le habían hablado mal de mí, era lógico que no quisiera venirse conmigo.

Nada de lo que había pensado que ocurriría, pasó. Mi hijo no me preguntó en todo el día ni por sus abuelos ni por su madre, tan solo me decía que no me marchara.

—No lo haré en la vida, amor mío.

—Te quiero, papi.

Esas fueron las mejores palabras que podía haber escuchado. Esa noche dormimos juntos, con su cabecita en mi pecho, como si temiera que me fuera y lo volviera a dejar solo.

Nuestro traslado fue de lo más rápido, y al final acortamos un día en nuestros planes. Fuimos directamente a la inmobiliaria, donde firmamos la compra y nos entregaron las llaves.

Llevábamos mucho tiempo ahorrando y como el precio era bastante inferior a la zona en la que vivíamos, pudimos comprarla al contado, sin tener que firmar ninguna hipoteca.

—Amigos, nos hemos quedado sin un céntimo, pero tenemos una casa preciosa —dijo Aitor.

—Habla por ti, que yo todavía tengo un buen colchón —respondió Mario.

—Yo, tanto como un colchón no tengo, lo mío es más bien un saco de dormir —contesté.

Volvía a ser el mismo de antes, y eso me daba felicidad y tranquilidad. Me dolía tener que haberme apartado de mis padres, pero también entendía que mi relación con ellos no me hacía bien.

Cuando entré con mi hijo en la casa, no teníamos nada, menos mal que esa misma mañana llegaban los muebles, o tendría que ir a comprar una colchoneta de playa para poder dormir.

Nos fuimos turnando para montar los muebles, ya que no podíamos dejar al niño solo y no entraba en la guardería hasta el lunes, que sería cuando empezáramos nosotros en la clínica.

Por eso, mientras que Aitor y yo montábamos los muebles, Mario se dedicó a pasear y a jugar con el niño por la zona.

No tardamos mucho y el domingo por la tarde, ya teníamos montados los muebles de las tres casas. Nos faltaban detalles de la decoración, como cortinas y cojines, pero eso lo iríamos comprando poco a poco.

Había llegado el día de nuestra incorporación a la clínica. Antes de ir hasta nuestros puestos, teníamos que pasar por el despacho del director, para que nos informara de todo lo que debíamos saber.

—Dejo al niño en la guardería y voy para allá.

—Tenemos el mismo turno, lo dejamos los tres y vamos en un solo coche —dijo Aitor.

—Venga, lo voy arrancando —dijo Mario, ya que iríamos en el suyo.

Cuando llegamos a la guardería iba preparado para enfrentarme a los llantos de mi hijo, pero, una vez más, me sorprendió completamente.

Me dio un beso y entró, en cuanto vio dentro a más niños jugando, me saludó con la mano y siguió adelante.

—Veo que está acostumbrado a las guarderías.

—Pues no ha ido más de varios meses, así que no descarto que empiece a llorar cuando no me vea.

—No se preocupe, estamos acostumbradas a eso.

La profesora de mi hijo era una chica de lo más agradable, y guapa, para que lo voy a negar. Si no fuera porque había decidido que mi tiempo libre sería para mi hijo, la hubiera invitado a salir.

Por un momento me vino a la cabeza la imagen de Mónica. Sabía que era de esta zona, pero no tenía ni idea de qué ciudad en concreto. Sería de risa que me la volviera a encontrar.

Con una sonrisa en mis labios me dirigí de nuevo al coche, para poner rumbo a la clínica. Iba nervioso, no podía evitarlo, ya que era un trabajo nuevo en una ciudad nueva.

—Vamos a triunfar en esta ciudad, lo tengo claro.

—Yo me conformo con vivir tranquilo con mi hijo.

—No me seas aguafiestas, Unai, que hay que entrar con el mejor pie.

Negué con la cabeza, pues Aitor siempre había sido el más optimista de todo el grupo. Ojalá, y en esta ocasión, tuviera razón.

—Bienvenidos a mi clínica, chicos.

—Muchas gracias, esperamos encajar bien con los compañeros.

—Uy, aquí no tendréis problemas con nadie, tan solo debéis tener cuidado con Susana, y no porque sea mala, sino porque todo hombre que llega nuevo tiene que pasar por su cama.

—Ah, pero eso no es ningún problema, los tres estamos solteros.

Aitor vio el cielo abierto con esa afirmación del director, porque le encantaba liarse con las enfermeras. Yo, por mi parte, tenía como norma todo lo contrario.

Yo llevaba a rajatablas eso de "donde tengas la olla, no metas la polla", pues no sería la primera vez que viera a alguno de mis compañeros tener que salir huyendo por culpa de un ligue.

Capítulo 19

Si había una posibilidad entre un millón de que me lo encontrara en el trabajo y como mi superior directo, la encontré.

Me miraba con desesperación, como si me estuviera pidiendo que me diera prisa, pero yo no tenía ninguna, entre otras cosas porque me daba miedo lo que iba a escuchar con respecto a Andrés.

—Hola, Andrés, soy Unai, me gustaría preguntarte una cosita.

—¿Me vas a quitar el dolor de cabeza?

—Claro que sí, pero para eso tengo que saber algo.

—Pues pregunta lo que quieras, porque ya no lo aguanto más.

—¿Alguna vez has visto como mosquitas negras cuando te ha dado la claridad del sol?

—Un montón de veces, y siempre se lo he dicho a mi madre.

—Era todo lo que quería saber. Ahora, vamos a hablar con tu madre para explicarle todo, pero te prometo que pronto dejará de dolerte la cabeza.

Salimos de la habitación y Unai se dispuso a contarle todo, ante la incertidumbre de su madre y la tranquilidad mía, pues sabía por qué había hecho esa pregunta.

—Tal y como pensaba, Andrés tiene hidrocefalia y tendrá que pasar por quirófano.

—¿Es una operación complicada, doctor?

—Para nada, y sentirá un alivio inmediato. En el tac hemos podido comprobar que hay una venita obstruida que es lo que provoca que sienta esa presión y esos dolores de cabezas.

Le dijo que lo prepararían esta misma tarde noche para que lo pudieran intervenir al día siguiente a primera hora.

La tranquilicé, diciéndole que no era nada trabajosa esa intervención y que terminaría con los dolores de cabeza de su hijo.

—Gracias, Mónica, si no llega a ser por ti…

—No me las des, porque no me ha dado tiempo a comentarle nada, ha salido de él.

La madre de Andrés agradeció al doctor todo lo que estaba haciendo, y volvió a la habitación con su hijo.

—Podría haber sido peor, ¿no crees?

—Pues sí, porque, además, lleva ingresado más de un mes sin tener un diagnóstico claro.

Nos fuimos hablando del trabajo hasta la sala de descanso. Él ya había terminado su turno, pero a mí me quedaba la segunda parte, pues tenía guardia de doce horas.

Todos los demás se marchaban, y entraban mis compañeros del siguiente turno, por lo que tuve que esperar a que llegara alguien antes de bajar a comer, pues no se podía quedar la planta sin enfermeros.

Entré en la cafetería del hospital y como supe que Lucía ya habría salido del trabajo, la llamé.

—No te puedes imaginar quién es el médico nuevo de mi planta.

—Pues chica, como no seas un poco más específica, no tengo ni idea.

—Bueno, él, su amigo cardiólogo y su otro amigo enfermero, que han entrado los tres a trabajar hoy en mi clínica.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

No se lo podía creer, y así me lo hizo saber. Quedamos al día siguiente, que tan solo tenía turno de mañana, para comer juntas y ponernos al día, pues hacía varias semanas que no lo hacíamos.

—Eso sí, te voy a buscar yo al hospital, que quiero ver la cara que pone.

—Como quieras, pero, desde ya te advierto que tiene a Susanita pegada a sus talones, deseando que la invite a cenar.

—Pues nada, nos vamos los tres.

Solté una carcajada porque Lucía era bisexual y no le hacía asco a nada, y Aitor ya lo había comprobado en aquel viaje con esa noche loca.

Nos despedimos, cortamos la llamada, y me dispuse a volver a mi puesto de trabajo, pero lo hice con una sonrisa en la cara, recordando la manera en la que me había contestado mi amiga.

Unai me había dejado las indicaciones para preparar a Andrés y que el cirujano pediátrico, junto al neurólogo lo pudieran intervenir a primera hora de la mañana.

—Buenas tardes, Mónica, venimos a ver al paciente que tenemos que intervenir mañana —me dijo el cirujano.

—Es un niño encantador, que ya está harto de que le duela la cabeza.

—Pues, si todo sale bien, ese dolor ya tiene las horas contadas —dijo el neurólogo.

Fuimos hasta la habitación de Andrés, que se encontraba dormidito cuando llegamos, y por eso los doctores hablaron con su madre. Mientras, yo le tomaba las constantes y le inyectaba la medicación que me había indicado el doctor Echevarría.

La tarde transcurrió de lo más movidita, puesto que tuvimos dos ingresos más que no teníamos programados y que entraron por urgencias.

—Me marcho ya, que estoy completamente agotada.

—Hasta mañana, compañera.

—Ah, no, hasta pasado mañana, que yo estoy libre.

Mi compañera soltó una carcajada al ver mi cara cuando me dijo lo del día siguiente, pues me dio como un escalofrío.

Salí de la clínica sobre las ocho y media de la tarde, y cogí mi moto para llegar a mi casa.

Por la ciudad me movía con la moto, porque hacerlo con un coche era un suicidio. En primer lugar, no había cojones de encontrar un hueco para aparcar y, si a eso le sumamos que, en hora punta, las aglomeraciones de coches eran agobiantes, pues apaga y vámonos.

—Ya estoy en casa.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bueno, con alguna que otra sorpresa, pero ahora te cuento, que me voy a dar una ducha rápida.

Dejé a mi madre en la cocina y me marché a mi buhardilla, donde entré en mi baño y llené la bañera con mis sales minerales.

Sé que le dije a mi madre que me daría una ducha rápida, pero me llamaba más relajarme en la bañera. Sabía que ella no me lo tendría en cuenta, ya que no era la primera vez que hacía algo así.

No sé deciros el tiempo que permanecí a remojo, como los garbanzos, pero, cuando salí tenía los dedos arrugados.

Me puse el pijama y bajé hasta el salón, donde mi padre veía la televisión, sentado en su sillón preferido.

—Cuando te has dado un baño en vez de una ducha, es porque el día ha sido duro —dijo mi padre.

—No empieces a atosigarla, que ya nos lo contará cuando esté preparada —replicó mi madre.

—No es nada de lo que estáis pensando, afortunadamente…

Les conté la sorpresa que me había llevado al encontrarme con Unai y sus amigos en la clínica. Mis padres sabían todo lo que me había ocurrido durante el viaje a Las Maldivas.

Entre ellos y yo no había secretos, de nunca los había habido, no sé si por su edad o por su manera de educarme, pero siempre los había visto como a unos amigos.

—Mónica, sé que no tengo derecho a decirte nada, pero me veo en la obligación de hacerlo —dijo mi padre.

—Papá, si me vas a decir algo, es porque consideras que es lo mejor para mí.

—Ten cuidado y no vuelvas a caer en sus redes. Los hombres así, que no saben lo que quieren, son los más peligrosos, pues te arriesgas a que te rompa el corazón.

Las palabras de mi padre y, sobre todo el tono que empleó, que era una mezcla de miedo y advertencia, me hizo reflexionar.

No os voy a decir que no sintiera nada por él, porque Unai seguía en mi corazón como el primer día en el que nos besamos. Pero, no por eso, iba a claudicar con lo que él quisiera.

Me había quedado muy claro que no se acostaba con nadie del trabajo, y eso, en cierto modo, era un alivio para mí, ya que no lo iba a intentar conmigo. Pero también me causaba un poquito de recelo.

¿La causa de ese recelo? Pues muy sencillo, que lo que no buscaba en el trabajo, lo tendría que buscar fuera de él y eso implicaba que se acostara con otras mujeres.

Durante estos diez meses, estaba segura de que no se había metido a monje, que se había acostado con otras que no había sido yo, y eso me dolía.

Con ese pensamiento me fui a la cama y, a pesar del cansancio que tenía acumulado de todo el día, me costó coger el sueño.

No pensaba levantarme temprano, pero mi teléfono sonó cuando no eran ni las ocho de la mañana, y era del hospital, por lo que no dudé en cogerlo.

—¿Dígame?

—Buenos días, Mónica, perdona que te moleste. Soy Unai.

—Dígame, doctor Echevarría.

—Verás, tenemos aquí a Andrés a punto de bajar a quirófano, pero se niega a hacerlo mientras que tú no estés.

—Me visto y voy para allá. En quince minutos estoy entrando por las puertas.

Me levanté como las balas, me puse un vaquero y una sudadera y cogí mi bolso. Me subí a la moto, pero antes de hacerlo le expliqué a mi madre a donde iba.

—Ten mucho cuidado con la moto, por favor.

—Pierde cuidado que lo tendré.

Llegué a la clínica justo diez minutos después, y tenía a Unai y al cuadro médico esperándome.

Capítulo 20

—Me cambio en un segundo y os veo en el quirófano.

Salí como las balas hasta el vestuario y, en menos de cinco minutos, ya estaba en la puerta del quirófano donde iban a operar a Andrés.

—Hola precioso, ¿listo para terminar, de una vez por todas con ese dolor de cabeza tan puñetero?

—Te estaba esperando, ¿vas a entrar conmigo?

—Claro que sí, para eso he venido.

La operación de Andrés se realizaría con laparoscopia, por lo que se utilizaría, en principio, anestesia local. En caso de que el niño se pusiera demasiado nervioso, entonces se le aplicaría la general.

El niño estaba completamente consciente, por lo que le cogí la mano y me puse a distraerlo, contándole cosas que haríamos cuando subiera a la habitación.

La cabeza la tenía sujeta con una especie de casco, que le impedía moverla del sitio en el que se la colocaron, y que era la posición justa para que no hubiera ninguna dificultad.

Dos horas y media después, la intervención había terminado, por lo que, aunque podía haberme marchado ya, lo acompañé hasta la habitación, donde lo estaba esperando su madre.

—No sé cómo te voy a agradecer lo que has hecho por mi hijo, Mónica.

—No tienes que agradecerme nada, es parte de mi trabajo.

—No es cierto, ella no tendría que haber venido hoy al hospital y, sin embargo, en cuanto que la hemos llamado no ha dudado en venir —dijo Unai, que venía justo detrás.

La madre de Andrés me dio un abrazo de esos que sientan mejor que cualquier regalo costoso, y yo, como no podía ser menos, se lo correspondí.

Salimos al pasillo, donde ya se había corrido la voz entre mis compañeros de lo que había hecho que, por otro lado, tampoco tenía nada del otro mundo.

—Bueno, chicos, me marcho que he quedado para comer.

—Mónica, espera, por favor.

—Dígame, doctor Echevarría.

Siempre intenté mantener las distancias con todos los pediatras, fueran de mi turno o no, y con él no iba a ser menos, por mucho que nos conociéramos.

—¿En serio vas a seguir llamándome así?

—Es su nombre, no sé de qué se extraña.

—Y de usted, nada menos.

—No quiero recordarle que fue usted el que dijo que no mezclaba el trabajo con su vida personal.

—No fue eso lo que dije. Mis palabras fueron que no me acuesto con nadie del trabajo, que es distinto.

—Si usted lo dice…

—Me gustaría que tomáramos algo y pudiéramos hablar civilizadamente.

—Como ya me ha oído, he quedado para comer. Quizás otro día. Buenas tardes.

Entré en el vestuario para volver a ponerme mi ropa de calle. No había quedado con nadie, pero no iba a permitir que me utilizara a su antojo, esa época ya terminó.

Al salir del vestuario no me lo encontré, pero no ocurrió lo mismo al salir de la clínica, pues allí estaba, junto a Aitor y a Mario, que también habían terminado su turno.

—Pero si está aquí la celebridad del día —dijo Aitor.

—Lo siento, pero tú ya has pasado a la historia —respondí.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla y un abrazo, alegando que el día anterior no me había podido saludar debidamente.

—Estamos esperando a tus amigas, que vienen a comer con nosotros.

—¿Con vosotros? Venga ya, me estás vacilando.

—Te lo prometo. Mira, por ahí vienen.

Cuando vi llegar a las dos, con una sonrisa pintada en sus labios, os juro que me entraron ganas de matarlas.

Menos mal que no había dicho con quién había quedado, porque si llego a decir el nombre de una de ellas, me hubieran dejado por mentirosa.

Si es que no sabía mentir, siempre me había pasado lo mismo. Yo creo que, por eso, mis padres decidieron darme libertad, porque sabían cuando mentía y cuando no.

—¿Qué hacéis aquí?

—Venir a comer, hasta ahora no me duele la cabeza como para venir a urgencias —dijo Lucía.

—Ya va a empezar la payasa del grupo con sus bromas —respondí.

Mi amiga sabía que se lo decía en tono de broma y por eso no se lo tomaba a mal, más bien todo lo contrario. Ella estaba deseando que yo le dijera algo para saltar y seguirme el juego.

—No te hemos dicho nada porque Unai nos avisó de que estarías aquí.

—¿Has hablado con Unai?

—Sí, esta mañana, cuando Aitor me avisó para ir a comer.

Giré la cabeza, puesto que ellos estaban hablando un poco más retirados que nosotras, y Unai se encogió de hombros, como justificándose de sus actos.

—Pues yo, lo siento, pero he quedado con mis padres para comer.

—Uy, lo dudo. Tu padre se acaba de cruzar con nosotros que iba a comprarle a tu madre el regalo de aniversario, y le había dicho que trabajaba hasta más tarde, para poder ir solo y tranquilo.

Me cagaba en la bocazas de Marta, que siempre tenía que hablar de más. Al terminar de decir eso, Unai y sus amigos soltaron una carcajada.

—Lo siento, amiga, pero se te acaban las excusas —dijo Aitor.

—Bueno, yo voy a recoger a mi hijo a la guardería y os veo en el centro comercial.

Lo que me faltaba ya, que también fuera en el mismo lugar donde estaba mi padre, para que se encontraran y tuviera que presentárselo.

—¿Te vas a venir o vas a seguir inventando historias para no hacerlo? —me preguntó Lucía.

Justo cuando iba a contestar, llegó Susana, corriendo como si le fuera la vida en ello. Hasta sin aliento llegó, tanto que tuvo que coger aire antes de hablar.

—Pensé que ya no llegaba.

—¿Tú también estás invitada? —pregunté, ajena a todo.

—No, pero ya sabes que me da igual. Hasta que no me acueste con estos tres, no voy a parar.

—Ole las mujeres empoderadas y seguras de sí misma —contestó Aitor.

Marta miró a Mario, con una mezcla de miedo y deseo que nos dejó claro a todos lo que sentía por él.

Vimos como él se acercaba a ella y, sin mediar palabra, de daba un beso de tornillo con el que me temblaron las piernas hasta a mí.

—Lo siento, Susana, pero yo ya estoy cogido.

—Pero eso no es un impedimento, podemos jugar los tres.

—La compartí una vez, y no pienso hacerlo más, eso te lo aseguro.

Susana, lejos de cortarse un pelo, siguió insistiendo. Viendo que ahí no tenía nada que rascar, quiso hacer lo mismo con Aitor, pero Lucía se le adelantó. Había dado con la horma de su zapato.

—A mí no me mires, que yo me apunto a lo que sea, siempre que sea satisfactorio para mi cuerpo.

—Digo yo qué algo tendré que decir, ¿no? —respondió Aitor.

—Claro, tú la fecha y la hora, el lugar lo pongo yo —contestó Lucía, haciendo que todos soltáramos una carcajada.

Con Unai no tuvo opción de decir nada, ya que, cuando ella llegó, él ya se había marchado para ir a recoger a su hijo a la guardería, pero no dudaba en que lo haría en cuanto lo tuviera delante.

Nos fuimos cada uno por su lado, quedando en vernos en la entrada del centro comercial. Antes de montarme en la moto y para tranquilizar a mi madre, decidí llamarla.

—Mamá, no me esperes para comer que, al final, me han liado y voy al centro comercial.

—Está bien, hija. Pues, para mí sola, me haré algo ligerito, tu padre tampoco está.

—Sí, decía que hoy trabajaba hasta más tarde…

—Claro, y yo soy gilipollas. Ese ha ido a comprar el regalo de aniversario, pero todos los años me dice lo mismo.

Mi madre y yo soltamos una carcajada por lo previsible que era mi padre. Nos despedimos y le dije que no llegaría tarde a casa.

Me monté en la moto y puse rumbo al centro comercial. En todo momento vi como un coche me iba siguiendo, pero pensé que eran imaginaciones mías, que podía ir hasta el centro comercial también.

Llegué, y justo cuando me desvié para entrar en el aparcamiento, el coche que venía tras de mí desde que salí de la clínica, siguió adelante.

Dentro, una mujer conducía, pero no me pude fijar bien en su rostro, tan solo que era rubia, pues una parte del pelo le tapaba la cara.

—Menos mal, chica, si tardas un poco más, en vez de la comida hacemos la cena.

—Me ha sucedido algo muy extraño…

Les conté a todos lo que me había pasado y esa sensación de que me estaban siguiendo, pero ninguno le dio la menor importancia.

—Seguro que ha sido una coincidencia —dijo Aitor.

—¿Para qué van a querer seguirte? —preguntó Marta.

—También es verdad, debe ser la falta de sueño.

—Claro, como mi niña no duerme…

Todos empezaron a reírse, y yo, aunque también lo hice, me quedé con esa mala sensación, que intenté quitarme como pude.

Capítulo 21

Unai

Sabía que Mónica me estaba mintiendo, pero la dejé que pensara que podía hacerlo, que no me estaba dando cuenta.

Si estuviera trabajando como espía, la cogerían a los pocos minutos, porque era peor que mala mintiendo.

La dejé en el vestuario y salí a la calle, donde había quedado con Aitor y Mario que esperaríamos a las amigas de Mónica.

—Como se dé cuenta de que esto es una encerrona, nos vamos a cagar —dijo Aitor.

—Si nadie le dice nada, no tiene porqué saberlo —respondió Mario.

—Tengo que conseguir que deje de llamarme por el apellido y que me trate de usted.

Mis amigos me decían que me pusiera en su lugar, que no tenía que ser nada fácil encontrarse conmigo en su ambiente laboral, sobre todo después de como yo la traté el último día que nos vimos.

—Eso intento hacer, disculparme. Sé que, entre nosotros, no volverá a pasar nada…

—Ya, esa estúpida promesa.

—No es estúpida. No quiero que me hagan más daño y mi manera de protegerme es esa.

—Hasta el día que la veas con otro, ahí se cambiarán las cosas.

—No creo que la vea, la verdad.

—Claro, porque ahora se va a meter a monja de clausura. Pues que sepas que, Lucas, el cirujano pediátrico, no para de tirarle los tejos.

Cuando Mario pronunció esas palabras, fue como si me dieran una patada en la boca del estómago, pero intenté disimular. Yo mismo había sido testigo de eso en la operación de esta mañana, aunque decidí ignorarlo, por mi propio bien.

—Me voy a recoger al niño a la guardería, os veo en el centro comercial.

Allí los dejé a los cinco, y me fui hasta el aparcamiento de la clínica, donde tenía mi coche. Cuando fui a subirme, vi que habían dejado una nota en el parabrisas del coche, así que fui a ver de qué se trataba.

"Volveré muy pronto, y el infierno que tú me hiciste pasar no será nada al lado de todo lo que te espera".

No venía firmada, así que pensé que sería alguien que se había equivocado de coche, porque a mí no me había dado tiempo de hacer nada malo, todavía.

Ni siquiera un error de diagnóstico que pudiera haber hecho enfadar a algún padre. Por eso, la arrugué y la tiré a la papelera.

Casi sin darme cuenta, llegué a la puerta de la guardería, donde encontré aparcamiento a la primera. Eso era como si te tocara la lotería, porque el tema de aparcar estaba absolutamente complicado.

—Buenas tardes, señor Echevarría, me gustaría comentarle algo mientras que mis compañeras van a por su hijo.

—Buenas tardes, dígame. ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, le agradecería que siguiera las normas del centro en cuanto a autorizaciones para recoger a Enzo.

—No sé a qué se refiere, de verdad.

—Esta mañana llegó una señora a recoger al niño, dijo que era su madre, pero que usted tenía la custodia. No obstante, vuestra relación era muy buena y usted la había autorizado.

—¿Perdone?

—Evidentemente, no le hemos entregado al niño, por mucho que haya podido demostrar que es su madre, puesto que usted no nos ha entregado la autorización.

—Y se lo agradezco, porque su madre falleció hace casi un año. No sé quién puede haber sido, pero nadie tiene autorización para recogerlo, más que yo.

—Si alguna vez necesita que lo recoja otra persona, ya sabe que, a través de la plataforma educativa, nos lo puede hacer llegar.

En cuanto me entregaron a mi hijo, nos marchamos para mi coche, donde lo senté en su sillita de seguridad y puse rumbo al centro comercial, donde nos estaban esperando nuestros amigos.

Durante el trayecto no paraba de pensar en la persona que había intentado llevarse a mi hijo.

En un primer momento, a mi cabeza vino que fuera mi madre la que lo había intentado, pero me constaba que estaba fuera del país, junto a mi padre, de vacaciones.

Al instante, la persona que pensé que había ido a recogerlo fue la madre de Magda, pero la profesora de la guardería me dijo que era joven, más o menos de nuestra edad.

Ese dato lo había pasado por alto casi sin darme cuenta, por eso también la descarté a ella.

No tenía a nadie más que tuviera intención de llevarse al niño, por muchas vueltas que le diera a la cabeza, puesto que Mónica y las chicas no lo conocían, además de que jamás se les ocurriría hacer algo así.

Tan solo me quedaba una cosa por pensar, que la persona que fuera se hubiera equivocado de guardería, ya que no había otro Enzo Echevarría en la que mi niño acudía.

Aparqué en el subterráneo y subí las escaleras con mi niño en brazos, pues no caí en meter en mi coche su sillita de paseo. Lo malo iba a ser que se quedara dormido, entonces, a ver como lo hacía.

Mi niño había comido, pero no dudaba en que picaría algo ahora, porque siempre lo hacía. En cuanto me veía a mí sentado a la mesa, me pedía que lo pusiera en su trona.

Después de eso, ambos nos tirábamos en el sofá y nos echábamos una siesta. Hoy, eso estaba descartado, al menos de momento.

—Ya estamos todos, ya nos podemos ir a comer —dijo Aitor.

—Pero bueno, qué niño más bonito, doctor Echevarría. ¿Tienes con quién dejarlo el día que me invite a cenar? —me preguntó Susana, la enfermera, que seguía insistiendo en lo mismo.

—Créeme que, si tuviera que invitar a alguien a cenar de los que estamos aquí presentes, no sería a ti.

—No hacía falta que lo dijeras en público, cariño —me contestó Aitor.

—Sabes perfectamente que no lo digo por ti.

—Joder, y yo que quería echarte una mano…

Los dos soltamos una carcajada de la que se contagió mi hijo. Tenía una risa tan cargante, que todos los que estábamos allí tuvimos que reírnos.

—Guapa, papi.

Mi hijo soltó eso dirigiéndose a Mónica, y no dudó en echarle los brazos. Sabía que le había llamado la atención el color rojizo de su pelo, que parecía una llama de una hoguera.

—¿Te quieres venir conmigo? Unai, por mí, no hay inconveniente.

—Pesa bastante, aunque no lo parezca.

Le puse a mi hijo entre sus brazos, que se agarró a su cuello más que encantado. Me quedé embelesado mirándolos, pensando lo diferente que hubiera sido todo si ella fuera su madre.

Metido en esos pensamientos estaba, cuando escuché la voz de Susana, que era de esas que se te metía por el oído y resonaba en toda la cabeza.

—¡Hala! Ya tenemos quién se quede con el niño para salir.

—Susana, te lo repetiré todas las veces que sean necesarias, pero quítate eso de la cabeza porque no va a suceder.

—Estas cosas son las que me gustan a mí, que me lo pongan difícil.

—Chica, difícil no, te lo está poniendo imposible, que no te enteras de nada —dijo Lucía.

—¿Se puede saber de qué me tengo que enterar?

—Pues muy sencillo, que ellos dos han estado juntos, y donde hubo fuego, cenizas quedan.

—Bah, yo tengo un extintor la mar de bueno en mi casa.

Esa chica era imposible, de verdad. Para empezar, no sabía qué coño hacía allí con nosotros, cuando nadie la había invitado.

Este era un reencuentro de amigos, o de algo más, que habían vuelto a coincidir, y ella allí, erre que erre con querer acostarse conmigo.

En un momento determinado, al girar la cara, vi que mi hijo se había quedado dormido en los brazos de Mónica. Eso nunca solía suceder, pues era de lo más desconfiado.

—Amigo, creo que te ha salido un competidor.

—De eso nada, él ha ganado ya todas las batallas. Contra él no hay quién compita.

Soltamos una carcajada y me levanté de la mesa, dispuesto a entrar al hipermercado y comprarle a mi hijo una sillita de paseo, o la pobre Mónica no podría comer.

—Ahora mismo vengo.

—¿Quieres que te acompañe, doctorcito? Yo sé muy bien donde está el baño —dijo Susana.

—Pues ya sabes, entra y te refrescas la cara, que te vendrá muy bien.

Escuché la carcajada de Mónica desde lejos, pues estoy seguro de que no se esperaba esa contestación mía.

Mis amigos supusieron adonde iba, pero no dije nada a nadie. Si lo decía, ninguna de las chicas querría que lo comprara, y me ofrecerían ir turnándose al niño, en especial Mónica, pero no lo iba a permitir.

Volví al cabo de media hora, pues en la caja para pagar había un montón de gente y, entre eso y que pedí que me dieran la sillita montada, pues se me fue un buen rato.

—Toma, pon al niño ahí o no podrás comer.

—¿Has ido a comprar una? No me lo puedo creer, si no hacía falta.

—Claro que hacía falta, así la dejo en el coche para otra ocasión como esta.

Mónica se levantó y puso a mi hijo con mucho cuidado en la sillita, en la que ya había puesto yo el respaldar inclinado, para que estuviera más cómodo, y le puso solo las correas de las piernas.

—No soporto a esas madres que le ponen también las sujeciones superiores, las pobres criaturas no se pueden mover.

—Yo nunca las utilizó, a Enzo no le gusta sentirse atrapado.

—Ni a Enzo ni a nadie…

—A mí, sí. Siempre y cuando sea en un contexto sexual, claro.

Resoplé de forma evidente y, en cuanto se levantó para ir al baño, se lo advertí a mis amigos.

—La próxima vez que venga esta mujer, avisadme y me quedo en mi casa.

—Ni que lo digas, es un poquito cansina —dijo Aitor.

—Ya, pero tú no la tienes que sufrir a diario, como yo, que la tengo en la misma planta.

—Eso le pasa también a Mónica con Lucas, el cirujano, pero, al contrario —dijo Mario, guiñándole un ojo.

—No, hombre, Lucas no es tan insistente, además de que él lo único que pretende es invitarme a cenar, no llevarme a la cama —le respondió Mónica.

No me molestó ese comentario de Mario, ni la respuesta de Mónica, lo que sí lo hizo fue la sonrisa que pintó en su cara, como si a ella le gustara ese coqueteo.

Tuvo que ser demasiado evidente para todos, porque Aitor me miró desde el otro lado de la mesa con una ceja arqueada, pero preferí ignorarlo.

Que lo ignorara en ese momento no significaba que no me hiciera un tercer grado cuando estuviéramos a solas, que estaba seguro de que lo haría, y en profundidad.

La comida transcurrió de una manera distendida y amena, donde hablamos del trabajo, de cómo nos habíamos decidido a venirnos al sur, sin entrar en muchos detalles e ignoramos los comentarios de Susana.

Había llegado la hora de marcharnos y, como todos teníamos el coche en el subterráneo y Mónica tenía la moto en el aparcamiento al aire libre, decidimos acompañarla.

Mi hijo se había despertado, pero viendo que estaba yo a uno de sus lados y Mónica estaba al otro, no quiso bajarse de la sillita, sino que se puso a jugar con uno de los muñecos que yo llevaba en su bolsa.

Vimos como el semblante de Mónica iba cambiando a medida que nos acercábamos a la zona de las motos, hasta que empezó a echar sapos y culebra por la boca.

—Me cago en la vida del malnacido o malnacida que me haya hecho esto.

—¿Qué te ocurre?

—Mi moto, ¿no la ves?

—Pues no, porque no sé cuál es tu moto.

—Esa blanca, la que han destrozado.

Efectivamente, estaba tal y como ella había descrito, completamente destrozada. El sillín lo tenía rajado, los espejos retrovisores los tenía colgando, los pilotos estaban hechos añicos, y así, toda la moto.

—¿Quién puede haber sido? —le preguntó Lucía.

Capítulo 22

No tenía ni puta idea de quién podía haberme hecho esto, no tenía enemigos y me llevaba bien con todo el mundo del trabajo.

Pensé que podía haber sido Susana en un arrebato de celos, porque ella necesitaba ser el centro de atención, pero luego la descarté.

Ella era más de decirte las cosas a la cara, de enfadarse como si estuviéramos en el patio de un colegio, pero no de romper un bien ajeno.

—No tengo ni idea, pero ya me han pasado hoy dos cosas de lo más extrañas.

—¿Qué dos cosas? —preguntó Unai.

—Esta, que dice que la han estado siguiendo hasta aquí con un coche. Me parece a mí que va a tener que dejar de ver las series policíacas —le contestó Lucía.

—Tú, piensa lo que quieras, pero ambas cosas están relacionadas, me apuesto el cuello y no lo pierdo.

Cogí mi móvil para llamar a la policía, pues no pensaba dejarlo aquí. Si tenía una mínima posibilidad de coger a la persona que lo había hecho, no la iba a dejar pasar.

La policía tardó como unos diez minutos en llegar. Por teléfono me dijo que no tocara nada, por si había huellas, y eso hicimos. Cuando llegaron, hicieron fotos y tomaron huellas, por si había alguna distinta a la mía.

—En cuanto que tengamos algo, la avisaremos, señorita García —me dijo el policía.

—Espero que sea pronto, gracias.

—Será mejor que llames a la grúa, porque como la dejes aquí, no vas a encontrar mañana ni la pegatina —me aconsejó Marta.

Efectivamente, llamé al seguro para que me enviara una grúa. Pensé que tardaría poco, pero una mierda para los anuncios esos que dicen "una grúa en treinta minutos", porque tardaron más de una hora.

—Chicos, marchaos, de verdad. Yo la espero aquí.

—No os preocupéis, que yo me quedo con ella —dijo Unai.

—¿Y el niño?

—Mi hijo estará encantado. ¿Verdad, Enzo? Así, luego, te acerco hasta tu casa.

Su hijo empezó a aplaudir, pues le encantó la idea que le había propuesto su padre, y a mí, verlo así, me sacó una sonrisa de lo más melancólica.

No pude evitar pensar lo que hubiera sucedido si la madre del niño no hubiera muerto aquel día. Si, en vez de quedarnos atrapados en Dubái hubiéramos podido volver a casa.

Todos aquellos pensamientos eran para nada, puesto que la situación era la que era y ya no se podía dar marcha atrás.

Si se hubiera podido, jamás habría hecho ese viaje, me hubiese quedado en la playa de enfrente de mi casa, y me hubiera ahorrado el que me rompieran el corazón.

—¿Qué hay entre el doctor Márquez y tú?

Os prometo que esa pregunta me tomó completamente por sorpresa, pues jamás me imaginé que se atrevería a preguntarme algo semejante.

—¿Disculpa? Creo que no te he entendido bien.

—Me has entendido perfectamente, otra cosa es que no me quieras responder.

—Pues mira, sí que lo voy a hacer. Entre Lucas y yo no hay nada, pero no descarto que, si sigue insistiendo, le dé una oportunidad.

Su cara mudó el gesto y pasó de la sorpresa a la rabia contenida. Lo noté en la forma en la que apretó la mandíbula y eso me sacó una sonrisa.

Era, como se suele decir, como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer, y yo vi en eso una manera de retarlo.

Justo cuando iba a replicarme con algo, llegó la grúa, y ya no continuamos hablando del tema. Firmé la documentación que me dio el chico de la grúa, y me informó de a qué taller se la llevaban.

—Me parece que se va a llevar allí una buena temporada.

—Y yo creo que será más económico que te compres otra nueva.

—Esa moto tiene un par de años, me la regalaron mis padres hace dos navidades.

—Sí, lo cierto es que parecía nueva.

—Hasta que un cabrón o una cabrona la ha destrozado.

—¿Qué es eso de que te estaban siguiendo?

Le conté lo que había visto y como me había sentido vigilada desde que salí de la clínica. Él me miraba y escuchaba con atención, como si estuviera cavilando quién pudiera ser.

—A mí también me han sucedido cosas extrañas hoy.

—¿En qué sentido?

Ahora fue su turno de contarme lo que le había sucedido y, si a mí me resultó chocante el tema del coche, mucho más lo hizo el que alguien fuera a recoger al niño a la guardería.

—¿Por qué no lo dejas en la guardería del hospital? Así podrías bajar a echarle un vistazo en los ratos libres.

—¿La clínica tiene una guardería?

—Pues claro, y es solo para el uso de los empleados. Allí nadie podrá ir a buscarlo, puesto que a esa zona solo se accede pulsando las credenciales.

—Joder, no sabía nada. Mañana mismo empiezo a tramitarlo.

—Todavía están allí. De hecho, hay tres turnos, igual que los nuestros, para que la persona que lo necesite no se vea desaviada.

—¿Te importaría acompañarme?

—Para nada, no tengo nada que hacer. Llamo a casa y enseguida entramos.

Cogí mi móvil y llamé a mi madre, a la que le conté lo que me había pasado. Se asustó muchísimo, pues pensó que me había ocurrido algo, que no le estaba diciendo la verdad y era un accidente.

—Mamá, te hago videollamada y te quedas más tranquila.

Corté la llamada y la retomé a través de video, para que me viera bien. ¿El problema? Pues que también vio a Unai y al niño.

—¿Ese moreno tan guapísimo quién es? —preguntó mi madre.

—Hola, señora, soy Unai, el médico de pediatría de la clínica en la que trabaja su hija.

Mi madre soltó una carcajada por el desparpajo de Unai, si lo viera en sus momentos de cabreo, no se iba a reír tanto.

—Tú también eres muy guapo, pero me refería al niño.

—Ah, ese es mi hijo, se llama Enzo.

—Pues enhorabuena, porque es precioso.

Mi madre se quedó más tranquila después de verme a través de la pantalla, aunque, en cuanto que se dio cuenta de que la persona que me acompañaba era el chico del que le hablé, me echó una mirada de advertencia.

Entramos en la clínica, y nos fuimos directos a la zona de guardería, que estaba al otro lado del lugar donde se atendían a los pacientes. Le dije que pasara su tarjeta, pues era la única manera que teníamos de acceder a ella.

—Buenas tardes, venía a informarme sobre este servicio —habló Unai.

—Pase, por favor. Doy por hecho que es usted personal de la clínica.

—Sí, soy el doctor Echevarría, pediatra.

—Encantada, doctor…

La chica le explicó todo, mientras que Enzo se puso a jugar conmigo con varios puzles de madera que estaban encima de una de las mesas.

En pocos minutos se nos unió una niña preciosa, con el pelo rizado y moreno y una sonrisa que dejaba ver unos pequeños dientecitos blancos.

Ella misma se presentó, y nos dijo que se llamaba Salma, antes de ponerse a jugar. En determinado instante, los dejé a los dos interactuar entre ellos, y me quedé tan solo observándolos.

Era de lo más bonito ver como los niños, en cuestión de segundos, se adaptaban a todo, haciendo amigos sin fijarse en nada más que en la afinidad que podría haber entre ellos.

—Hola doctora Gomila, ahora mismo le busco a su hija —escuché que le decía la chica a la doctora que acababa de llegar.

—Gracias, Paula.

—Mire, está ahí, con el hijo del doctor Echevarría.

—Encantada, doctor, yo soy de traumatología, Ana Gomila.

—Igualmente, doctora, yo soy Unai, el nuevo pediatra.

—Sí, ya me han hablado de ti…

Se enzarzaron en una conversación en la que me sentí fuera de lugar, hablando de sus hijos y de lo bien que habían congeniado, jugando juntos durante esos minutos.

No me lo pensé, me levanté y me marché, sin decir adiós a nadie. Unai ni siquiera se dio cuenta de que lo hice.

Al salir, me encontré con Lucas, que se ofreció a llevarme a casa. Miré por última vez dentro de la clínica, por si se había dado cuenta de que no estaba y se dignaba a salir a buscarme, pero encontré el vacío por respuesta.

—Venga, que yo te llevo a casa.

—Está bien, y te lo agradezco, pues no tengo ganas de tener que esperar el bus.

—¿Y tu moto?

Nos montamos en su coche mientras le contaba lo que me había pasado en el centro comercial.

Se ofreció a recogerme por las mañanas para traerme a la clínica, ya que ambos teníamos el mismo horario, pero lo decliné, no quería que pensara lo que no era.

Mi corazón seguía saltándose un latido cuando Unai estaba cerca, y no sería justo ni para él ni para nadie el empezar algo cuando sentía por otra persona.

—Gracias, Lucas.

—No hay de qué, preciosa.

Me dijo en cuanto me dejó en la puerta de mi casa.

Capítulo 23

Unai.

La doctora Gomila, Ana, resultó ser una mujer muy agradable. Mi hijo estaba jugando con su hija y se encontraba muy a gusto.

Me contó que ella estaba muy contenta con la guardería, no solo por como trataban y atendían a los niños, sino porque tenía la garantía de que, estuviera del turno que estuviera, podía contar con que la niña estuviera atendida.

Después de eso, no dudé en matricular al niño para que fuera ya al día siguiente. Antes de entrar, pasaría por su anterior guardería y causaría la baja. Eso de que hubieran ido a buscar al niño me había asustado, y bastante.

No me percaté de que Mónica no estaba hasta pasado un buen rato, y me di cuenta de que no la había tenido en cuenta desde que entró Ana.

—¿Te apetece que vayamos un rato al parque con los niños?

—Pues te diría que sí, pero he venido con una amiga.

—¿Con Mónica? Se marchó hace un buen rato.

—Entonces, no tengo excusa.

Sonreí y le dije que sí, pero por compromiso, la verdad. Me moría por llamar a Mónica y preguntarle el motivo de su marcha, aunque tenía más que claro por qué lo había hecho.

Fuimos a un parque cercano a la clínica, donde los niños jugaron mientras que nosotros nos tomábamos un café en la cafetería que había en el interior, sentados en la terracita.

Estuvimos hablando del trabajo, de como la dirección de la clínica se volcaba con la conciliación de sus empleados, a los que veían como una gran familia.

Me resultó tan agradable la charla con Ana que no me había dado cuenta de la hora que era.

—Muchísimas gracias por este ratito, Unai, espero que se pueda repetir más veces.

—Gracias a ti, Ana, por darme tanta información y tratarme tan bien.

Nos despedimos con dos besos y cada uno cogió para un lugar. Ella vivía cerca de la clínica, mientras que yo me dirigí a mi coche con el niño.

Llegamos a casa y empezamos con la rutina de todos los días, que consistía en bañar a Enzo, preparar la cena para los dos e irnos a la cama en cuanto que cenáramos.

El día empezó tal y como terminó el anterior, con la misma rutina. Desayunamos, nos preparamos para salir y nos montamos en el coche, de camino a la anterior guardería.

—Aquí, no.

—Ya lo sé, te llevaré a la guardería del hospital, pero antes, tenemos que decirles que ya no vendrás más.

La charla con la chica no se demoró más de diez minutos, hasta dejar todo zanjado. Una vez terminada esa gestión, puse rumbo a la clínica, donde dejaría a Enzo con Paula, que hoy empezaba su turno de mañana.

Mi hijo entró corriendo, en busca de su gran amiga Salma, que salió a su encuentro, dándole un abrazo que me provocó una sonrisa.

Era cierto que mi hijo se adaptaba rápido a cualquier entorno, pero verlo tan tranquilo y feliz, diciéndome adiós con esa sonrisa que tenía, me dejaba mucho más tranquilo a mí también.

—Buenos días —dije al entrar en el ascensor, donde se encontraban Lucas y otro de los doctores.

—¿Es cierto que ayer te fuiste de aquí con Mónica? ¿Por fin ha caído?

—No me seas cotilla, haz el favor. Sabes que no te voy a contar nada de lo que sucedió…

Escuchaba la conversación con interés, pero también con una rabia que desconocía, pues nunca había sentido nada igual.

El tal Lucas estaba dando a entender que Mónica se había acostado con él, que su negativa era porque no quería ser la comidilla de la clínica, mientras que el otro se reía al escucharlo.

Tuve la mala suerte, para ella, de darme de bruces con Mónica nada más bajarme del ascensor. La miré furioso, y no me pude callar.

—Ven a mi despacho, por favor.

—¿Ocurre algo?

Vino detrás de mí, y esperó a que abriera mi despacho con llave. En cuanto que entró, cerré la puerta con fuerza, asustándola con el golpe.

—¿Por qué me has negado que entre Lucas y tú había algo?

—Porque no lo hay… Mira, no tengo que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, pero no voy a permitir que me atribuyas actos que no he hecho.

—Eso se lo tendrás que decir a tu querido Lucas, que es el que lo ha dicho en el ascensor.

—No me lo creo, Lucas no es así, y no pienso decirle nada.

—Entonces, si no lo haces, es porque lo que él dice es cierto.

—Claro, por esa regla de tres, tú también te fuiste anoche con Ana.

—Es que yo sí que me fui con ella, a tomar un café y al parque con los niños.

Pude notar el dolor en sus ojos, y quise remediarlo, cogiéndola por el brazo para darle una explicación, pero se zafó de mi agarre de un solo movimiento.

Salió del despacho corriendo, y la vi meterse en el vestuario de las chicas. Fui a salir detrás de ella, cuando entró Mario.

—Unai, te necesitan en la doscientos cuatro, con urgencia.

—Gracias, Mario.

—¿Y esa cara?

—Luego te cuento.

Fui hasta la habitación en la que me reclamaban, era un niño de diez años que ingresaron por la noche, y que presentaba una insuficiencia respiratoria.

Avisé a Aitor y a mi compañero de neumología y, entre los tres, conseguimos que remitiera la crisis que tenía el niño y estabilizarlo. Decidimos bajarlo a la UCI pediátrica, para tenerlo un poco más controlado.

Todo era debido a una neumonía aspirativa, pues una partícula de alimento se había alojado en un pulmón, y teníamos que tratarlo con antibióticos y oxígeno.

Cuando tuve todo controlado, subí de nuevo a mi despacho, pero antes, pasé por la sala de enfermería, buscando a Mónica.

—Susana, ¿has visto a Mónica por aquí?

—Sí, ha subido a dirección, necesitaba unos días libres y como tenía horas acumuladas, ha ido a solicitarlo.

Eso me sentó como una patada en los mismos cojones, ya que, si se marchaba unos días, no podría hablar con ella y explicarle todo con tranquilidad.

Sé que me estaba comportando como un novio celoso, y también que había dicho que jamás tendría nada con alguien del trabajo, eso sin contar con la promesa que me hice a mí mismo, pero es que ella derrumbaba todos mis muros, sin pretenderlo.

Subí hasta el despacho de dirección, esperando encontrármela allí, pero no tuve suerte. Según me dijo la secretaría del director, se había marchado hacía ya un buen rato.

Durante toda mi jornada laboral no abandonó mis pensamientos. Podría pedirles ayuda a mis amigos, incluso a sus amigas, pero no me serviría de nada si ella no estaba de acuerdo con eso.

No me quedaba otra que esperar a que volviera, no creía que le hubieran dado más de dos o tres días, porque el personal era el que era, y siempre hacían faltas más manos.

Dejé todo el despacho recogido y bajé a recoger a mi hijo a la guardería. Me moría de ganas de llegar a casa y tumbarme en el sofá.

—Buenas tardes, vengo a recoger a Enzo.

—Buenas tardes, doctor, enseguida se lo traigo.

Paula entró a la parte interior de la guardería a buscar a mi hijo, cuando Ana también llegó a por su hija. Ese día habíamos tenido el mismo turno.

—Hombre, compañero, ¿qué tal el día?

—Bueno, podría haber sido mejor…

—Pero también podría haber sido peor.

—También, también. Viéndolo desde esa perspectiva, tienes razón.

Los dos niños salieron de la mano, como si se conocieran de toda la vida y, a la hora de separarlos para coger cada uno por nuestro camino, nos lo pusieron un poquito difícil.

—¿Qué te parece si comemos juntos y así pasan un ratito más jugando?

—Pues, viendo lo que están llorando, creo que es la mejor opción.

Salimos de la clínica, cada uno con su hijo en brazos, y riendo por algo que había dicho Ana sobre ellos, justo cuando entraba Mónica.

Me miró con pena, con una tristeza que me llegó al alma, pero no podía olvidar que ella se estaba acostando con Lucas y que había tratado de ocultármelo.

—Buenas tardes, Mónica. Me han comunicado que has pedido el traslado a neonatología, espero que lo hayas conseguido.

—Buenas tardes, Ana. Pues no, pero sí que me ha dicho el director que hay hueco en cirugía, que, si lo quería, era mío, y vengo a firmar el cambio.

Mientras que decía esto me miraba directamente a los ojos, como si quisiera castigarme con esas palabras, y, siendo sincero, lo estaba consiguiendo.

—Pues nada, espero que te vaya bien en tu nueva etapa y que el motivo del cambio no sea nada preocupante.

—No, es que prefiero ir formándome en otros departamentos.

Nos dejó allí mientras que ella entraba y subía al ascensor. No pude articular palabra, me sentía profundamente traicionado, hasta el punto en el que me inventé una excusa para evitar ir a comer con Ana.

—Ana, me vas a perdonar, pero me acabo de acordar que venía hoy el técnico del Wifi para instalármelo.

—No te preocupes, lo dejamos para otro día.

Si Ana notó que era una excusa o no, no os lo puedo decir, pero que se quedó algo decepcionada, eso sí que lo vi. Después de eso, pensé que sería bueno conocerla más, y por eso no dudé.

—¿Por qué no venís el sábado a mi casa y pasáis el día con nosotros?

—Me parece una idea fantástica. Nos vemos el sábado si no coincidimos mañana.

—Coincidiremos, o tendrás que adivinar mi dirección.

Al final, intercambiamos nuestros números de teléfono y quedamos en que nos hablaríamos por WhatsApp.

Enzo se había quedado dormido, al igual que Salma, por lo que no fue demasiado "traumática" la separación.

Permitidme que lo ponga entre comillas, porque eso no tenía nada de traumático para nadie, es una coña que he utilizado al hablar.

Llegué a casa con Enzo todavía dormido, lo puse en el sofá mientras me preparaba algo de comer, y me senté en el sofá del salón para tomarlo.

No era nada elaborado, pues era un simple sándwich, pero a mí me supo a gloria, porque llevaba un hambre descomunal.

Acababa de darme cuenta de que no había probado bocado en todo el día. Entre el trabajo y lo que había pasado con Mónica, ni siquiera había hecho mi descanso de media mañana.

No se me quitaba de la cabeza el cambio que había pedido Mónica en el trabajo, y me hacía pensar que yo era el responsable de ello.

Por otro lado, que fuera justamente en cirugía, y junto a Lucas, me lo hacía todavía más cuesta arriba. Tan solo pensaba en poder llegar a un entendimiento entre los dos.

Cuando estaba a punto de quedarme dormido durante un rato, llamaron a la puerta, y por la forma de hacerlo, supe que era Aitor que venía a decirme algo importante.

—¿Qué te ocurre que traes esa cara?

—Es Mónica…

—¿Qué le ha pasado?

—La han atropellado, pero eso no es todo… ha sido intencionado, no un accidente.

Cuando Aitor me dijo eso, se me doblaron las piernas y tuve que agarrarme al marco de la puerta para no caerme.

Aitor me contó que la habían llamado de comisaría justo cuando salía de firmar el cambio de planta en la clínica. Como estaba sola, él se ofreció a acompañarla.

Fueron hasta allí y les enseñaron las imágenes que les habían facilitado desde el centro comercial y en ellas se veía a la persona que destrozó la moto, así como todo lo que la rodeaba.

Se dieron cuenta de algo que, a simple vista había pasado desapercibido, pero que para ella no fue así, y se lo comentó a la policía.

Todo cuadraba con lo que ella había contado desde el principio.

Capítulo 24

Acababa de salir del despacho del director de firmar el cambio de planta. De momento, me habían trasladado a cirugía, pero era algo momentáneo, puesto que mi plaza estaba en neonatología.

—Mónica, ¿qué haces por aquí a estas horas?

—Vengo de firmar mi traslado a otra planta.

—¿Por qué?

—Porque me va a ser imposible trabajar con Unai codo con codo.

Le estaba contando lo que me ocurría, cuando mi teléfono sonó. Me estaban llamando de la comisaría de policía, habían recibido las imágenes del centro comercial y querían que las visionara por si conocía a la persona que había destrozado mi moto.

—No vas a ir sola, no te preocupes. Yo te acompaño.

—Gracias, Aitor, porque empiezo a ponerme nerviosa.

Fuimos en su coche, ya que yo no tenía mi moto arreglada todavía, y no me gustaba moverme con el coche por la ciudad.

En cuanto llegamos a la comisaría, nos estaban esperando y nos hicieron pasar a uno de los despachos, donde me pusieron las imágenes.

A primera vista, no reconocí la manera de moverse de esa persona, pues la cara no se le veía. Pero, al ampliar la imagen, me di cuenta de una cosa.

—Ahí está el coche que me siguió hasta el centro comercial.

—¿Está segura de eso? —me preguntó el policía.

—Absolutamente, es aquel de allí, el blanco cuya matrícula termina en cuarenta y cinco.

Ahora, todo cuadraba. Anotaron la matrícula y me dijeron que investigarían cuál era su propietario, así como si podían localizarlo.

Nos despedimos del policía y nos dispusimos a salir de la comisaría. Ahora estaba un poquito más tranquila, puesto que podrían averiguar quién lo había hecho y, de ese modo, sabría el motivo de por qué lo había hecho.

Estábamos esperando para cruzar la carretera, cuando, de la nada, salió un coche que, casualmente, era el mismo que había salido en las imágenes del centro comercial.

No es que a mí me diera tiempo a verlo, puesto que me embistió de tal manera que salí volando por los aires, cayendo de mala manera en medio de la carretera.

—¡Mónica!

Aitor salió corriendo hasta donde yo había caído, bastante asustado, mientras gritaba mi nombre.

—Me duele mucho el brazo y la pierna…

—No te muevas, enseguida viene una ambulancia de la clínica.

Mientras que no acudían los sanitarios, la policía vino para hacer un atestado de lo que había sucedido.

Ahí fue cuando Aitor le dijo que el coche coincidía con el mismo que me había seguido y que, a su vez, era el mismo que aparecía en las imágenes facilitadas por el centro comercial.

Los sanitarios me subieron en la ambulancia y me trasladaron hasta la clínica, donde ya me estaban esperando mis compañeros.

Ana fue la encargada de realizarme todas las pruebas, así como de preparar todo para la intervención quirúrgica a la que me tenía que someter.

—Mónica, te has roto la muñeca, pero eso no es lo más complicado, es una rotura limpia…

—¿Entonces? ¿Cuál es la complicación?

—La pierna, la tienes rota por tres partes, y hay que poner placas y clavos. No te puedo garantizar que no te queden secuelas.

—Mientras me permita trabajar, me da igual lo que me quede.

Ana no me mintió, pues me contó las cosas tal y como eran. No por ser compañera suya me iba a poner todo demasiado bonito y que luego me diera el batacazo.

Me bajaron a quirófano enseguida. Aitor se encargó de ir a buscar a mis padres, porque si los llamaba iba a ser peor, y prometió que volvería con ellos.

Por un lado, estaba tranquila, pues me encontraba en las mejores manos, pero, por otro, me daba miedo despertar y que me dijeran que no volvería a caminar bien.

El tema de las cicatrices me daba absolutamente igual, así tuviera que llevar pantalones siempre.

Poco a poco fui entrando en un estado de somnolencia provocado por la anestesia, hasta que me quedé completamente dormida.

Cuando desperté, estaba en ya en la habitación, con el brazo y la pierna escayolada, esta última me la habían colocado colgada de un gancho que tenía la cama y tendría que tenerla así durante unos días.

—Mónica, ha salido todo perfecto. Si lo haces bien y sigues mis indicaciones, no tendrás ningún problema en la recuperación.

—Gracias, Ana. No dudes que seguiré todo al pie de la letra.

Cuando salió Ana, entraron mis padres, acompañados de Aitor, que no traía muy buena cara, lo que significaba que no le habían dado buenas noticias en la policía.

—Venga, suéltalo, como si estuvieras quitando una tirita.

—La matrícula del coche es falsa, no hay de donde tirar, al menos de momento.

—¿Qué me quieres decir con eso de "al menos de momento"?

—Pues eso, que de momento no tienen nada, pero van a pedir las cámaras de la zona, por si pueden identificar al conductor.

—No era un conductor, por lo menos la persona que me siguió hasta el centro comercial era una mujer, rubia, para más señas.

—¿Estás segura?

—Como si la tuviera delante.

Aitor cogió su móvil y se puso en contacto con el agente que llevaba el caso, dándole los datos que yo le había facilitado antes.

Cuando terminó la llamada, parecía todavía más contrariado que antes, y no pude evitar preguntar que pasaba.

—El policía me acaba de decir que ya tienen una imagen nítida de la mujer que conducía.

—Pero… ¡eso es fabuloso!

—No según lo que me ha dicho a continuación.

—¿Qué ha sido…?

—Que corresponde con una mujer que lleva muerta unos meses.

Eso no podía ser, por lo menos yo no conocía a ningún muerto que volviera del más allá para atropellar a otro.

Tenía que ser un error de identificación, y esperaba que lo solucionaran pronto.

Esa noche se quedó mi madre conmigo, a pesar de que le dije mil veces que no lo hiciera, pero ella tenía la cabeza dura como una piedra, así que me di por vencida, no iba a discutir con ella.

—¿Te duele mucho, cariño?

—Lo normal, mamá, me lo han hecho en la pierna, no en la pared.

—Hija, desde luego, que cuando te pones en plan antipática…

—No es antipatía, mamá, es que estoy cansada y desconcertada.

—Pues duerme, que te vendrá bien.

Cerré los ojos, que se me estaban cayendo desde hacía un buen rato. Cuando los volví a abrir, ya entraba la luz del día por la ventana.

—Mamá, por favor, vete a descansar.

—Claro, y si te haces pis, ¿quién te pone la chata?

—¿Cualquiera de mis compañeras?

—Está bien, voy a ir a ducharme, pero vengo a la hora de comer.

Le di la razón como a las locas, y llamé a mi padre para que la retuviera en mi casa, pues necesitaba descansar. Estaba segura de que, esta noche, volvería a quedarse conmigo.

A la hora de comer, vinieron mis amigas a verme, así como Mario, que venía acompañado de Lucas, el cirujano.

—No hacía falta dejarse atropellar para tener mi atención.

—Sí, seguro que era por eso.

—Vengo a revisar cómo te encuentras, si te notas algo raro.

—Tengo dos placas y unos tornillos, digo yo que algo raro notaré.

Todos soltaron una carcajada, mientras yo ponía los ojos en blanco y negaba con la cabeza, porque no era ni medio normal lo que este hombre me estaba preguntando.

Cuando me quedé a solas con mis amigas, me preguntaron como estaba, pero no del atropello, que eso era obvio.

Ellas eran las únicas que sabían absolutamente todo, pues en cuanto que llegué a mi casa ese día, las llamé para contárselo.

—Imaginaros, si ni siquiera ha venido a verme, estando abajo, a dos pasos.

—Mujer, a lo mejor no ha podido —dijo Marta.

Ella siempre intentaba justificarlo todo, por muy negra que estuviera la situación. Nosotras le decíamos que era la abogada de lo imposible.

—Claro, una operación a corazón abierto estaba haciendo ahora mismo —dijo Lucía.

—No me seas sarcástica, Lucía, que tampoco hace falta. Seguro que todo tiene una explicación.

—Y tanto, y tiene nombre de mujer.

Esa conversación no me venía nada bien, y así se lo hice saber, por lo que cambiaron de tema inmediatamente, centrándose en la insistencia de Susana, ahora con Mario.

—Esa mujer es imposible, de verdad.

—Pues como me coja con los cables cruzados…

—¿Y a ti cuando te ocurre eso?

Todas nos reíamos cuando entró Ana, que venía a pasar la ronda con los enfermos.

No podía negar que era una mujer muy bella y agradable, pero de la misma manera que no podía aguantar que fuera ella la que se llevara las atenciones de Unai.

—Bueno, pues entonces, me puedo ir el fin de semana tranquila, que estás divina, a pesar de la intervención.

—Tú que puedes… ¿Cuándo me darás el alta?

—Si todo sigue así, el mismo lunes. Ahora, me marcho que no llego a recoger a Salma de la guardería.

Capítulo 25

Todo el fin de semana había estado allí recluida. Ya me habían bajado el pie y me habían levantado, estando sentada durante un rato. Eso sí, con la pierna estirada en una silla.

Mis amigas pasaron un rato el sábado por la mañana, pero tenían planes para el fin de semana y no quise que los cambiaran.

De Unai no había ni rastro, ni un mísero mensaje me había enviado. El único que había pasado por allí fue Lucas, que, aparte de que estaba de guardia y tenía que pasar a visitarme por la intervención, también lo hizo porque quería pasar un rato conmigo.

Había llegado el lunes y por fin tenía el alta. Me moría por llegar a mi casa y estar tranquilamente allí, sin que nada ni nadie me molestara.

No interpretéis mal mis palabras, las visitas no me molestaban, lo que lo hacía era precisamente lo contrario, las personas que no lo habían hecho, en concreto una de ellas.

—Pues, dentro de quince días tienes que volver para ver si el hueso ha empezado a soldar.

—Gracias, Ana. ¿Qué tal el fin de semana?

—Increíble, Mónica. El sábado estuvimos pasando el día con el doctor Echevarría, en su casa, y… ya sabes.

—Sí, me lo puedo imaginar.

Puse una sonrisa en mi cara que era de lo más impostada, porque no me salía una que fuera sincera. No me podía salir cuando me estaba dejando caer que se había acostado con el hombre del que estaba enamorada.

—El que decía que no se acostaba con nadie del trabajo…

—¿Perdona?

—Nada, nada, que tengo ganas de irme ya de mi lugar de trabajo.

Sabía que se había enterado, pero no me dio la gana de repetírselo. Mi madre, que estaba allí conmigo, me ayudó a vestirme y a sentarme en una silla de ruedas adaptada que había ido a comprarme a la ortopedia.

—Tu padre ha puesto un salvaescaleras para que puedas moverte libremente.

—Claro, y la silla de ruedas me la bajo en la falda.

—Entiendo que estés agobiada, pero no es para que me contestes así. Tendrás una silla arriba y otra abajo.

—Lo siento, mamá, pero no me encuentro en mi mejor momento.

—Sobre todo después de que la doctora te haya dicho que ha pasado el fin de semana con Unai, mientras que, a ti, no te ha enviado ni un mensaje.

Mi madre se daba cuenta de todo, eso era innegable, aunque no me dijera nada. Por eso, tan solo pude abrazarla y darle las gracias por todo lo que había hecho y seguía haciendo por mí.

En cuanto llegué a mi casa, mi padre me ayudó a subir, ya que todavía no estaba instalado el salvaescaleras, todavía estaba el instalador dándole los últimos toques.

—Mamá, prefiero comer hoy aquí arriba.

—Como quieras, pero no te vayas a encerrar en esta torre, por favor te lo pido.

—No lo haré, pero entiende que, aquí, tengo todas las comodidades y en estos momentos, no me apetece nada.

Mi madre asintió con la cabeza, saliendo después de ayudarme a ponerme cómoda. Me recosté en la cama y encendí la televisión.

En realidad, no me apetecía ver nada, pero por lo menos escuchaba el sonido de las voces que me acompañaban.

Durante algunos ratitos, mi madre se subía hasta la buhardilla y me daba un poco de conversación, contándome cosas que habían hecho sus amigas, y que me provocaban la risa.

Sé que lo hacía por entretenerme, pero también por asegurarse de que estaba bien. Como sabía cuándo iba a subir, porque siempre lo hacía a la misma hora, procuraba dejar de llorar un rato antes, o hacerlo en el momento en el que me volvía a quedar a solas.

Me dolía en el alma todo lo que estaba ocurriendo con Unai. El destino era un cabrón porque, mientras estaba en el norte, no lo veía y podría haber rehecho mi vida.

Teniéndolo aquí tan cerca, me iba a costar muchísimo hacerlo, porque el dolor de verlo con otra se me clavaba en el alma.

—Mónica, aquí hay un chico que dice que es un compañero tuyo, y que ha venido a verte.

—Dile que suba.

Me arreglé el pelo y me senté bien, pensando que era Unai el que venía a verme, pero mi ilusión se desvaneció en cuanto que la puerta de mi buhardilla se abrió.

Era Lucas el que subía, con un ramo de flores y una caja de bombones de chocolate belga, ese que todo el hospital sabía que me encantaba.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal va todo?

—Muriéndome de aburrimiento.

—Bueno, eso tiene fácil solución, nos vamos a dar un paseo, y listo.

—No, de verdad, hoy no me apetece…

—Está bien, hoy lo dejaremos pasar, pero el sábado te recojo por la mañana y pasamos el día fuera.

No pude decirle que no de nuevo, me daba pena, por lo bien que se estaba portando conmigo. Tan solo por eso, se merecía una oportunidad, y se la iba a dar.

Estuvo en mi casa como dos horas, en las que nos reímos lo más grande. Sabía que Lucas era gracioso, pero no de esta manera, os lo juro.

—Queda en pie lo del sábado, no voy a permitir que te eches atrás.

—Te prometo que no me voy a echar atrás. Me vendrá bien salir de estas cuatro paredes, mucho más si es con un amigo como tú.

Lucas se despidió de mí con un beso en la mejilla, antes de marcharse, me guiñó un ojo, y salió de mi buhardilla.

—Ese chico me gusta, pero hay algo que oculta.

Mi madre entró diciéndome esto, y ella nunca se equivocaba con las personas. Seguía diciéndome que Unai tenía sentimientos por mí, pero que algo lo estaba frenando.

—¿A qué te refieres con eso, mamá?

—Pues eso, que es como si tuviera una máscara que ocultara algo de su personalidad.

—No lo sé, la verdad. Tampoco lo conozco tanto…

—Ten cuidado, Mónica. No te digo que te cierres a conocerlo, pero sí que lo hagas con cautela.

Esa semana pasó lenta y tortuosamente, encerrada en esas cuatro paredes. El viernes, por fin me decidí a bajar al salón, donde estaba mi madre viendo uno de esos concursos de la televisión.

Fue mi padre el que me ayudó a bajar de la cama y me sentó en el salvaescaleras.

—Te espero abajo, hija.

—Joder, papá, ni que estuviera bajando en Sierra Nevada.

Mi padre soltó una carcajada al escucharme decir eso. Sabía que no había pasado por buenos momentos, pero, aun así, tanto él como mi madre, respetaron mi espacio y mis tiempos.

—Mamá, necesito que me ayudes a lavarme el pelo y arreglármelo para mañana.

—¿Qué pasa mañana?

—Que voy a salir con Lucas a dar un paseo.

Mi madre me miró de una manera con la que supe de antemano lo que me iba a decir, así que decidí que no le daría esa oportunidad.

—Lo sé, mamá, no tienes que decirme nada, lo tengo claro.

—Eso espero, Mónica. No me gustaría verte otra vez echa un mar de lágrimas.

Nos fuimos hasta el baño de la planta baja, y mi madre me ayudó a lavarme el pelo. Me lo secó con todo el mimo del mundo, incluso me hizo las planchas.

Me miré en el espejo y, por primera vez en mucho tiempo, me vi guapa. En la revisión que tuve, Ana me dijo que el hueso estaba soldando bien, que no tendría mayor problema.

Esa mañana de sábado, al levantarme, lo hice con una sonrisa en los labios. Me apetecía muchísimo que Lucas viniera a buscarme y dar un paseo.

Me vestí con un pantalón ancho en negro con un estampado en blanco, y una camiseta blanca de manga francesa. Cogí la cazadora vaquera por si hacía frío, ya que era la única que me entraba con la escayola del brazo.

Como calzado, opté por unas zapatillas deportivas sin cordones. Bueno, en realidad tan solo me pude poner una de ellas, porque la otra pierna iba escayolada.

Ya no necesitaba tenerla en alto, por lo que la silla ya era de las normales, no como la primera con la que salimos del hospital.

Seguía sin tener noticias de Unai, ni un solo mensaje, y eso me continuaba doliendo como el primer día.

Aitor sí que me llamaba a diario, al igual que Mario. Mis amigas venían un ratito por la tarde casi todos los días, pues había días en los que el trabajo se lo ponía complicado.

—¿Estás lista para pasar un buen día?

—Estoy lista para enfrentarme al día, que es muy diferente.

—Si empezamos así, vamos mal. Tienes que ser optimista, plantarle cara a la vida.

—Créeme que se la planto, pero el problema es que el destino no la riega.

—Anda, vámonos ya, que quiero ir al centro comercial a por varias cosas que me hacen falta.

Capítulo 26

Unai

Mi intención cuando me enteré del atropello de Mónica fue salir corriendo para ver lo que le había sucedido, pero no me atreví.

Sí, llamadme cobarde, pero me moría de miedo tenerla delante y que mi corazón me traicionara. Tenía que volver a lo mismo que tenía antes, sobre todo porque había sido ella la que quiso poner distancia entre nosotros.

Ni siquiera los días que estuvo ingresada, y estando en el mismo hospital, subí a verla. Le preguntaba a Ana cuando la veía.

Ese sábado, entre Ana y yo no pasó nada, pero sí que tuve una conexión real con una mujer. Era divertida, guapa y, lo más importante, me entendía como madre que era, al igual que para mí, nuestros hijos eran lo más importante.

Ana me contó que era madre soltera, que el padre de la niña ni siquiera supo que se había quedado embarazada. ¿El motivo de que le ocultara eso? Pues era un picaflor y sabía que tan solo le podía hacer daño a la niña.

Yo le conté mi historia con Magda, desde el principio, e incluso le hablé de cómo había conocido a Mónica y lo que habíamos tenido.

No me escondí en la manera en la que la eché de mi vida, y ella me mostró todo su apoyo y su cariño. Los niños también habían congeniado a la perfección.

Todo parecía como un puzle en la que la última pieza que faltaba estaba encajando. Me daba miedo ilusionarme, pues no estaba buscando una pareja.

A partir de ahora sería tan solo sexo, con cualquiera con la que me acostara, aunque con Ana no estaba seguro de sí hacerlo o no, pues no la veía de esa manera y podría enturbiar nuestra amistad.

Sé que estoy siendo contradictorio, pero es que, en ese momento, ni yo mismo sabía lo que quería.

Había quedado con Ana en el centro comercial para pasar el día. Quería que nuestros encuentros fueran en un lugar neutral para no verme tentado a acostarme con ella.

—Traigo un chisme.

—Joder, Ana, eso es un saludo y lo demás un cuento.

—Perdón, perdón, pero es que no me aguanto más tiempo sin contártelo.

—Pues, nada, dale…

Ana me contó que por el hospital había corrido el rumor de que Mónica y Lucas estaban juntos. Que ya habían decidido dejar de ocultarse.

Esas palabras me hirieron como si me hubieran clavado una daga en el corazón. ¿En serio estaban juntos? No podía terminar de creérmelo, y tendría que verlo con mis propios ojos.

Entramos al centro comercial, y Ana me dijo de entrar en una tienda de ropa, pues tenía que comprarle a la niña varias prendas que necesitaba.

—Venga, así aprovecho yo también y le compro a Enzo varios pijamas, que se le están quedando pequeños.

Nos encontrábamos entre prendas, en uno de los pasillos, cuando la vi. Iba en su silla y tenía tanto el brazo como la pierna escayolada, pero, aun así, estaba preciosa.

Mi hijo, que la vio, empezó a llamar su atención, sabiendo que lo tenía en brazos. Lo hice, lo puse en el suelo y él salió corriendo a buscarla.

Creo que fue mi subconsciente el que me dijo de hacerlo, el que me animó porque, si el niño iba, yo me vería obligado a ir a buscarlo y podría verla de cerca.

Lo que no me esperaba es que fuera acompañada de él, de Lucas, pues siempre pensé que estaría con Lucía o con Marta, incluso con su madre, y eso me cayó como una losa encima de la cabeza.

—Enzo, cariño, no molestes.

—El niño, nunca molesta, Unai.

—Bueno, entonces el que está molestando soy yo.

—¿Me puedes explicar a qué viene esta actitud?

—¿Qué esperabas? Te encuentro aquí con una persona con la que me has negado, por activa y por pasiva que no tienes nada.

—¡Y no lo tengo!

—No tienes que ocultarte más, ya lo sabe toda la clínica.

—Entonces, según tu teoría, y los rumores, también te has acostado con Ana.

—No lo he hecho, pero no dudes que pienso hacerlo.

Volví a coger al niño en brazos y me di la vuelta, dejándola allí con la boca abierta por la sorpresa de mi contestación.

No me pensé lo que hice a continuación, y tengo claro que lo hice desde el dolor y desde el despecho. Si lo tuviera que volver a hacer, no lo haría. De hecho, me arrepentí al instante de haberlo hecho.

Llegué hasta donde estaba Ana, tomé su cara con mi mano y la besé. Fue un beso ardiente, como con rabia, que a ella la tomó por sorpresa, pero que correspondió sin dudarlo.

—Te juro que no me lo esperaba…

—Ese era el propósito.

Mis ojos fueron hasta el lugar donde había dejado a Mónica, pero ya no estaba. Lo había visto, eso sin duda, y me sentí mal.

Lo hice para que sintiera el mismo dolor que yo estaba sintiendo en ese momento. Porque, aunque estuviera con él, sabía que ella seguía sintiendo por mí, al igual que yo por ella.

Después de eso, el día se me hizo muy extraño, porque Ana reclamaba más muestras de cariño que a mí no me salían. Me sentía presionado. Jamás debería haberle dado ese beso.

—Te dejo, que tengo cosas que hacer.

—Pensé que nos marcharíamos a tu casa, que pasaríamos allí el fin de semana.

—Lo siento si lo que he hecho te ha confundido, pero, de momento, no quiero tener ninguna relación con nadie.

—Sé sincero, Unai. No quieres tener una relación si no es con Mónica. Se te nota a leguas que estás enamorado de ella, y tienes que admitir que ella está con Lucas.

No quise seguir discutiendo una cosa que ni siquiera había sido capaz de hablar con mis amigos. Le dejé un beso en la mejilla y me subí a mi coche, poniendo rumbo a mi casa.

Al llegar, me encontré con Aitor que estaba llamando a mi puerta. Se le veía cara de preocupado, por eso me apresuré a bajar al niño y llegar hasta donde estaba él.

—¿Ocurre algo? Porque siempre que vienes así es porque ha sucedido algo.

—Entremos y siéntate, porque lo que te voy a decir no te va a gustar.

—Si pretendes contarme que Mónica está con Lucas, ya lo sé, lo he comprobado con mis propios ojos.

—Ese, ahora mismo, es tu mal menor.

No entendía lo que Aitor me quería decir, y por eso lo insté a que continuara hablando. Mi amigo cogió una fuerte bocanada de aire antes de empezar a hablar, que me indicó que lo que iba a decirme sería demasiado fuerte.

—Ya tienen las imágenes nítidas de la persona que atropelló a Mónica.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Me contó que, al principio le dijeron que la identidad de esa persona era de una que estaba fallecida, pero sin darles datos.

Esa misma mañana lo habían llamado de la comisaría para ampliarle los datos, ya que él se había puesto como contacto principal, al encontrarse Mónica en las condiciones que estaba.

Aitor se levantó y empezó a dar vueltas por toda la habitación, como si no supiera cómo decirme lo que tenía que contarme, como si no encontrara la manera de hacerlo.

—La persona que conducía el coche era Magdalena Fuentes, la madre de tu hijo.

Cuando me dijo eso, me tuve que sentar porque pensé que me desmayaba en ese mismo momento.

¿Cómo podía ser que estuviera conduciendo un coche si llevaba muerta casi un año?

Si eso era cierto… ¿a quién demonios habíamos dado sepultura? Era su pulsera, la misma que yo le mandé a hacer por encargo. No entendía nada y eso me tenía de lo más desconcertado.

—¿Cómo podemos comprobar eso? ¿Mónica lo sabe?

—Por eso he venido, porque tienes que venir conmigo a comisaría lo más pronto posible, para que lo corrobores. Y no, a Mónica todavía no le hemos dicho nada.

—Vamos, dejo al niño en la guardería del hospital y…

—No va a hacer falta, ya he hablado con la madre de Mónica, a ella sí que se lo he contado, y ella se hará cargo del niño. Tenemos que hacerlo cuanto antes.

Ni siquiera sabía dónde vivía ella, pues no me dio tiempo de llevarla aquel día a casa, pero Aitor sí que era conocedor de eso.

Mi amigo la había visitado en varias ocasiones, por eso fuimos en su coche. Martina, la madre de Mónica, vivía a pocos minutos en coche de donde lo hacíamos nosotros, en una fase anterior de la misma urbanización.

—Hijo, soluciona todo esto, porque tu felicidad y la de mi hija depende de ello.

—No dude que lo haré, aunque entre su hija y yo no haya solución posible.

—Claro que la hay, siempre que los dos dejéis vuestra cabezonería a un lado.

Mi hijo, sorprendentemente, se quedó allí de lo más tranquilo, era como si reconociera el olor de Mónica en el ambiente, y se fue directamente hasta el salón, donde estaba su padre.

Capítulo 27

Ver como besaba a Ana me hizo saber que entre ellos sí que había algo y me dije a mí misma que tenía que olvidarlo y, para eso, nadie mejor que Lucas, que me podría ayudar.

Cuando Lucas salió del probador, le pedí por favor que nos fuéramos de allí. No me lo quería encontrar de nuevo, y no se lo pensó, ni siquiera pagó el pantalón que se había probado.

—No sé lo que ha sucedido, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que desees.

—Salgamos de aquí y ahora te lo cuento.

Lucas me llevó a una cervecería cercana, que estaba junto al parque y en la que se estaba de maravilla.

Le di un sorbo al refresco que me había pedido, antes de empezar a hablar. Lucas esperaba sin prisas a que estuviera preparada para hacerlo.

Le conté como nos habíamos conocido Unai y yo, como había terminado todo. También le hablé de la conversación que habíamos tenido en el interior de la tienda de ropa.

—No entiendo de dónde se ha podido sacar que tú y yo estábamos juntos.

—En su momento, me dijo que te lo había oído decir a ti en el ascensor, hablando con un compañero.

—Te prometo que eso no es cierto, Mónica…

Algo en su tono me hizo desconfiar, no sé por qué ni el qué, pero, de pronto, las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza y se hicieron más reales que nunca.

—No puedes desconfiar de mí, por favor. Si quieres, llamo ahora mismo a mi compañero y que sea él quién te cuente la conversación.

—¿Cómo sabes de qué compañero estoy hablando? En ningún momento dije su nombre.

La cara de Lucas fue cambiando, como si estuviera buscando una excusa creíble para eso, y ahí supe que lo que me había contado Unai era cierto.

Independientemente de que Unai me creyera o no, sabía que Lucas jugaba a dos bandas, tenía dos caras, una de niño bueno, que era la que me mostraba a mí, y otra, que era la que revelaba su verdadera personalidad.

—Estoy cansada, llévame a casa.

—No pienso hacerlo hasta que no aclaremos esto.

—No tengo nada que aclarar, de verdad…

Con un gesto le pedí al camarero de la cervecería que me ayudara para llegar hasta un taxi, y no puso ningún impedimento para hacerlo.

—¡Mónica, esto no va a quedar así!

Me gritó Lucas desde la terraza, pero no le hice ningún caso, me subí al taxi con la ayuda del camarero y le di la dirección de mi casa. Por el camino, avisé a mi padre para que me estuviera esperando en la puerta.

Llegué y allí estaba él, que me ayudó a sentarme de nuevo en la silla, y me entró en casa. No me esperaba lo que me encontré allí, pues en la alfombra, jugando con mi madre, estaba Enzo, el hijo de Unai.

—¿Se puede saber qué es esto?

—Hija, un niño, que va a ser.

—Hasta ahí llego, fíjate, y te puedo decir hasta quién es su padre. Me refiero a qué está haciendo aquí.

Mi madre me contó que su padre había tenido que acudir a comisaría por el atropellamiento que sufrí, pero que no me podía decir nada más, que sería mejor que esperara a que volviera.

—De verdad que no entiendo qué pinta Unai en todo esto.

—Más de lo que piensas, pero no te puedo decir nada.

El tiempo no pasaba, y los minutos me parecieron horas. Después de casi una hora, como ya no aguantaba más, cogí el teléfono y llamé a Aitor. Estaba segura de que él sabría explicarme.

—Mónica, ahora mismo no puedo atenderte, te lo contamos todo cuando vayamos a recoger a Enzo.

—No me puedes dejar así, Aitor. Dime al menos, qué está pasando.

—Han identificado a la persona que te atropelló.

—Eso ya lo sé, pero, lo que no entiendo es por qué está Unai allí.

—Era Magda, la madre de Enzo.

Cortó la llamada, dejándome con el teléfono todavía puesto en la oreja y sin entender absolutamente nada.

Justo cuando volví en mí, cuando aterricé de nuevo en el salón, llamaron a la puerta de mi casa. Escuché a mi padre preguntar quién era, pero ya no escuché nada más.

—Voy a ver quién es…

Quise mover mi silla, pero no llegué muy lejos, pues en la puerta del salón estaba Magda, con una pistola en sus manos. Os juro que temí por la vida de mi padre, porque le hubiera hecho algo.

—Pero bueno… mira a quién tenemos aquí.

—Magda, no hagas ninguna tontería, por favor.

—La tontería la cometiste tú en el mismo momento que te fijaste en mi novio.

—No era tu novio, pero, de todas maneras, entre nosotros ya no hay nada.

—Siendo sincera, no te esperaba aquí, pero bueno, me viene de lujo, así podré matar dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pues mirando sus ojos, pude notar la locura, pude ver como estaba dispuesta a todo, sin importarle absolutamente nada.

—Me voy a llevar a mi hijo, y no me lo vais a impedir…

Enzo se había quedado dormidito en la falda de mi madre, mientras que jugaban y le contaba un cuento. No iba a permitir que se lo llevara, no al menos sin luchar, sin oponerle resistencia.

Ató las manos de mi madre a su espalda, sujetándola a un gancho de la chimenea, para que le fuera imposible moverse y, acto seguido, le propinó un golpe con la culata de la pistola, dejándola inconsciente.

—¡Mamá!

Grité, y quise levantarme para llegar hasta ella y comprobar que estuviera viva, pero las escayolas no me lo permitieron. ¡Maldita silla de ruedas!

Magda cogió al niño en brazos, pero, antes de salir por la puerta, se volvió hacia mí, con una sonrisa de lo más malvada en la cara.

—Lo siento, cariño, pero ya no te interpondrás más entre nosotros.

—Magda, por favor, piensa en tu hijo, no podrá disfrutar de su madre. Te perderás el verlo crecer…

—No, querida, eso te lo perderás tú. Nosotros volveremos a ser una familia en cuanto que tú desaparezcas.

De un manotazo tiró mi silla, dejándome tumbada en el suelo, sobre el brazo escayolado en el que sentí un dolor punzante que me dejó sin sentido.

No contenta con eso, me dio una patada en la pierna mala, y noté como se desplazaba la placa. Grité de dolor, y eso fue lo que más placer le produjo a ella.

—Pensé que lo había hecho muy mal contigo cuando te dejé con vida en el atropello, pero ahora veo que el destino me tenía algo mejor preparado para acabar contigo.

—Magda, por favor, yo no tengo nada que ver con lo que pasó entre ustedes.

No paraba de mirar al niño, pues no se había despertado todavía, pero no tardaría en hacerlo si su madre seguía hablando en ese tono y haciendo ruidos.

Ese fue mi último pensamiento, puesto que, tras poner al niño en su sillita de paseo y sacarlo de la habitación, se dedicó a darme patadas por todo el cuerpo.

En una de ellas, con la que me golpeó la cabeza, perdí el conocimiento. Todo se volvió negro en cuestión de segundos, pero no lo dejó ahí.

Como vio que abrí los ojos pocos minutos después, levantó su pistola y apuntó hacia mí, con esa sonrisa cínica que lucía.

—Quería darte el tiro de gracia cuando estuvieras consciente, así que he preferido esperar a que despertaras.

Y me disparó, dándome de lleno en el pecho. El dolor fue tan horroroso que cerré los ojos. En mi mente me despedí de todo el mundo, en especial de Unai y de mis padres, a los que pensaba que no volvería a ver.

No sé el tiempo que estuve así, pero, cuando pasó un buen rato de que se escuchara la puerta de entrada de la casa, cuando supe que ella ya no estaba allí, intenté llegar hasta el móvil, que se encontraba a pocos metros de mí.

Me arrastré, lloré y grité de dolor, pero lo conseguí. Le di a remarcar, y volví a llamar a Aitor, que tardó como cuatro tonos en coger la llamada. Lo tenía puesto en altavoz, pues no tenía fuerzas para llevármelo al oído.

—Mónica, estamos terminando y vamos para allá.

—Llama… ambulancia… aquí…

Escuchaba como Aitor me llamaba, pero ya no tenía fuerzas para responder, me estaba faltando el aire, y por eso me rendí, cerré los ojos y que fuera lo más rápido posible.

Pasado un rato, escuché las sirenas por mi calle. El problema, que la puerta estaba cerrada y no podía ir a abrirla. No sabía si tardarían más por ese motivo, pero nada de eso.

De una fuerte patada, la puerta cedió, y escuché como Aitor llamaba a mi padre. Dos lágrimas me caían por las mejillas, pues pensé que también lo había matado a él.

Ni dos segundos después, escuché la voz de Unai, completamente preocupado y compungido. Buscaba a su hijo, sin encontrarlo, mientras que yo yacía detrás del sofá, pues hasta ahí había llegado para coger el teléfono.

—Vamos, Mónica, despierta —me decía, pero no podía articular palabra.

—Unai, deja que los sanitarios la atiendan, vamos a ver como siguen Jorge y Marina —le dijo Aitor.

Noté como varios de mis compañeros se afanaban por parar la hemorragia, hasta que dijeron que allí no podían hacer nada más, que necesitaban trasladarme al hospital, donde tenía que ser intervenida urgentemente.

Todo se volvió negro para mí, de nuevo había perdido la conciencia, puesto que no escuchaba nada de nada. Yo tan solo pensaba en que me iba y no iba a poder decirles quién había sido.

Me desperté de nuevo en el hospital, cuando mi compañero el neumólogo decía que había perforación en el pulmón, que me llevaran inmediatamente a quirófano.

Mientras que no tenía conciencia, pensaba en el maldito viaje. Si no hubiera ido en ese avión, si no hubiera conocido a Unai, nada de esto habría sucedido, y podría haber seguido con mi vida con normalidad.

¿Me arrepentía de eso? ¿Borraría el momento en el que conocí a Unai si pudiera? Pues, siendo sincera conmigo misma, no lo sabía, no estaba segura de hacerlo si pudiera.

Los momentos que había vivido con él habían sido tan bonitos, pero también tan dolorosos, que no sabía con qué quedarme de todo por lo que habíamos pasado.

Una vez entré en quirófano, ya no escuché nada más. Lo único que recuerdo fueron las palabras del cirujano, diciendo que me perdían.

Después de eso, me sumí en un sueño del que me costaba despertar, pero en el que escuchaba a todos los que venían a visitarme.

Escuchaba como mi madre lloraba y me decía que no me rindiera, que tenía mucha vida por delante. También como mi padre me tomaba de la mano y me decía que yo era fuerte.

Otro al que escuché llorar fue a Unai, pero tan solo vino a verme una sola vez. Quería abrir los ojos y preguntarle si habían encontrado al niño, si la habían atrapado a ella, pero no podía.

Mi mente iba, inconscientemente, de una cosa a otra. Había momentos en los que me sumía en una paz y una tranquilidad absoluta, en los que me veía en un prado verde con un cielo azul y rodeado de personas que no conocía.

Por otro lado, había veces en los que volvía a la habitación y escuchaba todo a mi alrededor. En esos casos, el dolor me embargaba de nuevo. Pero no era un dolor físico, de ese tipo no sentía nada, sino un dolor en el alma, como si quisiera reconfortar a todos y no pudiera.

Capítulo 28

Unai

Cuando Aitor recibió la segunda llamada, todavía estábamos intentando dar con el paradero de Magda, por eso salió del despacho para atenderla.

Al entrar, de manera apresurada y nervioso, supe que lo que iba a decir no me iba a resultar indiferente, y que me afectaría muchísimo.

—Ha estado en casa de Mónica, pide una ambulancia. Vayámonos para allá lo antes posible.

—Coordino con mis compañeros y salimos de inmediato.

Recé durante todo el camino para que todavía estuviera allí, y, sobre todo, para que no hubiera hecho una locura.

Llamamos al timbre, pero no nos abrió nadie. Cuando miré por la ventana del salón, pude ver a Martina atada y sujeta a la chimenea. De los demás no había ni rastro.

—Vamos a tirar la puerta —dijo uno de los policías, que había comprobado lo mismo que yo.

Cuando logramos abrir la puerta, después de unos minutos, nos encontramos a Jorge en el suelo, inconsciente y con una herida en la cabeza, que podía corresponder claramente con un golpe intencionado.

Nos internamos en el salón, y ahí todavía la cosa fue peor, pues no solo estaba Martina, sino que también lo estaba Mónica, con un disparo en el pecho.

Me costó muchísimo apartarme de ella, pues, de nuevo, el sentimiento de culpa se alojó en mi pecho.

¿Por qué el destino me lo estaba poniendo tan difícil? Ya había cargado con una muerte a mis espaldas, una que no fue real, y ahora me enfrentaba a esto. Si a Mónica le ocurría algo, no me lo iba a perdonar en la vida.

Nuestros compañeros sanitarios se encargaron de atenderla y, en cuanto que la tuvieron estabilizada, de modo que no corriera peligro su vida durante el traslado, se la llevaron para el hospital.

Ingresó muy grave, y fue directa a quirófano, pues no solo había sido el disparo, sino la paliza previa.

—La operación ha salido bien, ahora tan solo queda esperar a ver como reaccionaba de los golpes, que no fueron pocos.

—Gracias, compañero.

De mi hijo no teníamos noticias, tan solo la certeza de que se lo había llevado ella, su madre, y no sabíamos con qué nombre se podía estar moviendo, puesto que con el suyo no podría, ya que estaba declarado su fallecimiento.

Tan solo fui un día a visitar a Mónica, no me podía poner delante de ella sin que se me cayera la cara de vergüenza. Si abría los ojos y me encontraba allí, no sabría que decirle.

Dos semanas habían pasado ya desde ese día, y seguíamos sin tener noticias de mi hijo. Un nudo de pena me ahogaba a diario, cuando tenía que tratar a los pequeños, como él.

Estaba terminando unos informes, cuando llamaron a mi puerta. Di paso, como hacía habitualmente, y entraron Ana y Aitor.

—¿Cómo estás? —me preguntó mi amigo.

—Estoy, que ya es bastante.

—Pienso que deberías cogerte una baja, ya te lo he dicho muchas veces —me habló Ana.

—Y mi respuesta sigue siendo la misma, que aquí estoy entretenido.

Me estaba quedando a dormir en casa de Aitor, pues no podía entrar en mi casa y ver las cosas de mi hijo, tal y como las dejamos aquella tarde.

Ver su camita vacía, sus juguetes regados por la habitación… todo eso tan solo me traía más dolor.

Aitor notó que quería comentarle algo, por eso se entretuvo un rato en mi despacho, hasta que Ana se dio por vencida, y se marchó.

—Si luego quieres tomar algo a la salida, envíame un mensaje y dejo a Salma un ratito más en la guardería.

Esas fueron las palabras de Ana al salir, pero sabía, positivamente, que no lo haría, pues lo que menos me apetecía ahora era socializar con nadie, sobre todo sin saber la suerte que había sufrido mi hijo.

Aitor esperó un buen rato más, hasta que se decidió a preguntarme. Lo hizo desde la confianza y la tranquilidad que le daban tantos años de amistad.

—Suéltalo, dime eso mismo que estás pensando.

—Voy a ir a ver a mis padres. Si alguien puede saber dónde está Enzo, son ellos.

—Sabes que no te lo dirán. Siempre han estado de su parte.

—Lo sé, pero no quiero que quede sobre mi conciencia que no hice nada.

—¿Cuándo pretendes marcharte?

—Mañana mismo. Tengo varios días libres por la cantidad de horas extras acumuladas.

—Dame una hora, voy a hablar con el director.

Salió de mi despacho, dejándome allí dentro, con la pena de no saber nada de mi hijo y la decepción de no haber subido a ver a Mónica, que seguía igual, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Fueron tres intervenciones más las que tuvieron que practicarle, dos de ellas en la pierna, que no sabía como quedaría. De momento, lo haría como un mapa de ríos, llena de cicatrices.

A los veinte minutos, apareció de nuevo Aitor por mi despacho, y venía con una sonrisa en la cara.

—Tengo dos noticias, y las dos son buenas.

—Empieza por la que me afecte a mí directamente, por favor.

—Las dos lo hacen.

—Bueno, pues entonces empieza por donde te dé la gana.

—Mónica ha despertado y me voy contigo a San Sebastián.

Respiré tranquilo con la primera de sus respuestas, no podía evitarlo, era como si me hubieran quitado una mochila de piedras de encima.

Me entraron ganas de llorar, pero me tragué mis lágrimas, no quería que mi amigo se diera cuenta de lo que me estaba ocurriendo, y casi lo logré.

Digo casi porque la cara de Aitor me decía que no me lo creía ni yo, que podía hacer todo el paripé que quisiera, pero que no se lo tragaba.

—¿Vas a subir a verla?

—Ahora mismo no puedo, te lo prometo. Además, seguro que está Lucas con ella, al fin y al cabo, están juntos.

—¿En serio vas a seguir con esa cantinela?

—Es que es cierto, no me hizo falta más que verla en el centro comercial junto a él.

—Igual que ella te vio a ti con Ana. Bueno, no, porque Mónica sí que te vio besándote con tu amiguita, y tú no la viste a ella.

Con esas palabras me dejó fuera de juego, y no tuve opción de rebatirle nada, pues lo que me dijo era toda la verdad.

—¿Cómo es eso de que te vienes a San Sebastián conmigo?

Cambié de tema radicalmente, ya que el anterior no me interesaba que siguiera en el candelero, al menos, por el momento.

—He pedido varios días libres, y me los han dado, al igual que a ti, porque tus horas extras han decidido guardarlas para cuando aparezca Enzo.

—¿Te ha dicho eso el director?

—Con esas mismas palabras.

—Entonces… ¿qué te parece si nos vamos en cuanto salgamos de aquí?

—No pienso coger el coche tantas horas después de estar aquí otras tantas, y tampoco voy a permitir que tú lo hagas.

Mi amigo entró en el móvil y se puso a buscar billetes de tren. Eran muchas horas al volante y nos podríamos quedar dormidos del cansancio acumulado, sobre todo yo, que no había dormido más de un par de horas o tres desde que Enzo desapareció.

—Aquí esta. Venga, que nuestro tren sale dentro de un par de horas.

—Tenemos el tiempo justo de preparar una pequeña maleta.

Cerré mi despacho con llave y fuimos en el coche de Aitor hasta su casa. La tarde que desapareció mi hijo fue la última en la que entré, no quería enfrentarme a la soledad de sus paredes.

Por eso, tenía la mayoría de mi ropa allí, en su casa. Eso sí, me tendría que prestar una maleta para guardarla, pues no volvería a coger una.

Preparamos las maletas y llamamos un taxi que nos llevara hasta la estación. Ninguno de los dos queríamos coger el coche y tener que dejarlo allí.

Llegamos con tiempo, por lo que nos compramos un par de bocadillos y refrescos para comer durante el trayecto a San Sebastián, ya que tan solo nos habíamos tomado un café con una tostada.

Buscamos nuestros asientos, y cuando estábamos a punto de salir, ya que el tren estaba transitando ya por las vías, mi teléfono sonó.

—Dime, Ana. ¿En qué puedo ayudarte?

—Unai, no entiendo como no estás en casa de Aitor. Te dije que pasaría por aquí para verte cuando saliera de mi turno.

—No me dijiste nada, o te hubiera contestado que te ahorraras el viaje, porque no estaríamos ninguno de los dos.

—Te envié un mensaje hace un buen rato, pero da igual, dime dónde estáis y me acerco, he dejado a la niña con una amiga.

—Pues no va a ser posible, hemos salido de viaje y nos ausentaremos durante unos días.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Por qué yo no sabía nada?

—Simplemente porque no tenías que saberlo. Y ahora, si me disculpas, no tengo ganas ni de hablar ni de discutir contigo.

Corté la llamada y volví a meter el móvil en mi bolsillo.

Capítulo 29

Unai

Todavía conservaba mi casa en San Sebastián, no quise venderla ni alquilarla, y le pagaba a una chica para que fuera una vez a la semana a airearla y limpiar, para que no se fuera acumulando el polvo.

Por eso, no tuvimos necesidad de buscar alojamiento. Llegamos a eso de las siete de la tarde, todavía tenía tiempo de visitar a mi madre.

Me di una ducha y me cambié de ropa, dispuesto a pedir un taxi para que me llevara hasta la casa en la que vivían mis padres.

Los iba a coger desprevenidos, puesto que ellos ni sabían que estaba en mi ciudad ni, mucho menos, que fuera a ir a visitarlos. Esperaba que, con eso, no les hubiera dado tiempo a montar una excusa o marcharse para no tener que darme la cara.

Llegué hasta su casa y llamé al timbre. Me temblaban las piernas mientras esperaba a que me abrieran la puerta.

—Buenas tardes, mamá.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—A mí me agrada tanto como a ti, pero tengo que hablar contigo.

Mi madre, aunque a regañadientes, se echó a un lado de la puerta y me dejó pasar. Todo seguía igual que antes, pero hubo una cosa que me llamó mucho la atención, había un juguete de mi hijo encima de la mesa.

No quise preguntar nada, por si ella me daba una explicación o lo evitaba, sabiendo que eso no debería estar allí, y pensando que yo no lo había visto, que no me había dado cuenta.

—¿Me vas a decir ya que has venido a hacer aquí?

—Estoy buscando a mi hijo.

—¿Lo has perdido?

El tono de mi madre me hizo saber que ella sabía dónde estaba mi hijo y, lo peor, que era consciente de que Magda seguía con vida.

Una abuela a la que se le dice que su nieto está desaparecido, no pregunta eso, y mucho menos de la manera tan burlesca en la que lo hizo ella. Eso me enfureció, pero decidí calmarme, o sería mucho peor.

—¿Dónde está mi hijo, mamá?

—Eso deberías saberlo tú. Si no te hubieras empeñado en quitarle el niño a sus abuelos, no estarías lamentándote ahora.

—Mamá, no sé si eres consciente de todo lo que hay detrás, de que, si no hablas ahora, podrás tener problemas legales…

—Aquí, el único problema has sido tú, deja a tu madre y sal ahora mismo de mi casa —dijo mi padre, que acababa de entrar al salón.

—Pienso decirle a la policía que vosotros tenéis algo que ver, y no pararé hasta que mi hijo vuelva a casa y ustedes terminéis en la cárcel.

Mi padre me cogió por la pechera y me sacó de su casa a la fuerza. No me pensaba mover de la calle en la que vivían, y así, evitar que pudieran salir de ahí.

Cogí el móvil y llamé a Aitor, que ya había puesto sobre aviso al policía que llevaba el caso antes de salir hacia San Sebastián.

—Llama a la policía, mis padres saben algo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Estoy en la calle, vigilándolos, pero no me podré quedar mucho más tiempo. Además, si salen de aquí, no podré seguirlos.

—Dame diez minutos y estoy ahí con un coche.

Efectivamente, poco más de diez minutos después, un coche llegaba hasta la urbanización en la que vivían mis padres, y era él, mi amigo, el hermano que nunca tuve.

No venía solo, sino que lo hizo con el mismo policía que llevaba el caso y al que no le había dado tiempo de llegar desde allí, a menos que no tuviera el don de la transportación.

—No me mires así, viajaba con nosotros, solo que en otro vagón.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Si te refieres a porqué venía en otro vagón, no quería que me relacionaran con vosotros. Si lo que preguntas es porqué he viajado hasta aquí, lo hice porque algo me decía que podíamos encontrar al niño.

Le conté todo lo que había visto en el interior de la casa de mis padres, así como el tono de burla que había empleado mi madre con respecto a mi situación.

Dos horas permanecimos allí, un poco más alejados de la puerta de su casa hasta obtener algo, pues mis padres salieron con su coche.

Ellos no conocían esta marca ni modelo, así que no lo pudieron asociar conmigo, que, en cuanto que vi que la puerta se estaba abriendo, me agaché en el asiento trasero, al igual que Aitor, al que también conocían.

Los dejamos pasar y cuando ya iban lo suficientemente lejos como para que no nos vieran, Pablo, el policía, arrancó el coche y se puso a seguirlos.

Transcurrieron muchos kilómetros hasta que los vimos coger un desvío. Esa carretera no llevaba más que a una zona deshabitada, donde tan solo había una vieja cabaña en la que dormían los pastores antiguamente.

—No me gusta nada a donde se dirigen.

—Ni a mí.

Aitor y yo conocíamos a la perfección esa cabaña, pues habían sido muchas veces las que nos habíamos refugiado allí cuando nos sorprendía una tormenta, y ambos sabíamos que no contaba con las condiciones adecuadas.

—¿Me podéis explicar eso qué estáis hablando? —preguntó Pablo, oyéndonos hablar.

Aitor empezó explicándole lo que nos íbamos a encontrar, y que, si era cierto que Magda estaba allí con el niño, no cumplía con un mínimo de salubridad para que Enzo estuviera bien.

La sangre me hervía cuando vimos el coche de mi padre allí aparcado, junto a otro de alta gama que no cuadraba para nada en la zona.

—Quedaos aquí, por favor. Dejadme que yo eche un vistazo.

—Eso no te lo has creído ni tú. Si mi hijo está ahí dentro, no pararé hasta que no esté conmigo.

No hubo manera de convencerme, entre otras cosas porque me bajé del coche antes que él.

Nos acercamos a las ventanas, agachados, para evitar que nos viera alguien desde dentro, y estuvimos muy atentos a la conversación.

—Unai está aquí, debes tener cuidado —le dijo mi madre.

—Jamás me encontrará, ni a mí, ni al niño.

—No deberías tentar a la suerte, coge al niño y marchaos ya del país —esta vez fue mi padre el que habló.

—Todavía no puedo, tengo que esperar a que pase todo el tema de la guerra y, entonces, mi marido enviará a alguien a buscarme.

—Eso podrá llevar meses —dijo mi madre, horrorizada porque yo pudiera encontrarlos.

—Lo sé, pero estad tranquilos. Nadie sabe que yo le puse mi pulsera a esa chica, ni que ahora estoy casada con un jeque, por lo que, ni mi nombre ni mi apellido es el mismo.

Si por mi hubiera sido, habría entrado ahora mismo y les hubiera partido la cara a los tres. Sé que podréis pensar que soy un tipo violento, pero para nada lo soy.

Tan solo quiero que os pongáis en mi lugar. ¿Qué haríais vosotros si os hubieran arrebatado a vuestro hijo para criarlo según unas costumbres que no son las vuestras?

Pues eso mismo pensaba hacer yo, no permitirlo de ninguna de las maneras. Ojo, no tengo nada en contra de las costumbres de otros lugares, simplemente no eran las mías.

Mi hijo tenía que crecer a mi lado, feliz y fuerte, y eso era lo único que me importaba, el poder recuperarlo.

—Le hemos traído un regalito. ¿Dónde está? —preguntó mi madre.

—En el hotel. Como comprenderéis, no podía arriesgarme a sacarlo y que me pillaran.

—Claro, claro, lo primero es la seguridad del niño. Dale un beso muy fuerte y dile que, sus abuelos, lo quieren más que a nadie en el mundo.

Mis padres se despidieron de ella, pero, cuando estaban a punto de salir, entramos nosotros. Pablo ya había llamado para pedir refuerzos, que no tardarían en llegar.

—Pero bueno, dice el refrán que, reunión de pastores, ovejas muertas —les dije, nada más abrir la puerta.

No se esperaban mi presencia allí, y Magda se puso como las locas, dando gritos y culpando a mis padres por mi presencia.

—¡Nunca debí salir del hotel! ¡Me habéis engañado!

—Hija, nosotros no sabíamos que nos seguían, no vimos su coche ni a él por ningún lado —dijo mi padre, intentando disculparse.

—Seguro que estáis todos compinchados para quitarme a mi hijo y quedarse con él.

—¿Cómo puedes decir eso? Nosotros somos los únicos que te hemos ayudado, si incluso te dijimos donde podías buscarlos —le respondió mi madre.

—Es cierto, si no llega a ser por esa muchacha, la hija de los Gomila, jamás hubiéramos sabido nada de ellos —dijo mi madre, sin saber que estaba metiendo la pata.

—¿De qué conocéis a Ana y qué tiene que ver ella en todo esto?

—Es la hija de unos primos de tu padre, y a la que recurrimos para que se acercara a ti en cuanto que supimos que trabajaba en el mismo hospital que tú.

—Ella nos ha estado enviando fotos del niño durante este tiempo, para que viéramos como estaba creciendo, y que nosotros utilizamos para conocer sus rutinas y poner en antecedentes a su madre —dijo mi madre, como si estuviera hablando de una receta de cocina en vez de su propio nieto.

—¿Sabéis que esta mujer ha intentado matar a una chica dos veces?

—Y la pena es que no lo consiguiera, porque nos hubiera ahorrado muchos disgustos —contestó mi padre.

Ellos no sabían que estaban hablando delante de testigos, puesto que Pablo y Aitor se quedaron fuera hasta que llegara el resto de la policía.

Si seguían así, nos iban a dar el caso ya montado, porque mi padre seguía hablando como si nada fuera con ellos, como si estuviera contando el argumento de una película.

—¿No se te habrá ocurrido llamar a la policía? ¿Cómo has podido hacerle esto a tus propios padres? —me dijo mi madre, como si el culpable hubiera sido yo.

—Y no he llamado al FBI porque les coge demasiado lejos y no llegarían a tiempo.

—Deja el sarcasmo, malagradecido —dijo mi padre.

—Si aquí hay alguien que corresponda con esa descripción, te aseguro que no soy yo.

Me aparté de la puerta, dejando entrar a la policía, que los detuvo a los tres de inmediato. Ver la sonrisa que tenía Magda en la cara me hizo saber que no diría tan fácilmente donde estaba el niño.

—Señorita Fuentes… ¿dónde se encuentra su hijo? —preguntó la policía.

—Pues, fíjese que no me acuerdo el nombre del hotel. Además, no soy la señorita Fuentes, sino la señora Farih.

—Está bien, señora Farih, si no colabora, puede ser peor para usted.

—¿Piensa que mi marido va a dejar que me pudra en la cárcel? En cuanto que esto llegue a sus oídos, mandará al mejor equipo de abogados del país.

—Y que te servirán de bien poco como no me digas dónde está el niño.

—¿Me estás amenazando, Unai?

—Te estoy advirtiendo, que no es lo mismo.

Decidieron que se llevarían a los tres a comisaria, mientras pasarían una alerta a todos los hoteles de la zona, con una foto del niño, por si lo veían o lo habían visto, que se pusieran en contacto con la policía a la mayor urgencia posible.

Como estáis imaginando, nosotros también nos fuimos para allá. No podría estar presente en el interrogatorio, pero al menos, si decía dónde estaba, podría salir corriendo a buscar a Enzo.

Tres horas llevábamos allí, y me sentía como un león enjaulado. Si me la dejan a mí, canta hasta la Traviata, pero no tuve esa suerte.

—Unai, entra a la sala de interrogatorios, pero no te hagas ilusiones, que lo verás detrás del cristal.

—¿Y de qué me sirve a mí eso?

—Queremos que interpretes sus gestos, que busques algo que nos pueda ayudar a encontrar al niño.

Capítulo 30

Unai

No me preguntéis el por qué, porque ni yo mismo sabría explicarlo, pero fue como cuando se tiene una revelación. Lo vi tan claro de momento, que me salió hasta una risa.

—¿De qué te ríes?

—De que ya sé dónde está mi hijo, y no es en ningún hotel de la zona.

—¿Entonces?

—Pablo, está en la casa de verano de sus padres, a los que todos llamábamos "El Hotel".

—Joder, es verdad, se me había olvidado por completo —dijo Aitor, con una sonrisa.

—¿Podrías llevarnos hasta allí?

—Por supuesto, hasta con los ojos cerrados. Eso sí, no dejen que llame a nadie todavía, o podía avisar a quién esté cuidando del niño.

—¿Y si lo ha dejado solo?

—No puede, o al menos espero que no haya podido.

Durante el trayecto en coche le estuve contando como era la propiedad en sí misma, que tenía varias alturas y habitaciones dispuestas en todas ellas, y era por eso por lo que la llamábamos así, de esa manera.

Con nosotros, en otro coche, venía una psicóloga y un médico, que no hacía falta, puesto que yo era pediatra y Aitor cardiólogo, para revisar al niño si es que se encontraba allí.

—Es el protocolo, Unai, no te pongas a la defensiva.

—No es a la defensiva, Pablo, es que no veo la necesidad de que haya más gente extraña a su alrededor.

La propiedad estaba como a una hora de dónde estábamos nosotros, por lo que el camino se hizo largo, mucho más cuando debíamos conducir por carreteras secundarias.

Llegamos a pocos metros de donde estaba situada, pero desde dónde podíamos verla por completo.

—Será mejor que vaya yo solo, les diré que me envía Magda a recoger al niño.

—Si mi hijo no me ve allí, se va a poner a llorar en cuanto que te vea.

—Si eres tú el que vas, lo echarás todo a perder, porque sabrán que es todo mentira.

—Está bien, tú mandas.

Pablo se bajó del coche y les pidió a sus compañeros que nos acogieran en el suyo hasta que volviera.

No podía llegar hasta allí caminando, pues se darían cuenta de que todo era una farsa, así como tampoco podía llegar en un coche con matrícula policial, por muy lejos que estuviera su estética con un coche patrulla.

Me moría de los nervios por ver a mi hijo, pero, tras casi una hora esperando, por fin vi aparecer a Pablo con mi niño en sus brazos.

Me derrumbé, los nervios que me habían mantenido a flote durante tanto tiempo me hicieron que cayera de rodillas en el suelo, sin poder remediarlo.

—Tranquilo, Unai, que ya lo tienes aquí —me dijo Pablo, tendiéndome a mi hijo.

Enzo venía dormidito, pero en el surco de sus ojos se podía ver que había sido porque había caído rendido por el llanto. A saber, el tiempo que llevaba allí tan solo con el personal de la casa.

Cuando me hube recompuesto un poco, le pregunté a Pablo como se había dado todo, y no dudó un segundo en contármelo.

—Antes de llegar, se me ocurrió una idea…

Me contó que llamó a su compañera de la comisaría de San Sebastián, y que le pidió que cogiera el teléfono de Magda, que continuaba encendido.

—Tenía la impresión de que, quien tuviera al niño, llamaría al teléfono de Magda para saber si era cierto lo que yo le decía.

Su compañera, en cuanto que recibió la llamada, se hizo pasar por ella y autorizó su entrega. Después de eso, también fueron detenidos, pero una vez que el niño estaba a salvo de todo y de todos.

Emprendimos el camino de vuelta, por fin esta noche podría dormir tranquilamente, con mi hijo a mi lado, porque no me pensaba separar de él nunca más.

Cuando mi hijo se despertó y vio que estaba entre mis brazos, se abrazó a mí y lloramos juntos. Le prometí que no permitiría que nadie nos volviera a separar, jamás en la vida.

Como si me entendiera, me dio un beso en la mejilla que me supo a gloria, y al que correspondí con mil besos más de los que él me había dado.

Pablo nos dejó en mi casa, donde permaneceríamos hasta que todo se hubiera resuelto. Cuando su madre hubiera contado todo lo que necesitábamos saber, volvería a nuestra nueva vida.

Otra cosa que tenía clara es que no quería volver a tener ningún contacto con Ana, que resultó ser una espía de mis padres. No es que tuviera ninguna culpa de lo que había hecho mi madre con su información, pero me daba exactamente lo mismo.

Si lo que pretendía era ganarse su confianza y su cariño para acceder a mí, lo llevaba claro, porque mis padres tan solo actuaban en su propio beneficio.

La mañana empezó mejor de lo que esperaba, puesto que tuve la visita de Pablo, que traía buenas noticias.

—Por fin lo ha confesado todo, y lo ha hecho cuando se ha dado cuenta de que su matrimonio no tiene validez y su "marido" no ha actuado como ella esperaba.

—¿En serio? Necesito saberlo todo.

Me contó que conoció a ese supuesto jeque durante su viaje a las Maldivas, y que la cautivó por lo que le podía ofrecer. Lo único que le dijo es que no podía ser con una española y que tuviera un hijo, que sus padres no la aceptarían.

Cuando sucedió todo aquello del derrumbe del centro comercial, vio la oportunidad perfecta. Le quitó la documentación a esa chica que yacía muerta y le puso su pulsera.

—Sabía que tú serías la persona que irías a reconocer su cuerpo.

—Y que me fijaría en la pulsera. Es demasiado lista…

—Efectivamente, pero le salió el tiro por la culata.

Me contó que, cuando ocurrió eso, el supuesto jeque la llevó con él, y le cambió la identidad por la de la chica fallecida, hasta que se dio cuenta de que sus padres no aceptarían eso.

—Entonces, fue cuando le propuso matrimonio.

—Pues sí, pero sin terminar de gestionar todo.

Pablo me explicó que fue una ceremonia sencilla, con dos testigos y la persona que celebró el enlace. Esa documentación jamás se llevó hasta el organismo que tenía que validarlo, por lo cual, no existía ese matrimonio.

Ella le dijo que quería vengarse de ti, y que lo mejor era quitarte al niño y llevarlo hasta Dubái, pero a él no le agradaba mucho esa idea.

Al final, quedaron en que ella vendría a España a por el niño, y se mantendría aquí hasta que terminara la guerra, que sería cuando él enviara un avión a recogerla.

Cuando estuvieran allí, dirían que era un sobrino de ella que se había quedado huérfano y que estaba bajo su cuidado y tutela.

En el momento en el que había visto su nombre envuelto en la polémica de varios delitos, se ha desentendido, diciendo que él no está casado con esa mujer, y dejándola con el culo al aire.

Con respecto a mis padres, ellos admitieron que la habían ayudado porque pensaba que el niño debía estar con su madre, independientemente de que esta fuera una delincuente, como había quedado demostrado.

—Ellos ya han pasado a disposición judicial, por lo que puedes volver a tu vida. Te avisarán cuando sea el juicio, pero desde ya te digo que va a tardar.

—Gracias, Pablo, no sé qué hubiera hecho sin que tú me hubieras ayudado.

Nos dimos un abrazo y él abandonó la casa, dispuesto a terminar toda la documentación que requería para cerrar el caso y volver a su casa, donde lo estaba esperando su familia.

No tenía por qué venir hasta aquí, pero quiso supervisar todo de primera mano. Su lema era que, "el ojo del amo engorda al caballo". Vamos, que no confiaba en que se hicieran las cosas tal y como a él le gustaba que se hicieran.

Esa misma tarde buscamos los billetes para volver a casa. Mi hijo tenía algunas pesadillas por las noches, por lo que tenía claro que pediría una excedencia hasta que el niño se encontrara bien y olvidara todo lo que había pasado.

—¿Tienes todo listo?

—Absolutamente, nos podemos marchar cuando te dé la gana.

—Pues, cuanto antes, mejor.

Cerré la casa de nuevo, y nos dirigimos en un taxi hasta la estación. Tenía unas ganas enormes de salir de allí.

Ya no la sentía como mi casa y, por eso, no dudé en hacer lo que iba a hacer, que no era otra cosa que poner la casa en venta. No quería volver jamás, al menos hasta que no se me olvidara todo lo malo que me había sucedido allí.

Mi hijo se quedó dormido viendo dibujos animados en el tren, no era muy partidario de las pantallas, pero de alguna manera tenía que entretenerlo hasta que llegáramos a nuestra estación.

Llevaba lápices con los que dibujamos, un puzle y un cuento que le encantaba y con los que pretendía que el niño no se aburriera durante el trayecto.

Capítulo 31

Esa mañana sentí la necesidad de esforzarme para abrir los ojos, y, aunque tan solo durante unos segundos, conseguí hacerlo.

Estaba sola en una habitación, y rodeada de máquinas. Me asusté al no poder mover la pierna, y eso hizo que la máquina pitara de manera continua, por lo que entró una enfermera de inmediato.

—Pero si se ha despertado la bella durmiente.

Quise pedir agua, pero no me salían las palabras. Lo máximo que conseguí hacer fue mover los labios, pero lo suficiente como para que mi compañera me sonriera.

—Dame un minuto que llame al neurólogo y enseguida vuelvo.

No me gustaba quedarme sola, me daba un miedo atroz a que esa mujer pudiera volver. Estaba deseando de que me quitaran todo y me subieran a planta, donde podría recibir visitas.

Al poco tiempo, la estancia en la que estaba se llenó de gente, de médicos y enfermeros que me miraban con alegría, y que empezaron a desconectarme de todas las máquinas.

Quería que me quitaran el respirador, pues no lo veía necesario y necesitaba beber agua. Eso, precisamente, fue lo último que me quitaron. Cuando lo hicieron, respiré tranquila.

Cogí una fuerte bocanada de aire ante la sonrisa de otro de mis compañeros, que me acercó una botella de agua con una cañita para que fuera bebiendo poco a poco.

—Sin prisas, sorbos pequeños, por favor.

Asentí con la cabeza, pues todavía tenía la boca seca como para hablar claramente.

—Cuéntame, Mónica. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión.

Mis compañeros empezaron a reír, pues, según ellos, volvía a ser la misma de antes. No era así, pero los dejaría que siguieran pensando lo mismo.

Como me sentía realmente tan solo lo sabía yo, y así seguiría siendo, puesto que no quería que mis padres lo pasaran mal. Me lo tragaría yo sola, e intentaría salir de esto como mejor pudiera.

Después de hacerme una serie de pruebas y comprobar que no quedaban secuelas de los golpes que me propinó esa mujer en la cabeza, y de ver que mi capacidad pulmonar volvería a ser la misma, decidieron que me pasarían a planta.

Avisaron a mi familia, que no tardaron ni veinte minutos en llegar. Cuando ellos estuvieron allí, fue el momento en el que me subieron a mi habitación.

Mi madre lloraba y me decía que pensaba que no lo iba a superar, mientras que mi padre decía que era una luchadora y una guerrera.

—Soy una mujer normal, papá, no una superheroína.

—No hija, no te infravalores.

Me contaron que los médicos les habían dicho que no entendían como seguía con vida, pues la paliza a la que me sometieron era para haberme dejado en el sitio.

No solo fue el balazo que recibí lo más complicado, que eso, después de una intervención, estaba ya solucionado.

Las complicaciones surgieron con el desplazamiento de la placa que me habían puesto en la pierna, y que necesitó de mucho más para que volviera a estar en su lugar.

Me habían tenido que extirpar el bazo, pues había quedado muy dañado después de recibir una de las patadas que me propinó.

En definitiva, que estaba hecha un asco, principalmente en lo que al plano psicológico se refería.

Todavía me quedaba enfrentarme a lo peor, que no era otra cosa que el momento en el que tuviera que volver a mi casa y entrar en el lugar donde ocurrió todo.

Pensar en eso me hacía estremecer de miedo y mi madre lo notó. No me dijo nada directamente, pero sí que cogió mi mano en señal de apoyo.

El que sí lo hizo fue mi padre, que no se pensó el ofrecerme vender la casa e irnos a otro lugar. No descartaba la opción, pero me dolía tener que dejar atrás el lugar en el que crecí.

—No creo que haga falta, papá. Me pondré en las manos adecuadas para poder superarlo.

Justo estábamos en medio de la conversación, cuando llamaron a la puerta, y vi como entraba Lucas con Ana, y vi demasiada complicidad entre ellos.

No eran celos, ni mucho menos, porque no sentía ni sentiría nada por Lucas, mucho menos después de aquello.

Él se pensó que no recordaría nada de lo que pasó en aquella terraza, pero se llevó un chasco de cuidado. No lo quería cerca y le pedía al cielo que, después de mi recuperación, pudiera volver a neonatos o pediatría.

—¿Te han dicho ya las condiciones en las que estaba tu pierna al llegar? —me preguntó Ana.

—Sí, y pondré todo de mi parte para que la recuperación sea completa.

—No quiero ser aguafiestas, ni mucho menos quitarte la ilusión, pero no te puedo asegurar que vuelvas a andar sin necesitar un punto de apoyo.

Me dijo eso con una sonrisa en los labios, como si disfrutara al decirme eso, hasta que se dio cuenta de que lo estaba haciendo y cambió el tono.

—Te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para que puedas volver a la normalidad, Mónica.

Lucas la miró de reojo y supe que no haría una mierda por mí. Algo había ocurrido en estos días que me había mantenido dormida que, por cierto, no sabía cuántos habían sido.

—Eso espero, más que nada por tu reputación como doctora, que se podría ver afectada.

Mis padres nos miraban, alternando la mirada de uno a otro, como si no entendieran lo que estaba ocurriendo allí.

Los despedí alegando que tenía cosas que hablar en privado con mis padres y, en cuanto que me quedé a solas con ellos, les pedí que fueran a buscar al director de la clínica.

Antes de hacer lo que les pedí, mis padres me aclararon todas mis dudas, pues me moría por saber si habían encontrado al niño y habían detenido a su madre.

—Hija, de eso no sabemos nada todavía.

—Mamá, os hizo mucho daño cuando os atacó.

—No tanto como a ti, te lo podemos asegurar.

Me contaron que me había llevado tres semanas en coma, y que, cada día que pasaba sin que yo abriera los ojos, era una pesadilla y la muerte de un poquito de esperanza.

Mientras que mi madre y yo estábamos hablando, fue mi padre el que hizo lo que les pedí, volviendo con Rafael, el director, que no dudó en dejar todo lo que estaba haciendo para acudir a mi llamada.

—Mamá, papá, ¿nos podéis dejar a solas, por favor?

—Por supuesto, aprovecharemos para ir a tomarnos un café.

Mis padres salieron de la habitación y yo empecé a relatarle a Rafael todas mis dudas con respecto a Ana y a Lucas.

No me guardé nada, pues quería que se pusiera en mi lugar y me diera su opinión, y para que eso sucediera, tenía que tener todos los datos.

—No te preocupes, Mónica, que te cambiaré de traumatólogo y prohibiré que tengan acceso a tu historial.

—Quizás te parezca que es una tontería, pero la verdad es que no confío en ninguno de los dos.

—No es ninguna tontería, es tu salud y, si tienes cualquier problema, que sea porque realmente se presente, no porque te lo busque nadie.

Después de esto, cambiamos de tercio completamente, y nos pusimos a hablar de Andrés, aquel paciente que llevaba tanto tiempo ingresado.

—Por fin mañana le dan el alta, ya está completamente curado de su migraña.

—No sabes lo que me alegro de que sea así. Si pudiera, le daba un abrazo.

—No hace falta que lo digas, vuelvo en un ratito.

Rafael salió de la habitación, dejándome de nuevo con mis padres, que entraban en ese momento. Me vieron mucho mejor, como más tranquila, y eso los tranquilizó a ellos en la misma medida.

Después de un buen rato, la puerta de la habitación se volvió a abrir. Pensé que serían mis amigas, pero me equivoqué de todas, todas.

Era Rafael, que venía acompañado de Andrés y su madre, que, en cuanto que me vieron, vinieron a darme un abrazo.

Su madre lloraba, pero no sabía si de emoción o de ver el estado en el que me encontraba. Como no quería que eso se convirtiera en un funeral, decidí darle un toque de humor al asunto.

—Hija, sé que estoy mal, pero en cuanto que me dé una manita de pintura y pase por la peluquería, ya no asustaré al miedo.

—¿Qué dices? Estás preciosa hasta llena de moratones, como ahora.

No me había mirado en un espejo, pero, después de lo que me había dicho la madre de Andrés, entendí que tendría que tener la cara como un mapamundi, y solté una carcajada yo sola.

—Vamos, que tengo la cara peor que un cónclave en el Vaticano.

—¿Eso cómo es?

—Pues llena de cardenales.

Rafael soltó una carcajada y empezó a reírse como nunca en mi vida lo había visto u oído, y supe que el humor sería mi mejor arma para superar todo esto que me había ocurrido.

Capítulo 32

Aitor vino a verme como una semana después, y lo primero que hizo fue abrazarme, con las lágrimas saltadas por la emoción.

—Ya me extrañaba que no vinieras por aquí…

—No podía, estábamos fuera de la ciudad.

—¿Estábamos?

—Sí, Unai y yo.

No supe que decir ni como reaccionar, y él lo sabía, por lo que me dio mi tiempo y mi espacio para que preguntara todo lo que me generaba dudas de la situación.

—Veo no eres capaz de articular palabra, así que seré yo quién te lo cuente.

Se sentó junto a mi cama, donde antes había estado mi madre que, en cuanto lo vio entrar en mi habitación, y como intuía que estaría bastante tiempo, me dijo que iba a aprovechar para ir a ducharse y cambiarse de ropa.

Empezó a contarme que ya habían encontrado a Magda y, por consiguiente, al niño. Tras escuchar eso, una paz se apoderó de mi cuerpo, y empecé a llorar de tranquilidad, de saber que, de una vez por todas, todo había terminado.

Me explicó todos los detalles de la operación, así como lo que sucedió en Dubái, y la manera en la que había conseguido hacerse pasar por muerta.

—Chico, te estoy escuchando y parece el argumento de una película de las que echan los sábados por la tarde.

—Ni que lo digas.

—Gracias, por venir a visitarme, pero, sobre todo, por contarme todo lo que me tenía que haber contado tu amigo.

—No se lo tomes a mal, él está ahora mismo volcado en su hijo.

—Y lo entiendo, pero no pasaría nada porque perdiera cinco minutos en una llamada de teléfono o en un mensaje.

Aitor me miró de una manera que me dejaba claro que entendía mi postura, pero que siempre estaría del lado de su amigo, y me parecía perfecto porque, para mí, la lealtad en una amistad era lo primordial.

Los días en la clínica se fueron sucediendo unos tras otros. Lo que se esperaba que fuera una recuperación de, aproximadamente un par de meses tras el atropello, se convirtieron en una estimación de doce a quince meses.

Había llegado el gran día en el que, por fin, volvía a casa. Mi brazo ya estaba casi recuperado, y lo tenía sin escayola, no así la pierna, con la que me quedaba todavía mucho trabajo por delante.

—Bueno, mi querida Mónica. Te vuelvo a ver en un par de semanitas para ver cómo sigue esa pierna, si ha terminado de soldar y podemos empezar con la rehabilitación.

—Espero que sea así, o tendré esta escayola toda mi vida.

Por supuesto no había vuelto a ver a Ana ni a Lucas, a la primera porque la apartaron de mi expediente, al segundo, porque le pedí expresamente que no volviera más, que no quería saber nada de él.

Por un lado, tenía unas ganas enormes de salir de aquí, de volver a la tranquilidad de mi casa, pero, por otro, me moría de miedo de saber que me tendría que enfrentar a eso que me recordaría lo que pasó aquel día.

Mi padre me recogió con el coche, y me ayudó a subir a él. Mi pierna ya no necesitaba estar en alto, por lo que el traslado era más fácil, sobre todo porque también ayudaba el hecho de que ya podía utilizar mi mano.

Al llegar a casa me llevé una grata sorpresa, pues mis padres, viendo como me podía afectar volver a ver esa estancia en la que sucedió todo, le habían dado un cambio radical.

Habían hecho una reforma, actualizando la chimenea, cambiando muebles y decoración, haciendo que no pareciera el mismo salón.

—Mónica, quiero que te quede claro que, si en algún momento lo necesitas, la oferta de cambiar de casa todavía sigue en pie.

—Me niego, papá. No quiero que esa mujer tenga el poder de arrebatarme mi hogar y los recuerdos de mi niñez.

—Bueno, yo tan solo te digo que la opción sigue encima de la mesa.

Me ayudó a subir a mi buhardilla, pero en esta ocasión no estaba dispuesta a quedarme encerrada en ella, pensaba bajar en cuanto que me diera una ducha en condiciones.

Para eso ya no necesitaba la ayuda de mi madre, al tener mi brazo ya disponible. Lo hice con tranquilidad, y dejando la pierna por fuera para que no se mojara la escayola.

Cuando me sequé y me vestí, avisé a mi padre para que me ayudara a sentarme en el salvaescaleras, porque me apetecía sentarme un rato en el jardín.

Hacía tanto tiempo que no sentía los rayos del sol, que era lo que más anhelaba en estos momentos. Mi padre me ayudó a llegar hasta allí, donde se sentó junto a mí.

—He traído una jarra de limonada fresquita y un cuenco de patatas chips.

—Me has leído el pensamiento…

—Hija, quiero que seas completamente sincera conmigo, y que me cuentes cómo te sientes.

—¿En qué sentido me lo preguntas, papá?

—En cualquiera, quiero que me lo cuentes todo. Sabes que siempre has podido contar conmigo.

—Lo sé, pero la verdad es que, en estos momentos, mi cabeza es como una lavadora, en la que los pensamientos no paran de dar vueltas.

—¿Y tu corazón?

—Ese está peor que mi pierna, papá.

Ambos soltamos una carcajada por lo que había dicho, y así nos encontró mi madre, riendo a mandíbula batiente.

—Vengo del mercado y no te puedes imaginar a quién me he encontrado.

—Pues, si no lo dices, dudo que lo pueda adivinar, porque la bola de cristal me la he dejado arriba en la buhardilla.

—Ella, si no pone la puntilla, no es ella.

—Venga ya, mamá, déjate de historias y dímelo ya.

—Pues me he encontrado con Enzo, que ha salido corriendo para darme un abrazo.

Cuando escuché el nombre del niño, mi corazón dio un vuelco, porque sabía que su nombre venía asociado al de su padre, y eso me dolía.

—Espero que no te moleste, pero los he invitado a todos mañana a una barbacoa para celebrar tu vuelta a la vida.

—No me molesta, mamá, pero sé que no va a venir, ni él, ni el niño.

—No te adelantes a los acontecimientos, que, como has dicho antes, la bola de cristal te la has dejado en la buhardilla.

No pude más que reír, porque mi madre me había contestado con las mismas palabras que yo había pronunciado antes, devolviéndomela con mucho arte.

Esa noche casi no pude dormir, los nervios se apoderaron de mí. Por un lado, mi mente me decía que no tenía por qué estar así, pues no iba a venir, se inventaría cualquier excusa o quedaría con su nueva chica.

Tan solo esperaba que no se le ocurriera venir con ella, porque eso sí que no lo iba a consentir. No quería a esa mujer cerca de mí.

Pero, por otro lado, mi corazón me decía que no se atrevería a declinar una invitación de mi madre, que lo había hecho con todo el amor del mundo y que sentía adoración por ese niño.

Días después de despertar, me contó que lo pasó muy mal durante el tiempo que Enzo estuvo desaparecido, tiempo en el que llegó a culparse por lo ocurrido.

Me dijo que, si ella no se hubiera ofrecido a cuidar de él, lo mismo su padre se lo habría llevado consigo, y su madre no hubiera podido acceder a él.

Ella no entendía que su madre lo habría terminado haciendo, en ese momento o en otro, y que daba igual quién estuviera con el niño.

Me quedé dormida bien entrada la madrugada, y por eso no me desperté temprano, tal y como hacía a diario.

Ahora bien, también tengo que decir que el personal sanitario me despertaba para traerme la medicación y el desayuno. Era el primer día que dormía en mi casa, en mi cama, y eso podía influir.

—Mónica, abajo ya están las chicas. ¿Necesitas ayuda para vestirte?

—No mamá, lo que sí necesitaré ayuda es para poder bajar, ahora os aviso cuando me vista.

Mi madre se marchó de la buhardilla y me dejó allí, vistiéndome o, más bien, eligiendo la ropa con la que me iba a vestir.

Al final, y viendo el calor que hacía desde tan temprano, me decidí por un pantalón cortito vaquero y una camiseta de tirantes, me bajaría también una rebeca por si se levantaba fresco más tarde.

Recogí mi pelo en una coleta alta y me apliqué un poquito de máscara de pestañas. Me eché un poquito de mi perfume, que no usaba desde hacía mucho tiempo, y me dispuse a avisar a mi padre para que me ayudara.

¿Mi sorpresa? No fue mi padre el que subió a por mí, sino que lo hizo Unai, y que venía más guapo que nunca.

Capítulo 33

Unai

Jorge me pidió si podía subir a la buhardilla para ayudar a bajar a Mónica. Sé que lo hizo aposta, con la idea de que estuviéramos un rato a solas y pudiéramos hablar.

Tenía que darle tantas explicaciones, contarle tantas cosas, que supe que no tendría suficiente tiempo para hacerlo.

Por eso, decidí que le pediría que se viniera conmigo a mi casa, y lo lograría, aunque tuviera que utilizar la figura de mi hijo para conseguirlo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Venir a rescatar a la princesa de la torre.

—Antes de bajarme, dime una cosa. ¿Has venido con tu chica?

—¿De qué chica estás hablando?

—De Ana, la doctora.

Cuando la escuché preguntar eso no pude evitar soltar una carcajada, no solo por lo que dijo, sino por la manera en la que pronunció su nombre. Quise picarla un poquito, y le seguí el juego.

—Por supuesto, vamos a aprovechar y anunciaremos nuestro compromiso aquí, en tu jardín, al igual que el tuyo con Lucas.

—Eres un imbécil, de verdad.

—Pero soy tu imbécil preferido, al igual que el de mis suegros.

—Ah, eso no te lo puedo decir, no conozco a los padres de Ana.

—Los conoceré cuando tú conozcas a los de Lucas. Podríamos hacer una cena conjunta, y así nos conocemos todos.

—Por favor… ¡Qué pesadilla de hombre!

La cogí en brazos y empecé a bajar las escaleras. No me costaba ningún trabajo, pero para buscarle un poquito la lengua, empecé a jadear, como el que no podía.

—No sé si es la escayola o que no paras de comer, pero has cogido peso, te lo aseguro.

—No, es la mala leche que me entra cuando te tengo cerca, que pesa un montón.

—Le tengo que decir a tu padre que ponga un ascensor.

—¿Para qué? Si tenemos un salvaescaleras.

—¿Y me lo dices ahora que hemos llegado abajo?

—No, si te parece te lo digo arriba, para que me dejes sentada en la silla todo el día, para arriba y para abajo.

Su padre, cuando me vio bajando con ella por las escaleras, empezó a reírse a carcajadas, hasta el punto de que se les saltaron las lágrimas de la risa.

—Mi hija sabe como castigar a un hombre.

—Ni que lo digas, Jorge.

Me acercó la silla de ruedas al pie de la escalera, donde la puse con todo el cuidado del mundo. Todavía no le había dicho nada de que se viniera a mi casa, preferí dejar pasar el día y hablarlo a última hora.

Todo dependía de como se diera la situación entre nosotros, aunque, viendo lo que había pasado en la buhardilla, tenía claro que íbamos a pasar un día de lo más divertido.

Mónica salió al jardín, donde ya estaban todos sentados alrededor de la mesa. De la barbacoa nos íbamos a encargar su padre y yo, pues Aitor no tenía ni idea y Mario, para una vez que lo dejé, terminó con los chorizos como Antonio Machín cuando llegó de Francia.

—Martina, ¿dónde están los filetes y la carne de la barbacoa?

—Ay, hijo, todavía es muy temprano, pero están en la nevera del jardín.

Martina me miró con una sonrisa, y me indicó con un gesto que me sentara un momento junto a ella, que estaba pelando y partiendo patatas.

Cogí un cuchillo y me dispuse a ayudarla, pues sabía que la conversación que se me avecinaba no sería de esas intrascendentes, sino más bien todo lo contrario.

—Venga, vamos a confesarnos mientras que pelamos las patatas.

—Eso, ahora que no nos escucha nadie.

—¿Qué planes tienes con respecto a mi hija, Unai?

—Siendo sinceros, no lo sé. Primero quiero hablar con ella, a solas y en tranquilidad. Depende de lo que salga de ahí, pues me atreveré a una cosa o a otra.

—Esa mujer le hizo mucho daño, y no estoy hablando de la madre de tu hijo.

—¿A qué te refieres?

No sabía de qué estaba hablando, pero cuando me contó que Ana había ido contándole mierdas y mentiras, casi salgo corriendo para decirle que no era cierto.

Pero, cuando llegó el momento en el que me dijo que medio la amenazó con dejarla sin poder caminar, ahí sí que ya no pude aguantar más, dejé el cuchillo y la patata que estaba pelando encima de la mesa, y salí corriendo al jardín.

—¡Mónica García!

—Joder, me ha sonado como cuando la directora del colegio me llamaba después de que hubiera hecho una trastada.

—Quiero pensar que no te has creído todo lo que la loca esa te ha contado.

—¿Esto es un jeroglífico o algo así? De verdad que no sé de qué me estás hablando, chiquillo.

Cogí su silla y la llevé aparte, no quería que nos oyera nadie y, tras hacerle un gesto a Aitor, la saqué del jardín de su casa y la llevé hasta un parque cercano en el que me senté en un banco y situé su silla delante.

—¿Se puede saber por qué me has sacado de mi casa?

—Porque ambos necesitamos hablar a solas y aclararlo todo.

—Yo lo tengo todo más que claro, no necesito nada.

—Tú no tienes ni idea de nada, y yo te lo pienso contar.

Cuando la vi con disposición de escucharme, empecé a hablar, contándole todo lo que le dije a Aitor que le ocultara en el momento en el que habló con ella.

Su cara reflejaba el asombro y la rabia que la estaba consumiendo a la vez que escuchaba todo lo que le decía.

—De verdad que no me esperaba eso de ella, aunque yo también tengo mucho que contarte.

—Adelante, soy todo oídos.

Era su turno para aclararme lo que había entre Lucas y ella, que no era nada, pues ni siquiera eran ya amigos.

Entre los dos hicieron un trato para separarnos y que cayéramos en sus redes, y de todo eso se había enterado a través de uno de los enfermeros, que le aseguró que los había oído en la sala de descanso.

A parte de eso, también me contó que todo lo que Ana me había dicho del padre de su hija, nada era cierto. Su hija fue concebida a través de fecundación in vitro, siendo Lucas el donante.

No es que él no hubiera querido saber nada de la niña, es que ella le hizo firmar un documento de que sería el donante, por la amistad de años que les unía, pero que no tendría ningún derecho sobre ella, como tampoco tendría ninguna obligación.

No me podía creer lo que estaba oyendo. Al final, entre unos y otros los perjudicados éramos nosotros, que nos habíamos dejado llevar por todo lo que nos decían, sin comprobar si era cierto o no.

—¿Qué te parece si empezamos de cero tú y yo?

—Ah, no, de eso nada, que cada vez que empezamos de cero, ocurre algo.

—Ahora en serio, Mónica, quiero pedirte perdón por todo.

—¿En ese "todo" va incluido lo gilipollas que eres?

—Por supuesto, siempre que también incluyamos tu cabezonería.

—Me lo pensaré.

Me entraron unas ganas enormes de besarla, pero justo cuando iba a dar el paso, su padre dio un grito desde la valla, para decirme que el carbón ya estaba listo.

—Te has salvado por la llamada de tu padre, pero esto no se queda así.

—Claro que no, si se quedara así me moriría de hambre y de frío.

—Sí, sobre todo de frío. Más bien te daría una insolación.

Me puse detrás de su silla y me dispuse a volver con ella al interior de su casa, directos al jardín, donde estaban todos esperando acontecimientos.

—No me miréis así que no tengo nada que contaros —les dijo Mónica, al ver la cara inquisitiva de todos.

—Preguntadle mañana, porque esta noche se viene conmigo a mi casa —dije yo.

—Eso no te lo crees ni tú, chaval. De aquí no me mueve nadie.

—Pues, entonces, nos quedamos contigo en la buhardilla.

Mi hijo seguía feliz entre todos ellos, pero miraba a Mónica como si intuyera que le ocurría algo, hasta que no se lo pensó más, y se acercó a ella.

—Tú, ¿pupa?

—Sí, cariño, yo, pupa gorda.

—¿Duele?

—No, corazón. ¿Te quieres sentar en mi regazo?

Enzo levantó los brazos para que Mónica lo cogiera, pero como no llegaba, me acerqué y lo subí yo. Lo dejé sentado y le di un beso en la cabeza antes de irme a la barbacoa con Jorge.

No sé cuántos filetes pusimos, al igual que beicon, salchichas y hamburguesas.

—¿Tú mujer ha dejado algo de carne en el mercado?

—Sí, las del carnicero, que esa me parece que no le servía para la barbacoa.

Los dos soltamos una carcajada y seguimos sacando carne. Cuando terminamos y llevamos todo a la mesa, Martina no se había conformado con eso, y había puesto una fuente enorme de patatas fritas en el centro.

—Mamá, creo que te has pensado que a la barbacoa estaba invitada toda la urbanización.

—No digas tonterías, que somos muchos y estos hombres seguro que comen por tres.

—Por tres, no sé, pero como uno como seguro —le respondí.

Martina me miró, sonriente. Sabía que, a pesar de todo lo que había sucedido, me tenía muchísimo cariño y estaba deseando que su hija y yo volviéramos a estar juntos.

Por mi parte, haría todo lo posible porque eso sucediera. Durante todo este tiempo alejado de ella me había dado cuenta de una cosa, todo lo que se planea, todo lo que piensas para tu vida, luego sale todo, al contrario.

En mi caso, me había prometido que no me enamoraría más, y lo había hecho, y como un quinceañero.

Me había costado admitirlo, pero ahora que ya lo tenía asumido, no iba a dejar escapar a Mónica, no iba a permitir que pensara que no era cierto, así se lo tuviera que repetir cada cinco minutos.

Justo estaba pensando en eso, cuando Jorge me pidió que lo acompañara a la cocina a coger el postre. Era la típica excusa cuando querías hablar con alguien a solas.

—Entiendo que el amor triunfará entre mi hija y tú, contra los sentimientos no se puede luchar…

—¿Pero?

—Pero seré muy franco contigo, si le vuelves a hacer daño, la paliza que tu ex le ha dado a mi hija se quedará en una caricia, al lado de la que yo te pienso dar a ti.

Sonó de lo más mafioso. Por un momento parecía que tenía delante a Vito Corleone, y no pude evitar reírme.

—Sí, sí, tú ríete, pero mejor que no tengas que comprobarlo.

—Me ha quedado claro, no te preocupes.

Salimos de nuevo al jardín, donde estaban los demás, pero ambos lo hicimos con las manos vacías. Mientras, todos se habían quedado observando, y nosotros no sabíamos por qué lo hacían.

—¿Y el postre? —preguntó Martina.

—En la nevera —respondió su marido, muy serio, haciendo que todos empezáramos a reír.

—Jorge, más nos valía haber traído, aunque fuera un yogur cada uno, que ahora hemos quedado fatal.

—Pues ya sabes el camino a la cocina, levanta el culo y lo traes tú.

El resto de la velada resultó igual de cómoda y de divertida. Mi hijo se sentía de lo más a gusto, hasta el punto de que, en un determinado momento, llamó a Jorge, abuelo.

Este, lejos de sentarle mal, lo acogió con una sonrisa, llevándoselo dentro con él para dormir la siesta. Al entrar, nos los encontramos a los dos tirados en el sofá y con el aire acondicionado puesto.

Mi hijo tenía la cabeza apoyada en las piernas de Jorge, que no se movía por miedo a que se pudiera caer, pero Enzo se había agarrado a la tela de su pantalón, por si acaso.

Capítulo 34

Habían pasado ya dos meses desde que ocurrió aquello, y hoy, por fin, me quitaban la escayola y los tornillos.

Tenía que pasar por otra intervención, pero ya era menor, y no tendría que llevar más que una venda durante unos días, y por el tema de los puntos, nada más.

Estaba deseosa de terminar ya con todo eso, pues, después de que me quitaran los puntos en una semana, tendría que empezar con la rehabilitación.

Sería cosa de tener muchísima paciencia, porque la recuperación sería lenta y dolorosa, y tenía que ir haciéndome a la idea.

Desde aquella conversación que tuvimos en el parque, Unai y yo decidimos intentarlo, pero no como pareja, sino como amigos.

Ambos llevábamos una pesada mochila sobre nuestras espaldas y, hasta que no estuviéramos completamente seguros de que podríamos deshacernos de ella, no lo intentaríamos como pareja.

No os voy a negar que no hubiera más de un beso, porque lo había y lo iba a seguir habiendo, ya que era nuestra manera de demostrarnos lo que seguíamos sintiendo el uno por el otro.

Unai venía todos los días a mi casa, donde el niño se lo pasaba bomba con mis padres. Según me contó, había pedido una excedencia hasta que el niño y él estuvieran completamente recuperados.

Tenía un buen colchón económico para hacerlo, puesto que vendió su casa de San Sebastián y contaba con ese dinero, además de sus ahorros.

—He venido para estar contigo en el quirófano.

—No hacía falta, de verdad. Tú tienes que hacerte cargo de tu hijo. ¿Dónde lo vas a dejar?

—No te preocupes, que Mario se queda con él, hoy está libre, al igual que Marta.

Salimos en su coche para la clínica, donde ya me estaban esperando. Sería sencillo y, si no había complicaciones, podría salir del hospital al día siguiente.

No voy a decir que no estaba nerviosa, porque lo estaba, y mucho. ¿Cómo no iba a estarlo después de todo lo que me había pasado en los últimos meses?

—Ve tranquila, que estaremos esperándote aquí —me dijo mi madre.

—Además de que Unai estará contigo en el quirófano —habló mi padre.

—No le soltaré la mano, os lo prometo —les respondió Unai.

Bajamos a quirófano y, gracias al cielo, todo salió a perfección. Unai se mantuvo a mi lado, cogido de mi mano y dándome besos en ella, al igual que en los labios.

Quién nos viera desde fuera, pensaría que estaba de parto o practicándome una cesárea, ya que fue con anestesia epidural y él no se movió de mi lado.

—El que decía que no se liaba con nadie del trabajo… —dijo Susana, en cuanto que entró en mi habitación.

—Cuando nos conocimos, no trabajábamos en el mismo lugar —le respondió Unai.

—Además, de que no estamos liados, somos… ¿amigos? —dije yo.

—Venga ya, compi, sois mucho más que amigos. Y os voy a respetar porque me caéis bien, que, de lo contrario, lo metía en el baño y hasta que no se acostara conmigo, no lo iba a dejar salir.

Los tres estallamos en una carcajada por la manera tan graciosa en la que lo dijo. Sabíamos, por supuesto, que estaba hablando en tono de broma.

Ella era muy echada para delante, eso lo sabíamos todos los que la conocíamos, pero jamás se metía con alguien que tuviera pareja, aunque lo insinuara de cachondeo.

—Bueno, chica, todo ha salido a la perfección, vuelvo esta tarde, y si sigues así, el doctor te dará el alta.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Claro, en teoría te tendría que tener aquí hasta mañana, pero dado que tú eres enfermera y tu novio médico, estarás completamente controlada.

Se marchó con una sonrisa en los labios, guiñándome un ojo. Justo cuando hizo eso, Unai miró a mis padres y me miró a mí, para luego dirigirse a ellos.

—Martina, Jorge, he pensado una cosa…

—Miedo me das cuando piensas —le dije, riendo.

—Calla y déjalo hablar. ¿Qué has pensado, hijo? —le preguntó mi padre, y lo miré asombrada.

No me podía creer esa camaradería que tenía mi padre con Unai. Él, que me decía que tuviera cuidado con mis sentimientos hacia él, y ahora eran íntimos. Vamos, que lo buscaba absolutamente para todo.

—Vuestra casa tiene varias plantas, y es un poquito incómoda para que Mónica se pueda mover bien…

—Y te la vas a llevar a la tuya, como si lo viera —dijo mi madre.

—Exactamente eso. Así, también, podremos ver como funcionamos como familia.

Ellos estaban hablando como si yo no estuviera allí, como si, entre todos, pudieran decidir donde ponerme, como si fuera un mueble y estuvieran mirando en qué lugar lucía más.

—Os recuerdo que estoy aquí y que, la última palabra, la tengo yo.

—¿No te irás a negar? —preguntó mi padre.

—Lo mismo decido irme a vivir con alguna de mis amigas…

—Claro, y que nosotros lo vamos a permitir —dijo mi madre.

—Mamá, los dieciocho los cumplí hace ya mucho tiempo, que no se te olvide.

Mi madre empezó a reír, porque eso era algo que le decía siempre que me amenazaba, en broma, por supuesto, con impedirme hacer algo que me apeteciera en ese momento.

Llegó la tarde y me dieron el alta. Unai fue corriendo por su coche, mientras que mi madre me ayudaba a vestirme y a ponerme en la silla de ruedas.

Estábamos saliendo de la habitación cuando nos cruzamos con ella, con Ana, que me miró con cara de desprecio, pero no se quedó en eso, se atrevió a acercarse a mí.

—Si te piensas que me vas a hundir profesionalmente y que te vas a quedar con Unai para siempre, lo llevas claro.

—Chica, tú ves demasiadas series turcas. Ni pretendo lo uno y, lo otro, no depende ni de mí ni de ti, sino de lo que el destino nos tenga preparado.

—Al destino hay que ayudarlo, cariño. Y yo voy a hacer todo lo posible para que no se ponga de tu parte.

Tal y como apareció, se fue, dejando a mis padres, que estaban conmigo, completamente de piedra. No solo por lo que había dicho, sino por la manera en la que lo dijo.

Utilizó una altanería y una chulería que en pocas personas habíamos visto. ¿A qué se refería con que ayudaría al destino?

Un escalofrío me recorrió la espalda, ya no podía con más maldad de la gente. Necesitaba vivir tranquila, y que la vida me diera todo lo que me merecía, nada más.

Unai no dudó en dejarme en su casa, no sin antes decirle a mis padres que fueran preparando todas mis cosas, que él recogería más tarde para trasladarlas a su casa.

—De verdad, qué empeño en que me venga a vivir aquí.

—No es empeño, son ganas, que es muy distinto.

—¿Me explicas el motivo?

—Muy sencillo, si la cosa funciona bien entre nosotros, no te dejaré marchar, jamás.

—¿Perdona?

—Sí, tal y como lo oyes.

Unai me confesó que le había costado mucho admitirlo, pero que estaba enamorado de mí desde el primer día que coincidimos en el avión.

Se lo había negado a sí mismo muchísimas veces, pues no quería entregar su corazón a nadie, ya que, en el pasado lo pasó muy mal.

Me contó su primer amor y como había tenido que abandonarla por culpa de Magda y sus padres. En ese momento me asaltó una duda enorme.

—Unai, ¿estás seguro de qué estás enamorado? ¿No será que lo está confundiendo con un sentimiento de culpa?

—Te aseguro que es amor, Mónica. Por desgracia, he vivido en mis propias carnes el sentimiento de culpa y ni siquiera se le parece.

Después de esa confesión que nos hicimos en el sofá de su salón, nos fundimos en un beso.

No fue un beso brusco, pero sí que fue demoledor para ambos, pues nos dijimos con ese gesto todo lo que significábamos el uno para el otro.

Si no hubiera tenido los puntos en la pierna, estoy segura de que la cosa hubiera terminado de otra manera, pero tendríamos que esperar hasta que me lo quitaran.

El día que eso ocurriera, el momento en el que volviéramos a unir nuestros cuerpos, sería como si chocaran dos trenes de alta velocidad, y no por el tiempo que íbamos a tardar en consumar.

En ese momento, llamaron a la puerta. No sabía que Unai había avisado a Mario y a Marta de que ya estábamos en casa, y eran ellos, que venían a traer a Enzo.

—¡Ya pupa chica!

Exclamó el niño en cuanto que me vio, y vino a darme un abrazo que me supo a gloria.

No hay nada más sincero que el abrazo y el beso de un niño, sobre todo cuando le sale de dentro, cuando no hay nadie que se lo diga.

Sabía que el niño me tenía muchísimo cariño. Pensamos que, al dejar de llevarlo a la guardería, el alejarlo de Salma lo iba a volver más reacio, como más introspectivo con respecto a los demás, pero nada de eso.

Enzo seguía siendo un niño feliz, que cautivaba a todo el que tenía el placer de conocerlo.

Capítulo 35

—Prepara las maletas, que nos vamos unos días a la playa, junto al niño.

—¿De qué hablas, si me acaban de quitar los puntos, como aquel que dice?

—Pues, por eso, porque todos necesitamos un descanso.

Los puntos me lo habían quitado hacía unos días, y había empezado con la rehabilitación. La cosa iba según lo previsto, pero eso no significaba que pudiera salir corriendo mañana mismo.

Cada vez que escuchaba la palabra viaje me ponía nerviosa, no lo podía evitar. Pensar que me pudiera pasar lo mismo, que me cogiera otra guerra a miles de kilómetros de mi casa, hacía que se me pusiera el vello de punta.

—No me pongas esa cara, que no vamos a salir de España.

—Por favor, porque no sé lo que me podría entrar si nos vuelve a pasar lo mismo.

—No nos pasará nada, te lo aseguro. Nos vamos cuatro días a Lanzarote.

—¿Qué pasará con mi rehabilitación?

—No la tendrías en esos días, de todos modos. ¿No ves que son días festivos y un fin de semana?

Eso me dejó más tranquila. Como pude, me senté en la cama y me puse a preparar la maleta. Decidimos que llevaríamos una sola, en la que iría la ropa de los tres.

Allí hacía una temperatura muy buena, por lo que no teníamos que meter ropa de abrigo. Además, no íbamos a visitar la isla, sino que nos limitaríamos a descansar en la casa que Unai había alquilado, y que contaba con piscina y playa privada.

—El niño va a disfrutar muchísimo.

—Y nosotros, sobre todo, cuando él se quede dormido.

Me dijo eso elevando las cejas repetidamente, y eso me provocó que soltara una carcajada. En esta ocasión iríamos los tres solos, no nos acompañarían nuestros amigos, pues, aparte de que tenían que trabajar, sabían que necesitábamos vivir esto los tres, como familia.

¿El motivo de esa necesidad? Pues, nos habían avisado el día anterior de que tendríamos el juicio contra sus padres y contra Magda, dentro de quince días.

Queríamos coger fuerzas para enfrentarnos a todo lo que tendríamos que revivir. Sería en San Sebastián, a pesar de que todos los hechos acaecieron aquí, en el sur, pero como fueron detenidos allí y era, además, su lugar de residencia se decidió que los juzgaran allí.

El avión lo tomaríamos al día siguiente, a primera hora de la mañana, llegando a Lanzarote en una hora aproximadamente.

El vuelo transcurrió sin imprevisto ninguno, llegando a la hora que teníamos programada. Una vez en el aeropuerto, Unai pasó a recoger el coche que había alquilado por si algún día queríamos movernos por la isla.

Puso en el GPS la dirección de la casa en la que nos alojaríamos, y cuando llegamos, no podía ser más bonita.

Yo no llevaba la silla de ruedas, tan solo un par de muletas para sujetarme sin tener que apoyar la pierna, que todavía lo tenía prohibido.

Cuando entramos, si bonita era por fuera, más bonita lo era por dentro. Lo primero que vimos, ya que era lo que nos encontramos al entrar, fue el jardín.

Tenía una piscina infinita, junto a una zona de barbacoa, en la que también había un pequeño bar con todo tipo de bebidas.

—Esto es espectacular…

—Ni que lo digas. Estoy como loco por verte en bikini en esa piscina.

—Pues, cuando me veas la pierna, te vas a llevar una desilusión.

Estaba algo acomplejada, puesto que, lo que en un primer momento sería una pequeña cicatriz, se había convertido en un mapa de ríos en relieve.

Mi experiencia me decía que el volumen de esas cicatrices bajaría, pero que su aspecto no cambiaría mucho, en cuanto a color se refería.
—No digas tonterías, estarás tan espectacular como siempre.

Unai me abrazó por detrás, y me dejó un beso en la mejilla. Enzo seguía en su sillita, en la que lo sentó su padre en cuanto nos bajamos del coche y mientras visitábamos la casa.

Queríamos comprobar antes de bajarlo que no hubiera ningún peligro para él, pues nos daba pavor que le pudiera suceder algún accidente.

Entramos en el interior de la casa, y era una maravilla. Tenía una planta diáfana, con el suelo y los muebles en color blanco, excepto el sofá, que era de color azul, como las cortinas y la decoración.

Tenía un estilo marinero y, desde la puerta de entrada, se podía ver toda la estancia, con una luz y una calidez, que daban ganas de quedarse allí para siempre.

Contaba con una amplia cocina, separada de la zona de salón y comedor por una isla que hacía las veces de barra de desayuno, con todos los electrodomésticos de primeras marcas y utensilios de cocina.

Desde allí, a través de una de las puertas, entrabamos a un pasillo donde se encontraban las habitaciones, comunicadas entre sí, y con un baño integrado en suite.

Aparte de ese baño, había un pequeño aseo en el exterior, junto a la piscina, que servía para que no se tuviera que entrar en la casa estando mojados.

—Hice una compra por internet, que estará a punto de llegar.

—Me vendrá muy bien ese taburete para preparar la comida.

—De eso nada, tú vienes aquí a descansar y a disfrutar.

Nos enzarzamos en una discusión sobre quién cocinaría y, al final, llegamos a un acuerdo. Yo haría de pinche y él se dedicaría a cocinar.

Como vimos que no había ningún peligro para el niño, porque la zona de la piscina estaba perfectamente protegida para los niños, bajamos a Enzo de la sillita, y se dedicó a correr por toda la zona.

Sacó sus juguetes del cochecito y se sentó en la mesa de té del salón a jugar. Era un niño buenísimo, que se entretenía con cualquier cosa, y eso era de agradecer.

—Vamos a cambiarnos y nos vamos a la playa un rato.

—Preferiría que nos quedáramos en la piscina, estoy cansada del viaje y mi pierna lo está resintiendo.

—No hay ningún problema. Nos quedamos aquí.

Fuimos a la habitación, donde nos cambiamos de ropa. Cuando me quedé desnuda, delante de Unai, y lo noté como recorría mi cuerpo con su mirada, sentí algo de vergüenza.

No por mi cuerpo que, aunque había cambiado debido al sedentarismo de los últimos meses, no me preocupaba. Lo que sí que lo hacía era mi pierna.

Me daba miedo que sintiera algún tipo de rechazo, que mostrara algún gesto que me hiciera saber que le daba asco, pero lo que hizo fue todo lo contrario.

Se acercó a mí, apretó mi cuerpo contra el suyo y empezó a besarme. Me recostó en la cama y, antes que nada, fue a ver al niño, que estaba en la habitación contigua.

—No te muevas un milímetro, que ahora mismo vengo.

—No pienso hacerlo.

Se asomó a la otra habitación y se encontró con que Enzo se había quedado dormido sobre la cama. El viaje y el madrugón le habían pasado factura. Le echó una sabanita por encima, y volvió conmigo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, Enzo se ha quedado dormido.

Lo primero que hizo fue coger mi pierna, la de las cicatrices, y la beso desde el tobillo hasta la rodilla. Fue dejando un reguero de besos a lo largo y ancho de todas las cicatrices.

—¿Ha disipado eso ya todas tus dudas?

—Sí.

—Pues entonces, es hora de que empecemos a disfrutar de nosotros.

Hizo lo mismo otra vez, pero esta vez hasta llegar a mi sexo, donde dejó una pasada con su lengua que me hizo estremecer.

Volvió a coger mi otra pierna, e hizo el mismo recorrido, poniéndome como una moto, lo tengo que reconocer.

Unai era ese tipo de hombres generosos en cuanto al sexo. Se dejaba la piel haciéndote disfrutar y hasta que no había conseguido que tuvieras varios orgasmos, no buscaba su propio placer.

Hundió su cara entre mis piernas y, os prometo, que me tuve que agarrar fuerte a las sábanas para no gritar y despertar al niño.

En cada ocasión que me había practicado sexo oral había pensado lo mismo. Jamás, en toda mi vida, me habían hecho sentir tanto placer como me hacía sentir él.

No sé cuánto tiempo estuvo ahí, pero lo que sí sé es que hizo que alcanzara el clímax tres veces, con su lengua y con sus dedos. Cuando se hubo dado por satisfecho, subió hasta mi boca, donde me saboreé.

—Sé que no podemos hacer todo lo que nos gustaría, pero no pienso dejar pasar más el tiempo, necesito sentirte.

—Yo tampoco quiero que lo dejes pasar. Hazme tuya, por favor.

—Ya eres mía, al igual que yo soy tuyo.

Dicho esto, me penetró, de una manera suave, pero intensa. El vaivén de nuestras caderas, bailando al mismo son, era algo increíble.

Parecía que nuestros cuerpos estaban diseñados para encajar. Como si nadie más tuviera la posibilidad de hacernos sentir lo que nos hacíamos sentir el uno al otro.

—Te quiero, Mónica.

—Yo, te amo.

Con esas palabras, ambos llegamos al orgasmo, uno devastador que nos dejó casi sin fuerzas a los dos. Una vez que recuperamos un poquito el aliento, Unai me cogió en brazos y me llevó a la ducha.

Allí había pedido que pusieran una silla para que pudiera ducharme sin apoyar la pierna y que no sufriera. Me sentó y se dedicó a lavarme.

Lo hizo con un mimo y una entrega que me hizo llorar, pero no de pena, sino de felicidad. Jamás pensé que, después de todo lo que había pasado, nos encontráramos en esta tesitura.

Siempre, durante el tiempo que estuve ingresada la segunda vez, pensé que lo nuestro ya estaba sentenciado al fracaso y, vernos ahora, lo felices que estábamos, hacía que me emocionara.

Cuando salimos de la ducha, Enzo acababa de despertar, por lo que nos pusimos los bañadores y bajamos a la zona de la piscina.

Ese día no íbamos a cocinar, Unai llamó a una pizzería de la zona y encargó la comida. Por lo tanto, mientras que no la traían, decidimos disfrutar de la piscina con el niño.

Enzo disfrutaba muchísimo en el agua. Su padre se había encargado de llevarlo a natación desde que tenía seis meses, por lo que nadaba mejor que yo.

Aun así, y a modo de precaución, Unai le había llenado unos manguitos que llevaba puestos y que no se quitaba para nada.

Parecíamos una familia, éramos una familia y, en ese instante, decidí que no iba a permitir que nada ni nadie nos quitara la paz que sentíamos.

Me atreví a contarle lo que me había dicho Ana el día que me dieron el alta, cuando me la encontré por el pasillo.

—Intentó darme algo en un café, en mi despacho, uno de los días que entré a por una documentación para el juicio, pero me di cuenta.

—¿Por eso me dijo lo que me dijo?

—Supongo, pero no te tendrás que preocupar por ella, tiene varias denuncias más de otros compañeros y se le ha abierto una investigación.

—Espero que pague por lo que ha hecho, nada más. No le deseo ningún mal, te lo juro, tan solo quiero que me deje vivir tranquila.

—Tengo algo pensado que te diré en cuanto que lo tengamos todo atado, no me gusta adelantar acontecimientos.

—Sí, que luego se gafan los planes.

Cuando me escuchó decir eso, soltó una carcajada que asustó al niño, que se acercó rápidamente a nosotros, y que provocó que nos riéramos todavía más.

Por primera vez en mucho tiempo, estábamos riendo de verdad, sin miedo, sin pensar en lo que vendría a continuación que nos quitaría el sueño.

Llamaron al interfono de la puerta exterior, y Unai salió de la piscina para abrir, poniéndose una toalla en la cintura.

La repartidora lo miró de arriba abajo y eso, lejos de darme celos, lo que hizo fue hacerme sentir orgullosa. Estaba buenísimo y era yo la que lo disfrutaba.

Capítulo 36

Unai

Esos cuatro días no vinieron de lujo para afrontar el tema del juicio, además de para consolidarnos más como pareja.

Volvimos más enamorados, si es que eso podía ser posible, y con las fuerzas necesarias para luchar contra todos y todo lo que la vida nos pusiera por delante.

Enzo se quedaría esos días con Marta y Mario, pero en San Sebastián, donde nos alojaríamos en una casa que alquilé para pasar esos días que tendríamos que estar allí.

—¿Lleváis todo? —preguntó Jorge.

—Todo listo, podemos montarnos en el tren —dijo Mónica, desde su silla de ruedas.

Como el trayecto era largo, en esta ocasión dejó las muletas tan solo para andar por la casa, para el resto, utilizaría la silla de ruedas.

Nos dieron plazas en la zona habilitada para personas con discapacidad, de esa manera nos sería más fácil situarnos todos con la silla de ruedas de Mónica.

Íbamos nerviosos, no por el juicio en sí, sino por tener que ver, cara a cara, de nuevo, a esas personas que nos hacían tanto daño.

Podríamos haber declarado por videollamada, mediante un exhorto al juzgado de nuestra ciudad, pero preferimos acudir y vivir todo de primera mano.

Nuestros abogados eran de San Sebastián, y nos habían asesorado, aparte de decirme que estaba todo muy claro y que les iban a caer unos cuantos años de condena.

Magda, que tenía que enfrentarse a cargos como secuestro de menores, intento de asesinato y agresión, además de usurpación de identidad, entre otras muchas cosas, era la que peor lo tenía.

Mis padres, que se enfrentaban a cargos de cooperación necesaria para la consecución de delitos, también lo tenían jodido.

—Me muero de nervios, de verdad.

—Tranquila, estoy contigo.

Entramos en la sala, pues nosotros éramos la acusación particular, dejando afuera a los demás, que iban en calidad de testigos. Nuestros abogados estaban sentados a nuestro lado.

La vimos entrar en la sala, directamente de prisión, y lejos de hacerlo con humildad, lo hizo con altanería, como si ella fuera la reina del lugar.

Sus padres se situaron al final de la sala y al pasar por mi lado, no pudieron reprimir su odio hacia mí.

—Ojalá y la vida te cobre todo lo que le estás haciendo pasar a mi hija.

—Ya me lo cobró, durante el tiempo en el que estuve con ella.

Me callé, siguiendo el consejo de mi abogado, que me dijo que no entrara al trapo, que era lo que estaban buscando, sacarme de mis casillas para tener una baza contra mí y acusarme de violento.

Os estaréis preguntando para qué querían eso, y la respuesta es muy sencilla, para intentar quitarme otra vez la custodia de mi hijo, y no iba a permitir que ni siquiera lo intentaran.

Ver las imágenes de Mónica cuando estuvo en coma, los informes de sus lesiones y todo lo que había provocado Magda, hizo que se me revolviera el estómago, y tuve que salir a vomitar.

Cuando entré de nuevo, era el turno de mis padres, que estaban declarando. El retrato que estaban dando de mi persona me puso los vellos de punta.

Me estaban pintando como un ogro, como si fuera la persona más despiadada del mundo. Según su declaración, todo lo que había hecho Magda había sido por mi culpa.

—Tranquilo, Unai, todo cae por su propio peso.

—No me duele lo que están diciendo. Me duele las personas que lo están haciendo.

Llegó el momento en el que le tocó el turno a Mónica de subir al estrado y dar su testimonio. La vi tranquila, en comparación a como había entrado al principio del juicio.

Contó todo con pelos y señales, desde el momento en el que Magda llamó a la puerta de su casa. Lo hizo con toda la tranquilidad de saber que estaba contando la verdad, todo lo contrario, a como lo hicieron mis padres.

Escucharla explicar por todo lo que había pasado, después de ese momento, me puso los vellos de punta. Era una luchadora nata, y había quedado demostrado.

Se bajó del estrado y cuando llegó a mi lado, no pude evitar besarla, ante la mirada de odio de todos los demás, empezando por Magda y terminando por mis padres.

Eso de bajarse del estrado es una manera de hablar, pues declaró sentada en su silla de ruedas, que ella misma impulsaba con sus manos.

Lo que no nos esperábamos era una declaración por videollamada de una de las personas que menos queríamos ver. Sí, sí, tal y como estáis pensando, Ana, la doctora Gomila.

Lo hizo en calidad de testigo de la defensa de mis padres, que pusieron una sonrisa en cuanto que la vieron en la pantalla.

Con esa sonrisa supe que todo lo que iba a decir era mentira y, si me preocupaba en algo, era porque me afectara en la custodia de mi hijo.

Me equivoqué, pues sus declaraciones no iban encaminadas a eso, sino a destruir mi relación con Mónica. Lo que ella no sabía es que, en las fechas que ella estaba dando, en los momentos a los que ella hizo alusión, nosotros no estábamos en la península, y podíamos acreditarlo.

—¿Nos está usted diciendo que el señor Echevarría fue hasta su domicilio con la intención de amenazarla? —preguntó mi abogado.

—Exactamente eso, y puedo demostrarlo, pues se encontraba en mi casa uno de mis compañeros, el doctor Lucas Márquez.

—Dios los cría y ellos se juntan —murmuró Mónica a mi lado.

—¿Quiere ratificarse en eso?

Mi abogado le dio la oportunidad de que dijera la verdad, porque el juzgado la podía acusar de falso testimonio, y podría ir incluso a la cárcel por ello.

Ella, en vez de decir que era mentira, lo aseguró, recalcando la fecha y la hora en la que decía que yo había acudido a su casa.

—Señorita Gomila, está usted mintiendo, y nosotros sí que podemos demostrarlo.

Mi abogado se acercó al estrado y le ofreció al señor juez un dosier que tumbaba por tierra todo lo que esa mujer estaba diciendo.

En ese dosier iban los billetes de avión, el recibo de haber alquilado el coche con mi carné de conducir, compras con tarjeta, fotos de nosotros en la piscina de la casa… y un sinfín de pruebas más.

La cara de Ana cuando el juez le dijo que, no solo iba a invalidar su testimonio, sino que la acusarían de falso testimonio, era un poema.

Empezó a decir que se había confundido de día, que fue antes de ese viaje, etcétera, etcétera. Mi madre la miró con odio, como si fuera gilipollas y así lo dijo.

—Eres idiota, Ana, no sirves ni para eso. No sé para qué te hemos pagado.

Cuando el juez escuchó eso, dijo que ya no tenía nada más que oír, que lo dejaba visto para sentencia.

La sentencia saldría en un par de días, los mismos que permaneceríamos allí en San Sebastían. Tanto Mónica, como yo, decidimos que no nos moveríamos hasta conocer el final de todo esto.

Nuestros amigos y familia, dijeron que no se marchaban hasta que no lo hiciéramos todos juntos.

Nos marchamos de allí con la satisfacción de que todo había salido a pedir de boca, pero la madre de Magda intentó aguarnos la fiesta.

—Te tengo que ver hundido y echando lágrimas de sangre.

—¿Me está amenazando?

—Vas a pagar todo el daño que le has hecho a mi hija.

—Señora, por su propio bien, más vale que se marche y deje en paz a mi cliente, o también será acusada de amenazas —le dijo mi abogado.

Su marido la cogió del brazo y se la llevó a la fuerza, increpándole que siguiera echándole leña al fuego y que pusiera las cosas todavía peor.

Durante esos dos días que estuvimos en la ciudad esperando la sentencia, nos dedicamos a enseñársela a las chicas, al igual que a los padres de Mónica, que quedaron encantados con ella.

Esa mañana nos citaron a todos de nuevo en el juzgado, para conocer la sentencia. Nos dijeron que, si preferíamos, se la enviaban a nuestros abogados cuando la conocieran los acusados.

Por supuesto, dijimos que no, que queríamos conocerla in situ, y ver la cara de mis padres, eso era lo que más anhelaba.

Entramos en la sala en cuanto nos dieron permiso. Ver la cara de Magda cuando la sentenciaron a veinte años de prisión por la suma de todas las condenas fue de lo mejor.

Aparte de eso, también tenía una orden de alejamiento de todos nosotros, al igual que mis padres y los padres de ella, que se libraron de más porque no quise presentar otra denuncia contra ellos.

Mi intención era terminar con todo esto cuanto antes, y si lo hacía, sería volver a empezar de nuevo.

Era el momento de comunicarle a mis padres su sentencia. No pasarían por la cárcel al no tener antecedentes, pero me tenían que indemnizar, al igual que Magda a Mónica, con bastante dinero, lo que les supondría tener que poner su casa a mi nombre.

Capítulo 37

Cuando escuchamos la sentencia, un alivio nos invadió, volvíamos a casa con la tranquilidad de que todo había terminado.

Además de eso, Unai le solicitó al juez la renuncia, por parte de Magda, del niño. Con esa sentencia quedaba demostrado que no era buena para el niño, y ella, lejos de poner impedimento, la firmó gustosamente.

—Siempre tendrás que cargar con la pena de que no es tu hijo, de que no lo llevaste en tu vientre —me dijo, con sarcasmo.

—Para querer a un niño no hace falta llevarlo en el vientre.

El niño me llamaba mamá desde que vio que Unai y yo nos besamos durante el viaje y yo lo recibía encantada de la vida.

Ella sí que tendría que cargar con esa pena, de que su hijo llamara mamá a otra persona, aunque parecía importarle entre poco y nada, la verdad.

Después de escucharla decir eso, lo que nos quedó claro fue que había utilizado a su hijo como medio para hacer daño a su padre.

No entendía a los padres que hacían eso, que utilizaban a los niños como moneda de cambio para conseguir lo que querían.

En los conflictos entre los padres, los niños se deberían dejar al margen. Ellos, al final, y si no hay entendimiento entre sus padres, son los más perjudicados de los divorcios.

Fuimos a recoger al niño que estaba en un parque cercano junto a Mario y Marta y que, en cuanto que nos vio, salió corriendo hasta nosotros.

—Mamá, papá, os quiero.

—Y nosotros a ti, corazón mío.

Enzo, desde que estaba con nosotros, había mejorado muchísimo en la dicción. Unai llegó a pensar que tendría que llevarlo al logopeda, porque se comía la mitad de las palabras.

Como decía Lucía, Enzo tenía un idioma propio, porque a veces las palabras ni se parecían. Nos partíamos de risa cuando decía que estaba sonando el pechendo, que, en su idioma, significaba teléfono.

Unai, a pesar de todo lo que le habían hecho y de cómo le habían pagado, no quería dejar a sus padres sin un techo bajo el que guarecerse, y por eso, llegó a un acuerdo con ellos.

La casa pasaría a ser de su propiedad desde ese mismo instante, pero, siempre y cuando no se acercaran a nosotros o no divulgaran rumores que perjudicaran la reputación de su hijo, tendría en el usufructo de la propiedad.

El tema de la indemnización de Magda ya era otro cantar. A ella ni a su familia nos unían lazos de sangre, por lo que no tuvo piedad.

Allí mismo tuvieron que presentar un aval por el monto total del dinero que nos tenían que depositar en el juzgado, y para lo que tenían diez días naturales.

Ellos sí que se verían obligados a vender todas sus propiedades, puesto que, a mí, en concreto, me tenían que ingresar una buena suma de dinero.

La madre de Unai decidió mantenerse al margen, por el miedo a que su hijo se echara para detrás en su acuerdo y se vieran en la calle. La madre de Magda, por el contrario, nos propinó toda clase de insultos en cuanto tuvo conocimiento de ello.

—Señora, se lo vuelvo a repetir, por su propio bien, deje ya de decir improperios y haga lo que le ha dicho el juez —le dijo uno de nuestros abogados.

—Te he dicho antes que dejes las cosas tal y como están, antes de tener que seguir lamentando más desgracias —le respondió su marido.

—Una desgracia fue el momento en el que este canalla se cruzó con nuestra hija. Ella que siempre había sido tan buena y noble, y la ha vuelto loca.

Unai quiso decir algo, pero lo frenamos, por el bien del niño, que no se merecía presenciar algo como lo que estaba presenciando.

Entramos en un restaurante para celebrarlo y el abogado nos contó que, tras rascar un poquito e investigar, habían descubierto el verdadero motivo de la vuelta de Magda.

Ese motivo fue su expulsión de la residencia de la universidad por agredir a otra chica por la que, al parecer, la había abandonado su novio de aquella época.

A ese chico también intentó sujetarlo con un embarazo, solo que la cosa le salió mal, pues no se quiso hacer cargo de la criatura y, al estar lejos y sola, decidió abortar.

—No veas, hermano, de la que te has librado —dijo Aitor, después de escuchar el relato del abogado.

—No, más bien de la que he librado a mi hijo, que sería el que hubiera tenido que convivir con ella.

—Al final, hubiera sido mejor que hubiera muerto en aquel ataque.

—Viendo lo que ha terminado haciendo, creo que sí.

Unai miró a sus amigos, y se levantó de la mesa. Era como si quisiera dar una noticia, de la que los demás eran conocedores, pero que, solo sabían ellos.

—Mónica. ¿Recuerdas eso que te dije sobre el trabajo?

—¿Lo de los planes qué no querías contar?

—Exactamente, pues ha llegado el momento de que todos los sepáis y, espero, contar contigo en mi plantilla.

—¿De qué estás hablando?

—Pues de que, a partir del próximo uno de enero, seremos empresarios…

Unai nos contó que, entre los tres, habían formado una cooperativa, se habían hecho con un inmueble muy bien de precio y lo habían rehabilitado entero, montando su propia clínica.

En un principio, estarían tan solo las consultas de pediatría, traumatología y cardiología, pero, con el tiempo, tenían pensado seguir ampliando las consultas, hasta contar con todas las especialidades.

—Mónica, me gustaría que te incorporaras como mi enfermera.

—Y yo pienso aceptar muy gustosamente.

Nos dimos un abrazo y un beso para sellar nuestro acuerdo. Nos contaron que Mario sería el enfermero de Aitor y que, como traumatólogo, se uniría a ellos otro compañero de facultad que también necesitaba un cambio de aires.

—¿Cómo se va a llamar la clínica? ¿Los exiliados? —preguntó mi padre, y todos estallamos en una carcajada.

—La verdad es que no sería mal nombre, suegro, pero hemos pensado otro mucho más bonito.

—Sí, la clínica se va a llamar "Nuestra Señora de la Alegría" —dijo Aitor.

—Me gusta el nombre, que ya el cupo de desgracias y tristezas lo tenemos cubierto —respondió mi madre.

—Ni que lo digas, ahora tan solo queda que Mónica termine de recuperarse y nos vayamos de boda —habló Lucía.

—¿Qué hablas de boda, so loca?

—¿No te quieres casar? —me preguntó Unai.

—A ver, sí que quiero casarme, pero no ahora, dentro de unos…

—Dentro de unos meses, lo sé.

La conversación se quedó ahí, y no volvimos a hablar del tema nunca más. El regreso a casa fue mucho más tranquilo que el de la ida, ya que lo teníamos todo solucionado.

En cuanto que llegamos, Unai dijo que se pasaría por la clínica para presentar su renuncia, y como tenía que ir a rehabilitación, aproveché para ir con él.

Yo no presentaría mi renuncia hasta no obtener el alta médica, que tonta no era. Si lo hacía ahora, dejarían de pagarme durante el tiempo que estuviera de baja.

Y, yo sería del sur, pero como dicen los catalanes: la pela es la pela. No estaba dispuesta a renunciar a mi paguita todos los meses, que para eso lo había trabajado antes.

Además, que yo no había tenido la culpa de lo sucedido. No era una enfermedad que me hubiera surgido de pronto o que yo me hubiera callado antes de firmar el contrato.

Estuvimos un buen rato en el despacho del director, aparte del que estuvimos en la sala del fisio. No nos separamos en ningún momento, pues no queríamos que nadie pudiera inventar nada.

Por nadie nos referíamos a Ana o a Lucas, que eran los únicos que estaban empeñados en separarnos, pero no le dimos la oportunidad.

Habían pasado ya dos meses desde que vinimos de San Sebastián, y ya nos habían ingresado la cuantía de la indemnización, por lo que decidimos que haríamos una comida con todos los nuestros.

Mi recuperación iba viento en popa y, a pesar de tener que utilizar todavía las muletas, ya podía apoyar el pie en el suelo, era más por seguridad que por otra cosa.

Esa mañana me levanté y me di una ducha, me alisé el pelo y me lo recogí en una coleta, no me gustaba llevar el pelo suelto todavía, pues, al llevar las muletas, se me venía a la cara de una manera bastante molesta.

Saqué de mi armario un vestido en color rosa chicle que tenía sin estrenar, unos zapatos en negro, aunque todavía planos, porque no podía utilizar tacones.

Me maquillé un poco y me eché mi perfume. Enzo estaba ya vestido con un pantalón en color camel y una camisita blanca, al igual que sus deportivas.

A sus tres años largos, casi cuatro, estaba para comérselo y era de lo más dulce y cariñoso. Siempre tenía una palabra bonita para su padre y para mí.

—Mami, ¡qué guapa!

—Gracias, cariño. Tú también estás guapísimo.

—¿Nos dejamos de galanterías y nos marchamos ya? Al final, llegaremos tarde.

—Hijo, ni que fuera una recepción de gala, que es una comida con la familia.

Notaba a Unai de lo más nervioso, y no sabía el motivo. No paraba de tocarse el bolsillo del pantalón, el pelo, la cara, y me estaba empezando a poner nerviosa a mí.

Por suerte, acabábamos de llegar al restaurante, y el encuentro con nuestros amigos y con mis padres me vino bien, pues cada segundo que pasaba lo encontraba más atacado.

Llegó un momento en el que, hasta lo pagó con el niño, que, sin querer, le dio con el codo a un vaso de agua y lo derramó.

—Enzo, como sigas así voy a terminar por castigarte.

—Me parece que el que va a terminar castigado vas a ser tú. ¿Se puede saber qué coño te pasa?

Noté como todos a mi alrededor sonreían. Lucía, incluso, llegó a soltar una carcajada al ver mi cara de enfado y la de desconcierto de Unai.

—Chico, como no se lo digas ya, por culpa de los nervios voy a terminar castigada hasta yo —le dijo.

—¿Qué es lo que me tiene que decir?

—Mami, papá está nervioso porque te va a pedir que hagas algo con él, pero no me acuerdo —dijo el niño, y todos estallamos en risas, incluido su padre.

Lo vi levantarse, meter su mano en el bolsillo y sacar una cajita. Me llevé las manos a la cara, pues no me lo esperaba para nada, pero lo peor estaba aún por venir.

No sé de dónde, salió un chico con un violín, que empezó a tocar una canción de amor, mientras que la chica que lo acompañaba la cantaba.

—Mónica, jamás pensé que haría algo así, pero… ¿Quieres casarte conmigo?

—Eso era, quería que te casaras con él. No sé lo que es eso, pero si hay fiesta, dile que sí, porfa —dijo Enzo.

Las risas de todo el restaurante por las ocurrencias del niño resonaron a nuestro alrededor, mientras que el pobre de Unai seguía de rodillas esperando mi respuesta.

—Por lo que tú más quieras, Mónica, dame ya una contestación o la consulta de traumatología la voy a tener que estrenar yo.

—¿Qué te voy a decir? Que sí, no puedo decir otra cosa.

Me puso el anillo en el dedo, y lo ayudé a levantarse. Cuando lo hizo, nos fundimos en un precioso beso que dejó constancia de todo lo que nos queríamos, ante la mirada feliz de nuestros acompañantes y el aplauso del resto de los comensales.

Fue uno de los momentos más felices de mi vida, os lo aseguro. Ahora tan solo esperaba que la boda fuera igual de bonita que la pedida.

Capítulo 38

Había llegado el día de la boda y estaba como un flan. Quisimos hacerlo el día del cumpleaños de Enzo, pero no de ese mismo año, sino al año siguiente, porque en el de ese año, todavía iba con las muletas.

Tuvimos también la inauguración de la clínica. De momento, iba de maravilla, y llegamos a un acuerdo con el director de donde trabajábamos antes.

Nosotros no teníamos hospitalización y a ellos no les resultaba rentable mantener las consultas externas, por lo que firmamos un convenio de colaboración.

Si estoy hablando en primera persona del plural no es porque quisiera apropiarme de algo que no era mío. Mientras que la montábamos, Unai decidió que yo también entrara a formar parte de la cooperativa, como una más.

Tenía a la peluquera y a la maquilladora en casa de mis padres, pues iba a salir de novia desde allí. Dormí con ellos la noche anterior a mi boda.

Mi padre, sería mi padrino, al igual que mi madre, sería la madrina. Por ello, en cuanto que se levantó, fue la primera en salir pitando hasta mi casa. De ella se encargaría otra persona, que la peinaría y maquillaría.

Mis amigas también estaban allí conmigo, serían las encargadas de ayudarme a vestirme. Siempre lo soñamos así, desde pequeñas. Cuando una se fuera a casar, las demás estarían a su lado, como si fueran damas de honor.

Para la ocasión había elegido un vestido de encaje de corte sirena, con escote en V bastante pronunciado y la espalda descubierta. La parte trasera también era muy sensual.

Llegaba un recogido bajo, para que se luciera bien la espalda, y una tiara muy finita adornando mi pelo. Como joya tan solo llevaba unos pendientes que eran de mi abuela y que habían sido custodiados por mi madre, que también los utilizó en su boda.

No era una boda multitudinaria, no nos apetecía, y, por eso, tan solo éramos cincuenta personas, las más allegadas, las que realmente queríamos que estuvieran allí.

De la familia de Unai no vino nadie, en realidad tan solo invitó a una tía y a un primo, que era con los únicos que tenía contacto, pero declinaron la invitación alegando que estarían de viaje.

Cuando tuve puesto el vestido y ya estaba lista para salir, entró mi padre, que se emocionó muchísimo al verme, hasta el punto de que Lucía tuvo que ir a darle un abrazo y secarle las lágrimas.

—Hija, estás preciosa, y me estoy quedando muy corto.

—Eso es amor de padre, papá.

—¡¿Qué coño amor de padre?! Mi yerno se va a quedar perplejo al verte.

—Eso espero, al menos mientras dure la ceremonia.

Cuando dije eso levanté las cejas repetidamente, y mi padre soltó una carcajada. Esas bromas nos sirvieron para destensar un poquito el ambiente, que se notaba cargado de nervios.

Casi a punto de salir, mi padre recordó que tenía que coger una cosa para entregármela, y salió disparado hasta su habitación.

Cuando vino, traía una caja cuadrada entre sus manos, de una prestigiosa joyería de la zona. Al abrirla, me quedé maravillada, era el brazalete más bonito que había visto en mi vida.

—No te emociones antes de tiempo, ni me des las gracias, que esto no es mío, yo solo era la caja de caudales.

—¿Entonces? ¿Quién me lo ha enviado?

—Ahí tienes la nota, será mejor que la leas.

Antes de leer la nota saqué el brazalete de la caja y me lo puse. Era de oro blanco con pequeños diamantes y en la parte superior había un zafiro, un rubí y una aguamarina.

Tendría que tener algún significado, pero como no había leído la nota, no lo sabía. La saqué del sobre y empecé a leerla.

"Hola mi amor, si estás leyendo esto es porque ya estás camino del altar, en el que te estoy esperando.

Quería que llevaras algo mío en nuestra boda, y por eso, he mandado a hacer este brazalete, especialmente diseñado para este momento.

Te preguntarás qué significado tiene, pues yo te lo explico, pero léelo rapidito que no quiero tener que esperarte mucho tiempo más.

Los pequeños diamantes son todas las piedras que nos hemos encontrado en el camino que nos ha traído hasta aquí, y las que nos encontraremos, pero que nos llevará a que nuestra vida sea aún más bonita.

El zafiro me representa a mí, tu futuro marido. El rubí eres tú, como el color de tu pelo. Y la aguamarina es Enzo, que todavía no ha llegado a ser un hombre, pero que espero que lo sea, y de provecho, junto a nosotros.

En esa pulsera está representada nuestra aventura, nuestra familia.

No tardes, aunque da igual, te esperaría toda mi vida.

Te amo."

No podía tener un significado más bonito, tanto la pulsera como lo que representaba.

Sin darse cuenta, me había regalado una joya que iba a juego con mis pendientes, que también llevaba las mismas piedras.

Pero, aunque no hubieran pegado ni con cola, iba a llevarlos igual, porque uno representaba mi pasado y el otro mi futuro.

Mis amigas ya habían salido de camino a la iglesia dónde nos casaríamos, y yo estaba a punto de hacerlo, junto a mi padre, el pequeño Enzo iría con mi madre y con Unai.

Cogí mi ramo de novia y me enganché al brazo de mi padre. Todavía no podía llevar tacones muy altos, pero eso no era un inconveniente para mí, pues me compré unos más bajitos, y listo.

Cuando llegara al lugar de la celebración me los quitaría y me pondría unos más cómodos, así que no veía donde estaba el problema.

Al salir a la puerta, me quedé ojiplática, pues mis amigas habían hecho realidad otro de nuestros sueños de niña. Uno en el que siempre que hablábamos del día de nuestra boda, nos imaginábamos en un coche de caballos.

Y eso era, precisamente, lo que teníamos en la puerta. Un coche de caballo precioso, adornado con las mismas flores que llevaba en mi ramo de novias, y con un cochero que iba vestido de lo más elegante.

—Esto tampoco es cosa mía, que lo sepas.

—Lo sé, esto ha sido idea de Marta y de Lucía, como si lo viera.

—Pues sí, yo hubiera optado por algo más sobrio, como un coche de época.

—Sí, o una limusina, que también te pega mucho.

El cochero nos ayudó a subir, sobre todo a mí, que con tanto tiesto encima no veía ni los escalones. Cuando estuvimos bien situados, se montó en el carruaje y emprendió el camino a la iglesia.

Todos se sorprendieron al verme llegar en ese medio de transporte, todos menos mi madre, que me miraba sonriente. Ella sabía que siempre había sido mi sueño.

Caminé del brazo de mi padre hasta el altar, donde me esperaban mi madre, mi futuro marido y nuestro hijo. Sí, nuestro, porque, como ya he dicho antes, para querer a un hijo no hace falta llevarlo en tus entrañas.

—Mamá, no se puede estar más guapa que tú. Estás… no tengo palabras.

—Gracias, cariño mío, tú sí que vas preciosa.

Unai me miraba sin poder articular palabra, hasta que me di cuenta de que, de sus ojos, brotaban un par de lágrimas por la emoción.

La ceremonia fue preciosa, y el momento en el que pronunciamos nuestros votos, todavía más bonita y emotiva.

Mi padre no paraba de llorar, parecía que, en vez de casarme, me estaba muriendo, al igual que mis amigas, que tampoco paraban.

Salimos de la iglesia ya como marido y mujer y, una vez fuera, nos agasajaron con confeti y pétalos de flores. Dije que, al que se le ocurriera tirarme arroz, no lo dejaba entrar en el convite. Nadie se atrevió.

Nadie sabía que yo guardaba un secreto desde hacía unos días, y quería contárselo a mi marido el día de la boda.

Días atrás me había sentido algo mareada y, al echar cuentas de cuando había sido la última vez que me puse con la regla, me pude imaginar cuál era el motivo.

Sin decir nada, me fui hasta nuestra clínica, y hablé con el ginecólogo, Mateo, un chico de lo más agradable y del que se quedó enamorada Susana, pero ya os cuento la historia luego.

Me hizo una prueba de embarazo en la que salió un positivo como una casa de grande. Le pedí que me hiciera una ecografía para ver del tiempo que estaba y que me la imprimiera.

La llevé a enmarcar y pedí a mi padre que la dejara en el lugar de celebración, pues era el primer regalo que quería hacerle a mí, ya, marido.

En el marco no solo iba la ecografía, sino que también iba un chupete y la prueba de embarazo con sus dos rayitas correspondientes.

Llegó el momento del brindis y, antes de hacerlo, le dije al camarero si me podía traer el regalo que había dejado mi padre el día anterior.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo, este será nuestro primer regalo de bodas.

La cara de Unai al verlo era un poema, era una mezcla de alegría, emoción y mucha, mucha felicidad.

Sin preguntar siquiera, le dio la vuelta y se lo enseñó a todo el mundo, al grito de "vamos a ser papás".

Epílogo

Veinte años después…

Hoy era el día de la boda de nuestro hijo Enzo. Sí, se casaba con veinticinco años y con una chica preciosa que nos tenía a todos cautivados, sobre todo a mi hijo pequeño.

Será mejor que os resuma un poquito estos veinte años que habían pasado desde el día de nuestra boda, así lo entenderéis todo mejor.

Unai y yo seguíamos inseparables y éramos padres de tres hijos. Enzo, el mayor, aunque no era mi hijo biológico, lo sentía como tal. Tenía veinticinco años y era ingeniero aeroespacial.

Vivía y trabajaba en Londres, y allí fue donde conoció a Lith, una chica londinense un año menor que él y que trabajaba en la misma empresa.

Al principio, las miradas eran tímidas, al igual que las sonrisas, hasta que una noche me llamó por teléfono.

—Mamá, estoy enamorado y pienso declararme esta misma noche.

—¿Qué me estás contando? ¿De quién se trata?

—Se llama Lith y es preciosa, mamá. Me recuerda tanto a ti…

Desde ese mismo momento no se habían vuelto a separar. Efectivamente, Lith era londinense, pero de padre escocés, y ella tenía el pelo rojo como el mío, y unos ojos verdes impresionantes.

Nos caímos bien desde el primer momento, y la hicimos sentir una más en la familia. Llevaban un año de noviazgo y habían decidido que era el momento de casarse.

En la boda le dije a mi marido que estaba embarazada y, siete meses después, llegó a nuestras vidas la pequeña Martina. Sí, llevaba el nombre de su abuela, que nos dejó, repentinamente, y que no llegó a conocerla.

Mi madre se levantó una mañana diciendo que se encontraba mal, que estaba muy cansada. Minutos después, cayó desplomada y no se pudo hacer nada por ella.

Al parecer, tenía un tumor maligno en la cabeza y, como no había solución para ella, decidió callarse y vivir sus últimos momentos rodeada de todos y, sobre todo, de felicidad.

Para mi padre fue un mazazo enorme, ya que siempre estuvieron muy unidos. Cuando se marchó todavía era joven, pues no había cumplido los cincuenta y dos años.

Varios años después de que ella se fuera, animamos a mi padre para que se buscara una pareja. Tenía toda la vida por delante y, estoy completamente segura de que, a mi madre, no le hubiera gustado que se quedara solo.

Siempre decía que no, que él ya había conocido al amor de su vida y no sería capaz de amar de nuevo, hasta que en su vida apareció Teresa. Ella era soltera y tenía diez años menos que mi padre.

Fue un amor a primera vista, un flechazo, como se suele decir y, aunque le costó, por fin le pidió una cita. Hoy en día están casados y son los felices padres de mi hermano Jorge, que tiene quince años en la actualidad.

Como os iba diciendo, Martina tenía diecinueve años recién cumplidos, y se creía la reina del mambo. No eran pocas las discusiones que tenía con su padre porque no quería seguir estudiando.

Decía que ella iba a ser influencer de esas. Podría ser lo que quisiera, pero antes asegurarse un futuro, fuera el que fuera.

Se matriculó en un ciclo superior de administración de empresas y, hoy en día, estaba haciendo las prácticas en nuestra clínica. La verdad es que le gustaba y servía para ello.

Se pasaba la mañana en la recepción, pues decía que era lo que más le gustaba, el tema de gestionar las citas y demás. Nos pidió a su padre y a mí que le buscáramos un hueco para poder trabajar ahí, y nos lo estábamos pensando.

Y ahora llega el turno de nuestro tercer hijo, ese que llegó casi por casualidad y que no fue para nada un niño buscado. Se llamaba Hugo, tenía cinco años y era un trasto de cuidado.

Decía que le prestaba la novia a su hermano para que se casara, pero que, cuando él fuera lo suficientemente mayor, tenía que pedir el divorcio para que se casara con él.

Lo tenía completamente enamorado, y se quedaba embelesado mirándola cuando pensaba que ninguno de nosotros nos estábamos dando cuenta.

Y ahora, le toca al turno de nuestros amigos. Empezaré por lo más inesperado, el caso de Mateo y Susana.

Se conocieron en la clínica y, a pesar de todo lo insistente que había sido ella con todo hombre buenorro que pisara la clínica, con Mateo no era capaz de articular más de dos palabras seguidas.

Se enamoró de él como una quinceañera, pero nunca se atrevió a decirle nada. El pistoletazo de salida de esa relación se dio durante nuestra boda.

Os podéis imaginar la situación. Mateo, con dos copas de más, y Susana que se había bebido hasta el agua de los floreros. Una bachata como música de fondo, y él se decide a sacarla a bailar.

Ni dos acordes había dado la canción cuando estaban besándose como locos. Desde ese mismo momento, se fueron a vivir juntos. Sí, empezaron la casa por el tejado, como se suele decir, pero sin olvidar los cimientos del amor, que eran sólidos como una roca.

Tenían dos hijos, uno de diez y otro de doce, que eran una fotocopia de su padre. De Susana lo único que tenían era el descaro y la poca vergüenza.

Aitor y Lucía estuvieron un tiempo que sí, que no, pero, al final, decidieron ser amigos y no hacerse más daño. Los dos eran iguales, y veían la vida de la misma manera.

Eran dos seres que necesitaban la libertad para ser felices y para los que, tener una relación, tan solo significaba que le cortaran las alas.

Aitor seguía trabajando con nosotros, mientras que a Lucía le ofrecieron un puesto en una empresa de cosmética francesa, y llevaba ya doce años viviendo en la ciudad de la luz, a pocos metros de la torre Eiffel.

Los que sí que seguían juntos eran Mario y Marta. Ellos pasaron por el altar al año siguiente a que lo hiciéramos nosotros y continuaban tan felices como el primer día.

Eran padres de dos gemelos, Álvaro y Daniel, que adoptaron en cuanto se enteraron de que no podrían ser padres de la manera tradicional. Mi amiga y su marido se negaron a ponerse en tratamiento, sabiendo que las posibilidades eran mínimas.

Siempre dijeron que había muchos niños en el mundo sin amor como para que se siguieran fabricando. Que, primero, había que querer a los que ya había.

Sus hijos tenían diecinueve años, y eran de la pandilla de mi hija Martina. Álvaro estaba completamente enamorado de ella, pero mi hija decía que era demasiado joven como para atarse al mismo chico toda la vida.

Con respecto a Magda, quiso ponerse en contacto con Enzo cuando salió de la cárcel. Antes de que eso ocurriera, le contamos todo, cuando ya tuvo uso de razón.

Cuando lo intentó, mi hijo le respondió que él ya tenía a una madre, que se había desvivido por él, que no necesitaba a otra.

A quién sí quiso conocer fue a sus abuelos paternos, y se lo pidió a su padre, que no dudó en llevarlo hasta San Sebastián. Cuando llegaron allí, se habían mudado, ya no estaban, ni tenían donde localizarlos.

Viendo eso, aprovechó para poner la casa a la venta. Con ese dinero que sacó, nos pegamos un viaje de un mes por Europa que nos supo a muy poco.

—¿Dónde está la madrina más guapa del mundo?

—Pues, si lo dices por mí, no soy ni la segunda, fíjate.

Mi marido soltó una carcajada, me cogió de la mano y salimos al jardín donde se estaba celebrando la boda de nuestro hijo.

Vi como Enzo, tras hablar con su mujer, la cogía en brazos y daba vueltas con ella. Eran la viva estampa de la felicidad, y eso era lo que más me gustaba.

—Me parece que nos van a hacer abuelos.

—¿De qué estás hablando? Yo no puedo ser abuela antes de los cincuenta.

—Pues me parece que lo vas a ser antes siquiera de cumplir los cuarenta y seis.

—Pero si soy madre de un niño de cinco, con tan poca edad no se puede ser tío de un bebé.

Vimos como nuestro hijo venía corriendo hasta nuestro lado, con los ojos cuajados en lágrimas y con su mujer agarrada de la cintura.

—Mamá, papá, dentro de siete meses, ¡seréis abuelos!

—¿Qué me estás contando? —le dije.

No es que no me hiciera ilusión, que lo hacía y mucho, pero es que yo me veía tan joven para ser abuela, que me resultaba un poquito increíble.

—Hijo, no me lo tomes a mal, pero ser abuela teniendo tú un hermano con cinco, como menos, es un poquito difícil de creer.

—Y vais a ser los abuelos más bonitos del mundo.

—¿Qué? ¿Te lo dije o no te lo dije? La historia se repite, mi amor.

—Desde luego… ¡Qué pesadilla de hombre!

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora